



NOSOTROS

QUINTA ENCUESTA DE "NOSOTROS"

La literatura hispano-americana juzgada por los escritores españoles

Firmada por ambos directores y el secretario de NOSOTROS, fué remitida con fecha 1º de Setiembre, a 57 escritores españoles, la siguiente circular:

Muy respetado señor:

Desde hace varios años, voces de diversa intención y autoridad se oyen en España sobre la cultura de Hispano-América. Mientras algunas reprochan su absoluta falta de originalidad, de vigor, de valor humano, otras exaltan las corrientes manifiestas o semiocultas de nuestra civilización; mientras unas demuestran conocimiento, simpatía, interés, otras revelan ignorancia, indiferencia o aversión.

Por esto creemos oportuno iniciar una encuesta entre representativos escritores de España. Hubiéramos querido escrutar su pensamiento en todo cuanto se refiere a la cultura de Hispano-América, pero comprendiendo las dificultades que para muchos entrañaría esa inquisición, hemos reducido el alcance de la encuesta al valor de nuestra literatura.

Nos felicitáramos de que la más absoluta sinceridad inspirara a las respuestas, y que ningún pensamiento de política de solidaridad internacional, torciera o disimulara los juicios.

De usted, señor, esperamos con muchísimo interés su contestación y en la seguridad de tenerla en breve, la agradecemos de antemano.

Saludamos a usted con nuestra consideración más distinguida.

CUESTIONARIO

1º *¿Conoce usted la obra de los viejos escritores de América: de Olmedo, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Andrade, Hernández, por ejemplo? ¿Qué juicio tiene usted formado sobre su valor?*

2º *¿Se interesa usted con alguna preferencia por la actual literatura hispano-americana? ¿Cuáles son, a su juicio, los mejores escritores americanos de la hora presente?*

3º *¿Cree usted que, en su conjunto, la literatura americana ha expresado al nuevo continente?*

4º *¿Cuáles son, según su opinión, los defectos más evidentes de la literatura de Hispano-América?*

Los escritores consultados fueron:

Francisco Acebal
 Gabriel Alomar
 Rafael Altamira
 Luis Araquistain
 "Azorin"
 Pío Baroja
 Jacinto Benavente
 Emilio Bobadilla
 Vicente Blasco Ibáñez
 A. Bonilla y San Martín
 Manuel Bueno
 Julio Camba
 José Carner
 Mariano de Cavia
 Julio Cejador
 Enrique Díez - Canedo
 Eugenio D'Ors
 José Francés
 Eduardo Gómez de Baquero
 Andrés González Blanco
 Antonio de Hoyos y Vincent
 Alberto Insúa
 Juan Ramón Jiménez
 Ricardo León
 Antonio Machado
 Manuel Machado
 Ramiro de Maeztu
 G. Martínez Sierra
 Eduardo Marquina

Ramón Menéndez Pidal
 Enrique de Mesa
 J. Moreno Villa
 Manuel G. Morente
 Eugenio Noel
 Federico de Onís
 José Ortega y Gasset
 José Ortega Munilla
 Armando Palacio Valdés
 Condesa de Pardo Bazán
 Ramón Pérez de Ayala
 Benito Pérez Galdós
 Alejandro Plana
 Adolfo Posada
 Federico Rahola
 F. Rodríguez Marín
 Salvador Rueda
 Santiago Rusiñol
 Quintiliano Saldaña
 Miguel Santos Oliver
 José María Salaverría
 Ramón María Tenreiro
 Miguel de Unamuno
 Ramón del Valle Inclán
 Rafael Vehils
 Francisco Villaespesa
 Santiago Valentí Camps
 Antonio de Valbuena

Ya hemos recibido cinco interesantísimas respuestas que publicamos a continuación en el mismo orden en que han llegado a NOSOTROS. El nombre ilustre de los escritores consultados vuelve inútil e inoportuna toda presentación. Contestan en el presente número dos insignes filólogos, un crítico celebradísimo, un jurista y crítico de alto renombre y un poeta famoso.

Respuesta de Julio Cejador

Madrid, 11 Octubre 1918.

Muy señores míos y amigos distinguidos: Me abruma a cuestionarios sobre la Fiesta de la Raza, lo cual si trae algunas molestias, no es de pequeño consuelo, al ver que realmente el espíritu de la misma raza, dormido todo un siglo, despierta con inesperada pujanza a los dos lados del mar. Aquí nadie apenas se acordaba de América más que del Canchadal o de las Islas Curiles; allí si se acordaban de España era para llamarla madrasstra y recordar los tres siglos de esclavitud y demás estribillos de los himnos patrióticos.

Gracias a Dios, todo eso va cayendo al fondo de las heces históricas conforme se difunde por América la cultura y el conocimiento de lo que esta tan aborrecida patria nuestra fué para el mundo y más para América.

España se siente orgullosa de tales renuevos y de semilleros tales de otras tantas naciones que han de perpetuar el espíritu de la raza ibera, si poco inclinado a lo positivo del vivir, altísimo como ningún otro en ideales, quijotescos, si se quiere, pero necesarios para encumbrar a los pueblos y desenfangarlos de la fiebre monetaria en que se hunden cuando sólo señorea el espíritu sanchopancesco.

Qué juicio tengo formado de los grandes literatos americanos que se nombran en el *Cuestionario*, pueden verlo en mi *Historia de la Literatura Castellana*. He sido el primero en incluirlos a la par de los literatos españoles, porque todos son escritores castellanos; en todos, los de allá y los de acá, alienta un mismo espíritu, por más que se diferencien según las repúblicas y provincias. Tan castellano es el gaucho como el charro, el baturro como el concho. Las salidas de tono de Sarmiento, Montalvo y Hostos son tan de la raza como el desenfreno ro-

mántico de Andrade, la magnificencia de Olmedo y la genialidad de Bello.

Y este gran humanista me lleva a responder a la cuarta pregunta, saltando por las otras dos. Los defectos de la literatura hispano - americana proceden de haber despedido los estudios serios grecolatinos, que de América se fueran con los españoles. Nótase poco asiento y poca profundidad en la educación literaria y demasiado revoloteo y ligereza. Hay una incultura clásica enorme. El dichoso latín, que diríase no sirve para nada, tiene el sino de llevarse consigo toda asentada cultura de donde quiera que se le despide y desecha. Otro defecto y garrafal consiste en haber sido perpetuos imitadores los americanos de la literatura española y francesa. Bueno, aprender de otros; pero malo, quedarse por perpetuos discípulos. Malo, ser discípulos perpetuos de los españoles; pero peor serlo de los franceses. Porque si de los primeros pueden chupar algunos jugos raciales, llamémoslos así, hasta indispensables para la literatura americana; de la continua imitación francesa no pueden sacar más que emporcar el idioma y formarse un espíritu híbrido, ya que tan encontrado es el espíritu francés con el de nuestra raza.

Y con esto hemos respondido a la tercera pregunta. Gloria es de los literatos de las dos márgenes del Plata el haber dado vida y hecho crecer la literatura gauchesca, la única popular y nacional de toda América. Pero fuera de esta admirable manifestación estética, el clasicismo, el romanticismo, el naturalismo y el modernismo no han sido más que pálidos reflejos de estas escuelas europeas, plantas europeas traspuestas a terreno impropio para ellas. Literatura americana, verdaderamente americana, ahora es cuando comienza a darse. Narraciones, cuentos, novelas comienzan a componerse en todas las repúblicas, que arraigan en el alma americana, que hasta se escriben en jerga popular. Y ese es el grande y verdadero arte, el que brota de la tierra y se cría a los soles y aires del país donde nació. ¿Qué diablos nos dirá un americano de la vida de París o del alma francesa que no nos tengan dicho harto mejor los franceses?

Cierto que desde Bello, para no mentar al Padre Ovalle, la epopeya americana *de la naturaleza*, riquísima y maravillosa, comenzó a brotar en todas las repúblicas, ya que la epopeya humana, de las razas india o española, vióse sofocada por el apego

a lo francés y el odio a lo español. Pero ya que la épica de los hombres no haya dado otra manifestación que la de *Tabaré*, excelsa excepción, la épica de la naturaleza ha dado trozos brillantísimos, desde Bello hasta *La Cautiva* y *Facundo*, desde *Caramurú* hasta *Gurí* y el *Combate de la Tapera*, para no alejarnos de las orillas del Plata. Pero véase como en estas dos últimas obras ya no es sólo la pampa y el campo, sino el hombre americano lo que se pinta. Es la verdadera literatura nacional que brota. Otro tanto pudiera decir del resto de América. *El Sargento Felipe* en Venezuela, los *Cuentos ticos* en Costa Rica, los *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla en Colombia, y tantas y tantas obras de carácter local, de psicología americana, como comienzan a escribirse en todas las repúblicas, ¿no nos dicen claramente que con el modernismo desechó ya para siempre América la desmedida imitación francesa y volvió sobre sí, sobre su suelo y sus hombres, para comenzar una nueva literatura, la literatura americana? Comienza, pues, *la literatura americana a expresar al nuevo continente*. No me detendré a enumerar los grandes escritores que en estos días florecen en América, porque han de estudiarse en los tomos de mi *Historia* que presto saldrán a la luz, habiéndose ya publicado el noveno, que abarcando hasta 1887 trata ya de no pocos autores vivos. La parca acaba de segar los más sazonados frutos americanos, llevándose al gran Rodó, al inmenso Almafuerte, al fervoroso De Diego, al patriarca Picón - Febres, al elegantísimo Guido Spano, sin contar con el admirable Rubén Darío, que aunque nada americano, fué de los más excelsos poetas de nuestra raza. Llegaron a madurez Manuel Gálvez, Larreta, Giusti, Giménez Pastor, Barreda, Arrieta, Fernández Moreno, para no extendernos a los Groussac, Guastavino, Rojas y otros ingenios argentinos. En el Uruguay mencionaré a Pérez Petit, Salaverri, Oribe y tantos otros, queridísimos amigos míos que me dispensarán no alargue la lista con sus nombres. Y dejando el Plata, donde quedan las cenizas de los dos más grandes dramaturgos criollos, Florencio Sánchez y Ernesto Herrera, con las del estupendo Herrera Reissig, que me recuerda al vivo Lugones; de Chile sólo recordaré al mayor bibliógrafo castellano Toribio Medina, al gran historiador Errázuriz y a los dos críticos, Waisse y Armando Donoso. Al pasar por el Perú, José Gálvez me sale al paso, y me trae el recuerdo del poeta más de América, el gran Cho-

cano. En Colombia son legión: Fidel Suárez, Antonio Gómez Restrepo, Valencia y Flores hablen por los demás. Ambrogi en San Salvador, Monje, Brenes Mesén y Fernández Guardia en Costa Rica, Gamboa y González Martínez en Méjico, Febres Cordero en Venezuela, los maestros Varona en Cuba, Julio Calcaño en Venezuela y Palma en el Perú, son los portaestandartes de la alta literatura. Aquí mismo, en España, tenemos a Urbina y Nervo, mejicanos, a Ghiraldo, argentino, a Fernández Medina, uruguayo, a Blanco-Fombona, venezolano, a Vargas Vila y Rivas Groot, colombianos, todos literatos de cuerpo entero.

La literatura florece hoy en día tan briosa y rica en América como en España misma. Y no sólo sigue acrecentada la vieja tradición de los líricos, flor y nata de la literatura americana, sino que los novelistas son ya muchos y de recia fibra, realistas y regionales; los críticos y pensadores no les van en zaga, como los hermanos Henriquez Ureña, gloria de Santo Domingo, los dos peruanos García Calderón. Ahora veo que eché en olvido nada menos que a Calixto Oyuela y a Zorrilla de San Martín. Pero fuera nunca acabar, porque a poco que me detuviera me vendrían a la memoria otros tantos como los citados, y hay que poner punto a esta ya prolija respuesta que a su *Cuestionario* de ustedes he ido dando a vuela pluma y salga lo que saliere.

JULIO CEJADOR.

Respuesta de Adolfo Bonilla y San Martín

Madrid, 24 de Octubre de 1918.

Los directores de la notable revista *Nosotros* me favorecen demandando mi modesta opinión respecto de los temas que comprende la encuesta por ellos iniciada en 1° de Setiembre del corriente año. Al razonarla, escriben estas palabras: "Hubiéramos querido escrutar su pensamiento en todo cuanto se refiere a la cultura de Hispano-América, pero comprendiendo las dificultades que para muchos entrañaría esa inquisición, hemos reducido el alcance de la encuesta al valor de nuestra literatura". Y yo añado que, aun contrayendo la información a esta última esfera, las dificultades subsisten, no por falta de simpatía ni de interés, sino por la deficiente organización del intercambio edi-

torial entre América Española y España, deficiencia que da lugar a que nuestro público literario desconozca, por regla general, la mayor parte de la producción americana, que suele llegar a sus manos muy tarde y harto fragmentariamente. Algo se ha procurado modificar esta situación en los últimos años; pero todavía queda mucho por hacer, si se quiere evitar el daño que semejante apartamiento engendra.

Por lo que a mí concierne, tiempo hace que procuré conocer, si no de un modo completo, a lo menos con todo el detenimiento y extensión que me fué posible, la obra de los viejos escritores americanos. Sobre mi mesa están siempre los libros del gran venezolano Bello, el educador más insigne que ha tenido América, poeta exquisito y virgiliano, modelo perenne de lengua castellana. Y siguen deleitándome los grandilocuentes versos del ecuatoriano Olmedo, el cantor de Junín, el poeta de la retórica y de las falsedades, pero también el vate de la robusta y gallarda inspiración. El castizo y sutil Montalvo, cuya labor me parece, sin embargo, más ingeniosa que profunda y duradera; el sugestivo Olegario V. Andrade (el Víctor Hugo argentino), a quien pudiera bien aplicarse lo que Cervantes dijo de Vélez de Guevara, cuando loaba "el rumbo, el tropel, el boato y la grandeza" de sus composiciones; el ingenuo y simpático José Hernández, en cuyos poemas, muy argentinos y muy españoles a la vez, mézclanse los ardores del viejo terruño castellano con los vivificantes aromas de la Pampa; y el independiente y selvático Sarmiento (el "ignorante por principios", como él decía): son igualmente escritores muy leídos y estimados por mí, amén de otros varios que no he de citar en este momento, aunque algunos, como Zorrilla de San Martín, sean muy dignos de admiración.

Fuera de Bello, que evidentemente es figura de primera magnitud, si no en la poesía (a pesar de las prodigiosas bellezas que hay en algunos de sus versos), por lo menos en el campo de la Filología y de la Crítica literaria, ninguno de los otros viejos escritores mencionados es, a mi juicio, figura de tan excepcional relieve, que merezca ser incluido entre los ídolos literarios de la Humanidad. Pero algunos hay tan representativos, que deberán siempre ser estudiados por los que deseen conocer el alma de la tierra a que pertenecieron.

Tal acontece, por ejemplo, con Sarmiento y con Hernández, menos cultos, menos universales que los otros; pero también más reales y vivientes. Yo confieso que si las declamaciones a lo Quintana, compuestas por Olmedo, y la rotunda ideología poética de Andrade, me dejan con frecuencia frío, el *Facundo* o los *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento y el *Martín Fierro* de Hernández, me impresionan siempre, como algo eternamente vibrante y joven, sean cuales sean sus defectos de fondo y de lenguaje.

Por lo que a la actual literatura hispano-americana respecta, confieso que mis preferencias van encaminadas a las producciones de Crítica, de Filosofía social, de Historia y de Ciencia, más bien que a las de las bellas letras, propiamente dichas, porque en estas últimas observo el excesivo predominio de modelos extranjeros y una notoria falta de rumbo definido (común a otros países no americanos), mientras que en aquellas manifestaciones de la actividad intelectual echo de ver mayor riqueza de ideas, impulso más formal y más serio. La Historia, especialmente, ha logrado en la actual América un verdadero renacimiento, indispensable, por otra parte, para que los trabajos de Filosofía social y de Psicología colectiva tengan base sólida, dejando de ser huérfanas adaptaciones de patrones extraños.

De ahí que, desde mi punto de vista, juzgue arbitrario determinar cuáles sean los mejores escritores americanos de la hora presente, determinación que requeriría un examen más amplio y más maduro que el que yo tengo hecho, si no había de pecar de injusto o de ligero. Sólo he de decir, puesto que se trata de una personalidad ya desaparecida, cuya futura producción no puede suscitar los celos de nadie ni exigir una rectificación de juicio, que, hasta su muerte, ningún escritor americano de los contemporáneos me ha parecido tan profundo, tan sensato, ni tan admirablemente estilista como Rodó. El autor de *Ariel*, del *Mirador de Próspero*, y, sobre todo, de *Motivos de Proteo*, es, a mi entender, la más alta y humana representación de la cultura americana de su tiempo.

Difícil es afirmar, sin embargo, que, en su conjunto, la literatura americana haya *expresado* al nuevo continente, entre otras razones, porque si tal ocurriese, el contenido (fecundo siempre como en cualquier organismo vital) de esas nacionalidades, habríase agotado por completo, lo cual sería absurdo, tra-

tándose de pueblos que viven, con vida cada vez más próspera y floreciente. En Hispano-América ha habido y hay muchos poetas (algunos de ellos excelentes), y artistas de incuestionable mérito; pero pocos pensadores, y muy pocos hombres de ciencia. Quiere decir esto, que todavía la potencialidad de expresión americana no ha llegado a ofrecer un conjunto suficientemente vasto y complicado, para que sea posible formar juicio acerca de si representa o no un temperamento original y propio. Pero ateniéndonos concretamente a la literatura en su sentido estricto, no cabe duda de que tal expresión, aunque incompleta, ha existido y existe, como era de esperar. Así, hizo notar Menéndez y Pelayo (y la observación es atinada y profunda, como casi todas las suyas), que "el sentimiento de la naturaleza nunca ha sido muy poderoso en España, ni tal que por sí solo bastara a dar vida a un género especial de poesía. El paisaje de nuestros bucólicos es convencional, en los autores de poemas caballerescos quimérico y arbitrario. Sólo por lujo y gallardía de estilo se hacían alguna vez largas enumeraciones de plantas, frutos, aves y peces, caracterizándolos con epítetos pintorescos". Por el contrario, en la literatura americana, el sentimiento de la naturaleza es patente, y resalta en la *Silva a la Agricultura* de Bello, como en el *Canto de Junín* y en otras composiciones de Olmedo, o en los poemas de Hernández, y en la prosa de Sarmiento. Y no sería difícil hallar otras características semejantes.

Yo encuentro como defecto el más saliente de la literatura *científica* de Hispano-América, cierta amable superficialidad, que bajo el aparato de un riguroso tecnicismo, suele encubrir falta de método y de observación rigurosa. Alguno de los libros de mi ilustre y malogrado amigo Ramos Mejía, puede servir de ejemplo. Y, en cuanto a la bella literatura, echo de menos, por lo general, el debido respeto a las leyes naturales de nuestro idioma; así como lamento que la servil imitación, no ya de los métodos, sino de las ideas y de las formas de la poesía francesa, hayan ahogado en muchos la espontaneidad y casticismo del genio hispano-americano. Hago mías, a este propósito, las palabras que Calixto Oyuela escribió, a propósito de las ocurrencias *chauvinistas* de Echeverría: "¿Puede aceptarse una lengua, rechazando a la vez de todo en todo el pensamiento, el medio de imaginar y de sentir y de expresar, que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de

perfección en que hoy se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse a voluntad, sino la expansión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee. Cervantes, Calderón, Lope, León, Quevedo, viven y palpitan todavía en las voces, modulaciones y giros de la lengua castellana, *la cual sólo podrá ser natural instrumento de los pueblos que, si bien modificados, conservan substancialmente índole o afinidades españolas*. Si Echeverría quiso renegar de esta índole y de estas afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés o en quichua". Y el citado Menéndez y Pelayo, hablando de la enseñanza de Bello en Chile, escribió estas memorables palabras: "Sin imponer cierto género de disciplina austera, es imposible enseñar a hablar, a pensar, a leer, a un pueblo que acaba de salir de la menor edad. Otros, por desgracia de las repúblicas americanas, siguieron distinto camino; y con aprender el francés y olvidar el latín y el castellano; con maldecir de las instituciones coloniales por el mero hecho de ser españolas, y con calcar servilmente las de los Estados Unidos, diéronse ya por suficientemente emancipados *e imaginaron haber llegado de un salto a lo que, si no se conquista por esfuerzo propio, racional y metódico, y en virtud de evolución no forzada, será siempre vana apariencia de libertad y cultura, y trampantojo sin realidad ni eficacia*".

El prologuista americano que en 1899 estudió la obra del autor de *Prosas profanas* y de *Azul* (de Rubén Darío, uno de los más excelsos poetas contemporáneos), no vaciló en afirmar: "Creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectualmente de prestado... Quedan, es cierto, nuestra Naturaleza soberbia, y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos. Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, modos de pensar y sentir enteramente cultos y humanos, deben renunciar a un verdadero sello de americanismo original". No creo yo que lo humano y lo nacional sean incompatibles, en América como en ninguna otra parte: bien español es Cervantes; quizá lo es más Quevedo; y sin embargo, harto humanos y universales son ambos. De legítima enjundia nacional son igualmente Homero, Dante, Shakespeare y

Goethe, y sus obras son puro deleite de los espíritus delicados. Y como la tradición nacional la lleva dentro, quiera o no quiera, como herencia ineluctable de sus antepasados, todo el que ha nacido y vive en un país, habiéndose educado en él e identificado insensiblemente con su atmósfera, no hace falta buscarla por medios artificiosos (que las más de las veces representan una *creación*, y no una *invención*), sino evitar que la avalancha de una imitación extraña llegue a obstruir todas las fuentes expresivas de la idiosincrasia natural. Y la tradición hispano-americana no es algo que empiece ahora a formarse, ni que date siquiera de la época de la separación, sino que cuenta con varias centurias de existencia, al revés de la tradición norteamericana, relativamente novísima, porque fué engendrada por un sistema colonizador que no respetó en lo más mínimo, como respetó España, la vitalidad de los pueblos indígenas.

Tal es, con toda sinceridad expuesto, lo que ahora puedo decir respecto de la oportuna encuesta que NOSOTROS ha emprendido.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

Respuesta de Quintiliano Saldaña

Madrid, 15 Octubre de 1918.

Muy distinguidos señores míos: Con gusto, y agradecido a su atención, contesto a la encuesta que se lee al dorso de su amable carta fecha 1º de Setiembre. A ello me obliga la distinción de que me hacen Vds. objeto, incluyéndome en una lista honrosa de "escritores representativos de España". Pudiera disculparme invocando mi falta de preparación; mas no se me oculta que, aún hecha la salvedad, por lo que a mi insuficiencia se refiere, permanecería en pie su desco de reunir una opinión más—sólo "opinión"—a los muchos valiosos juicios de nuestros críticos literarios y literatos profesionales. Y, en todo caso, forzado a dar una opinión, ello me obligaría más al deber de ser sincero; supuesto que la mía no había de tener otro valor, ni encubrirse en otras galas. Me he decidido, y ahí va. Queden Vds. satisfechos, aunque yo no quede. Mas, no olviden que mi formación es la de un universitario. Entiendo algo de Filosofía, de Pedagogía, de Sociología y de Derecho. Muy poco de Literatura.

Hubiera tenido más preparación para emitir un juicio sobre la cultura de Hispano - América. Ahora sólo hago lo que puedo, que es poco.

Respuesta a la pregunta primera

Apenas conozco la obra de los viejos escritores de Centro y Sud América. Me sobra sinceridad para simular, apresuradamente, ahora, una información directa que no tengo. Lo más triste es que, si todos responden con la misma honradez, mi confesión coincidirá con otras... Casi no les he leído.

De niño, sí, recuerdo haber leído a Bello. En la preceptiva de Andrés Bello no hallé normas estéticas nuevas, ni sus odas me impresionaron más ni mejor que las de de nuestros neo-clásicos, como Valera y Menéndez Pelayo; que así se creen con derecho a versificar los eruditos, como los viejos señores a ser galantes... Aún recuerdo un endecasílabo:

Como afeita las dehesas el ganado...

No me convenció la imagen, y... dejé caer el libro. Era en una biblioteca de provincias, tan fría como los versos.

Y si leí a Bello fué porque aparecieron sus obras en una biblioteca española de clásicos. Me refiero siempre a información directa, que de la otra no gusto. En su día leí las *Cartas americanas* de Valera, y la *Historia* del P. Blanco; pero sus juicios, sobre poetas americanos, me fueron igualmente inútiles, por sobrado benévolos. Más tarde cayó en mis manos una *Antología*.

¿Qué ediciones españolas existen de los viejos escritores de América? ¿Qué ejemplares de sus obras esperan al lector en las Bibliotecas de España? En la de nuestro Ateneo, hallo una sola obra de Domingo F. Sarmiento, su *Educación popular*, y ésta en edición americana y reciente (Buenos Aires, "La Facultad", 1915). De Hostos, sí, muchas: su *Derecho constitucional* (Tuna, 1887; París, Ollendorff, 1908, dos ejemplares); sus ensayos (*Meditando*, París, Ollendorff, 1909); su *Moral social*, Madrid, Bailly - Bailliere, 1906; *Las Ofrendas a su memoria* (Santo Domingo, Diya 1904); su *Sociología* (Madrid, Bailly, 1904). De Andrade, sus *Obras poéticas* (Buenos Aires, 1907-8). De Hernández, nada, De Montalvo, los *Capítulos* (Besançon, 1895) y

la *Geometría moral* (Madrid, 1917). De Olmedo, *En torno del caballito* (Méjico, 1910).

Hasta que Blanco-Fombona sacó a luz su *Biblioteca Andrés Bello* y las otras de escritores hispano-americanos que lanza con frecuente acierto su "Editorial América", aquí, en cuanto a muchos, no nos habíamos enterado ni de los nombres... Y es lamentable—y algo cómico—que los americanos cultos, recién venidos, nos hablen a menudo de celebridades científicas o literarias "de por allá" que al sabio y al literato "de por acá" no le suenan. ¿Es que la fama se hace y cunde en América más fácil y rápidamente que en Europa?

En cuanto al libro americano, ese es aquí más costoso que el inglés. ¿Quién, sino los eruditos en Literatura americana, pueden contestar conscientemente a la pregunta primera?

En época posterior he leído algo de Sarmiento. ¿Cómo leerlo todo? Desde luego, le estimo mucho más como pedagogo que como escritor. Como pedagogo social, se entiende. Por eso el escritor padece, en su libre vuelo, bajo el hierro del educador. Tiene todo el valor moral y toda la subvalía literaria de los apóstoles y mentores. Es sobrado ardiente y es insoportablemente machacón.

No he reformado mi proyecto de juicio. Las obras de los viejos escritores de América expresan una *Literatura adjetiva*. Con ser maestros algunos, la obra total resulta discípula. Su valor es reflejo, y uno piensa, al descubrirla: ¿hubieran existido estos escritores sin los previos modelos? Y no obstante, al cantar, al describir, al reflexionar sobre ese Mundo Nuevo, pudieron bien haber hecho una Literatura, no sólo propia, única y rarísima.

Repito que carezco de la cultura precisa para formar un juicio definitivo.

Respuesta a la pregunta segunda

Sí; leí cuanto pude del gran Rubén—que me prometió un prólogo—y luego leí de casi todos los poetas americanos modernos. Todos ellos me interesan, más o menos, porque son laudes, que a veces no se hacen perdonar la hinchazón por la sonoridad—lo mismo que toda caja de resonancia—pero que tienen cuerdas de piel humana y vibran como bordonos sus nervios.

La encuesta me sorprende leyendo poesías de *Almafuerte*. Aquí, donde ya se le discutió sin conocerle, es hoy la novedad literaria. Permítasenos, en el juicio cooperativo, una modesta participación. *Almafuerte* no es, propiamente, un poeta. Es un rudo versificador de toda la moderna filosofía. Es, si se quiere, más que un poeta; pero no es un poeta, en el sentido clásico. Sus versos son de una métrica y de una rima primitivas, que recuerdan los viejos, medioevales, latinos cantos litúrgicos. Así, el conocido *Stabat Mater*, el *Dies irae* y el *Lauda Sion*, hasta con hemistiquios y repeticiones:

"In hac mensa novi Regis.
novum Pascha novae legis

"Por su cielo y por su tierra
Nada dice, nada encierra

"Sumit unus, sumunt mille:
quantum isti, tantum ille:—"
"Tu nos pasce, nos tuere,
tu nos bona fac videre..."

"Que no piensa, que no fragua—
Cual su gas, como su agua!"
"Yo se bien que dos razones,
Dos tendencias, dos pasiones..."

"A sumente non concisus,
non confractus, non divisus"

"Nada saben, nada quieren,
Nada buscan, nada inventan..."

"Quod non capis, quod non vides..." "Pero el hombre, pero el Genio..."

Más estimable aparece como prosista; dueño de un léxico moderno y puro, señor de un régimen castizo y transparente. En ello es "fuerte" este airón de "alma". Presentarle como fundador de una religión nueva (A. Herrero, *El poeta del hombre*, 1918), es dar pruebas de que se desconoce la esencia de la religión.

América—toda entera—da, íntegramente, la gama del nuevo iris poético. De arriba abajo, América es el espectro solar de la poesía. Aparte los "poetas de la Naturaleza"—renteros seculares de la solariega bucólica—nacen los "poetas de la Humanidad". Unos de la Humanidad colectiva, otros, del individuo. Y al Norte canta a la Humanidad dinámica, al *progreso*, Walt Whitman, en tanto que, en el Centro, Rubén Darío entona himnos triunfales a la Humanidad estética en su *grandeza*. Arriba, la Humanidad fantástica, individual, inspira a Poe, poeta del *misterio*; mientras abajo la Humanidad real conmueve a Palacios, poeta de la *idea*. *Almafuerte*, si es poeta—poeta moderno—, está en el ultravioleta del espectro...

Pero sugiere mucho—porque revuelve ideas conocidas, en

nuestro saco espiritual—este maestrillo de escuela, como Sarmiento...; que así estos futuros clásicos de América eran dómines, como los nuestros eran frailes. Y así también eran autodidactos—Baralt, Montalvo, el mismo Sarmiento y "Almafuerte"—como los nuestros lo eran; que para rehusar toda escuela y creerse suficientes, no podían mentir nuestra sangre.

"Los mejores escritores americanos de la hora presente", son... Sinceramente, no conozco a todos, ni aún a la mayoría, y la emisión de un juicio categórico, en estas condiciones, sería una hipotética injusticia. Además, me figuro que, como aquí, no serán ahí los más voceados—los que yo conozco—los mejores.

Me gustan: José Enrique Rodó, José Ingenieros—mi admirado amigo—Lugones, Larreta, Nervo... y *Almafuerte*, después de Rubén Darío. También Sassone.

No me gustan, me molestan:... muchos de los que he leído, si bien no creo correcto anotar sus nombres.

Respuesta a la pregunta tercera

Creo francamente, que no. Entre los dos datos de la información prosaica,—gráfica, estadística, libresca y periodística—acerca de América, y la expresión literaria del Nuevo Continente, no hay paridad, ni aún proporciones. Con ser tan amplias y luminosas las descripciones poéticas y las ponderaciones literarias de la realidad actual americana, creo mayor aún su *virtualidad*. Ahora, por ejemplo, América, interviniendo en la contienda de Europa, ha hincado, en el Viejo Continente, el arpón de su cetro. Esta virtualidad dominadora, había sido expresada por la Literatura? No; lo mismo que la Literatura europea del siglo XV no supo expresar—antes de la hora de la realidad—la virtualidad exploradora del Viejo Mundo.

La propia literatura, aún en el más amplio conjunto, no expresa, cuanto más, sino la realidad plena. Solamente una alta mirada ajena, en la plenitud de la visión, con el más álgido amor, desde la más serena cumbre, pudiera penetrar y expresar las virtualidades. El nuevo continente merece y espera esa mirada.

Respuesta a la pregunta cuarta

En una palabra: los hombres. Sigo creyendo que, en el camino de una inteligencia de la raza, nos estorba, todavía, el intercambio. Nuestros emigrantes españoles dañaron tanto, inconscientemente, a la pronta simpatía inter-hispana, como los literatos aquí llegados de América. A excepción de Rubén Darío, de Enrique Larreta y de Amado Nervo, los demás no han sido muy buenos diplomáticos espirituales. Uno, que amó demasiado la *réclame*, la logró en exceso, y a su pesar, por buenas agencias de Justicia. En vano le llamó para comparecer—a él, amante de la popularidad—un público; no el de los teatros, el de los Tribunales. Ahora mismo, otro funda una revista para hacer que aparezca en el segundo número, su precioso polisílabo *veintiséis veces*. Y otro publica sus obras completas en una ortografía arbitraria. ¡Como si hubiese algo más personal y diferenciador que las ideas!

Y nosotros, que hemos limpiado nuestro corazón, y estamos en buena disposición para profesar la fe en América; que vemos con enternecimiento cada fruto nuevo de ese renuevo gigante, de nuestro viejo árbol; nos apenamos, frecuentemente, cada vez que las nuevas letras hispanas, las de Hispano-América, llegan aquí "en propias manos". Porque tememos que alguien diga, maliciosamente, si el portador de ellas es un *bluffeur*, o es un *farceur*. Por el amor de la diosa América, que envíen sus libros, que manden sus artículos y sus versos y sus dramas; que ellos no vengan, si no ha de ser digna y seriamente.

Cuando escriban para Europa, que no empleen vocablos esotéricos, absolutamente ininteligibles para nosotros, los españoles, en tanto no dispongamos de un buen Diccionario de dialectos de América. Bien que se expresen los personajes de una novela o drama nacional en términos de su uso; más no cuando se escribe de crítica literaria, sobre asuntos humanos. Y si se decide el escritor americano a cultivar las letras hispanas, aprenda previamente el castellano; igual que, decidido a escribir en francés—así como Heredia, y en ocasiones Larreta, Gómez Carrillo, Ugarte, Blanco—Fombona y tantos otros—, hubo de estudiar seriamente esta lengua. Lo contrario, justamente, de lo que hacen muchos; a saber, por ser americanos creerse

en posesión del habla castellana, y querer escribir literariamente en ella, sin haber estudiado otra cosa que el francés...

En este momento recibo un libro, de escritor americano—ya célebre—, que empieza así: "*No es*, a la verdad, sin un sentimiento de desconfianza *que* el autor... etc." ¿Por qué no escribió este libro en francés, quien así lo siente? ¿A qué el empeño de escribir en castellano, no sintiéndolo? Verdad que acaso el autor aludido, escribiendo en francés—no he leído sus obras francesas—, incurra frecuentemente en "españolismos"... Por donde al escritor americano le es forzoso decidirse: o buen literato español, castizo, o correcto y castizo francés. Todo menos un *mélange* de uno y de otro, cualquier cosa antes que un *semblant* de los dos...

Que esta modestísima opinión no sea mal comprendida, y valga el interés que la inspira a perdonar su rara sinceridad.

QUINTILIANO SALDAÑA.

Respuesta de Emilio Bobadilla (Fray Candil)

Biarritz, Octubre 12 de 1918.

Muy señores míos y de mi mayor consideración:

Ante todo, muchas gracias por haber pensado en mí. Es un honor que agradezco. En contestación a su cuestionario, opino que las letras americanas siempre me interesaron, no sólo por ser yo de América, sino por lo que sugieren y significan. Si allí abunda, desgraciadamente, el grafómano, ha habido y hay poderosos ingenios, de innegable personalidad. Conozco y admiro la obra de Bello, su obra de filólogo y poeta—; la de Sarmiento, creador de caracteres, pedagogo de energías nacionales; la de Montalvo, el Cervantes ecuatoriano; y de casi todos los que contribuyeron a formar el alma de aquellas repúblicas. No soy de los que creen que haya unos escritores más grandes que otros, así, "en redondo". Cada cual tiene su característica. ¿Se puede decir que el caballo sea superior al perro? Eso depende del punto de vista en que nos coloquemos.

La literatura americana, en general, o se inspira en la francesa o en la española. De la una tiene la ductilidad léxica, la amplitud ideológica, la despreocupación ética; de la otra, la ri-

gidez seca de una visión cosmogónica y mundial teológica. Ejemplo: Cuervo, el más culto de los lexicógrafos españoles, nacido en Colombia—; la preferencia verbal sobre los conceptos; la dieta científica...

Montalvo—por ejemplo—era un español tribunicio por lo que dice al estilo ampuloso y “castizo”; y un afrancesado por lo imbuido que estaba de “revolución francesa”.

La literatura americana no ha expresado “en general”, “al nuevo continente”. Un vicio hereditario suyo es desdeñar el medio ambiente por lo exótico y lejano. Los literatos hispano españoles prefieren hablar de la vida parisiense, con sus cocotas, sus refinamientos, sus bulevares... a pintarnos los paisajes y las costumbres—con sus dramas y sus sorpresas topográficas—de América. Hay un escollo que pocos han salvado: el “americanismo”, que a mí me sabe a veces a cursi...

El americano es inteligente y posee un temperamento de adaptación admirable: se amolda con facilidad a todas las atmósferas, a todos los sentires y pensares. Rodó—sirva de ejemplo—es un caso de asimilación muy curioso. Tiene de Maeterlink de W. James, de Emerson...

Me preguntan Vds. cuál es el defecto capital de la literatura de Hispano-América? La logorrea. Es el defecto de las letras españolas en general. Entre nosotros se escribe con el oído. La ecolalia es un mal endémico hispano americano.

He notado que cuando se habla de América se prescinde de ciertas repúblicas en que la cultura y la mentalidad alcanzaron un grado culminante. Cuba, por ejemplo, ha producido dos excelsos poetas—: Heredia y Zenea—este último muy cerca de nosotros por la “souplesse” de su estro melancólico, verleniano a veces—no por las ideas, sino por lo femenino y agudo de la sensibilidad, y el desencanto de la vida vista desde las alturas de una serena y triste filosofía... En América no ha habido historiador más documentado y sereno que Saco, cuya historia de la esclavitud merece leerse y meditarse.

Por lo que puedo colegir, en América se ignora a Ricardo Delmonte, el ilustre crítico de “El efectismo lírico”, modelo de prosa pictórica, de sobriedad y erudición enciclopédica. Delmonte era, además, un exquisito poeta lírico...

América debía estrechar sus relaciones; aquellas repúblicas se ignoran y, lo que da pena: se desprecian mutuamente...

Es cuanto por ahora y para satisfacer su deseo tengo que decirles, en contestación a su cuestionario.

EMILIO BOBADILLA.

Respuesta de Salvador Rueda

Madrid, 12 Noviembre de 1918.

Señores y amigos: Contesto con sumo gusto a vuestras preguntas.

Mi juicio acerca de los altos valores de Hispano - América, sostenido durante toda mi vida, es demasiado conocido. Cuando hace cerca de medio siglo, nadie se ocupaba de crear lazos fraternales literarios entre España y América (demasiado olvidados entre las dos lejanas tierras), nuestra humilde pluma laboraba, sin cesar, en este sentido, hasta conseguir la iniciación de la empresa, que, en los días presentes ha adquirido carácter, no sólo de estrecha fraternidad literaria, sino de aspiración social y política entre todas las naciones que hablan la lengua española. Con nuestra humilde pluma, que desde nuestra primera juventud simbolizaba la revolución poética a base de levadura castellana y la aproximación familiar entre los seres de ambos continentes, tuvimos el honor de dejar en libros, en diarios y en revistas, nuestro amor a las nuevas tierras llenas de vigor futuro.

Y hasta existe una visión nuestra encerrada en el lenguaje del ritmo, que pido permiso para recordar aquí, en este momento en que la hermosa y trascendental revista NOSOTROS abre palenque a todo juicio presente o histórico sobre América: Existe en uno de nuestros libros (tal vez *Fuente de Salud*), una composición titulada *Apocalipsis*, cuyo tema consiste en describir la Flota que, con el tiempo, vendría de América, cargada de grandiosas ideas, de fuerza espiritual, de impulso material, de imposiciones transformadoras, de gérmenes fecundos, que convirtiendo en abonada tierra el viejo Continente, dejaría detrás del patear de sus caballos de guerra, la nueva siembra del hombre futuro. Remitimos esta composición nuestra, al dignísimo director de una famosa *Ilustración Española y Americana*, y dicho caballero, noble amigo, alto entendimiento, corazón espa-

ñolísimo, nos devolvió la composición todo malhumorado y ardiendo en santo amor patriótico, diciéndonos que no podía publicar en su Ilustración una poesía en la cual se cantaba el despropósito de que en lo futuro vendría a nosotros la Flota americana con las flamantes Tablas de la Ley, del Derecho y del Amor.

Nos guardamos, llenos de sentimiento, nuestra visión apocalíptica; siendo también lo particular, que por entonces (y en un libro nuestro está), escribimos otra poesía, cuyo tema fué el Desarme Universal, en que todos los artefactos de guerra del mundo, eran conducidos y arrojados al Océano, abriéndose la era de la Paz entre los hombres.

El contenido visionario de las dos composiciones, acaba de cumplirse, y si traigo a cuento aquí estas remembranzas, es sólo para que se vea, con documentos terminantes, cuán grande fué siempre mi admiración por los países americanos, y cuánto me preocupó siempre el problema de América en su relación con Europa, y singularmente con España.

* * *

Innecesario es decir que conozco y admiro a Olmedo, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Andrade, Hernández y cuantos fueron, y son, frentes representativas de América, aunque, respetuosamente, yo difiera de algunos de sus juicios; pero visto, en conjunto, todo el plantel de hombres ilustres (pretéritos y presentes) de los países que se desdoblán detrás de los mares, mi admiración por ellos es ilimitada.

Tal vez nosotros creamos que es pronto para que Estados tan jóvenes hayan tenido tiempo de hacerse de caracteres de raza, absolutamente propios, en todos los órdenes de cosas de la vida, pero van de prisa, van a todo vuelo hacia esas cristalizaciones supremas. En el estado en que se halla su brillante civilización, se notan clarísimamente sus chispazos geniales, sus iniciaciones felices, su afán, innumerables veces logrado, de emanciparse de tutelas extrañas y su propósito para lo venidero de transmutar en kilo y kimo espiritual todo cuanto llegue a su inmenso cerebro, el cual logra aceleradamente, tener todo lo menos de fonógrafo mecánico de Europa, y poseer, en cam-

bio, personalísimas creaciones en artes, ciencias y demás valores humanos.

El entusiasmo que tuvimos siempre por América, se ha acentuado cuando hemos visto, de cerca, muchas de aquellas naciones emanadas de nuestro enorme árbol genealógico. Aventajan a Europa en su grande y fuerte optimismo, base de todas las cosas excelsas de la vida; en tener, nuevo y desbordado de nobles sentimientos, el corazón, sin lo cual no pueden hacerse las cosas fecundas de las sociedades; y en todo lo que el alma tiene de bíblica sencillez sentimental, de familiaridad admirable, de amplísima hospitalidad. No solamente admiramos a América española, sino que la queremos como a otra Madre. De ella han de seguir brotando milagros y prodigios. Los espero con seguridad inevitable, como si ellos fueran algo decretado y matemático que ha de cumplirse.

Besa a Vosotros las manos con el mayor respeto, su compañero de aspiraciones, ideales y sueños futuros, de grandeza de raza.

SALVADOR RUEDA.

LA OBRA INTELECTUAL DE LEOPOLDO LUGONES

Es múltiple la personalidad de Lugones, por las diversas energías que la vivifican, manifestadas intensa y extensamente en distintas formas de actividad de su espíritu.

Poeta, si bien no se dedica habitualmente a "cultivar su vergel", porque mejor se aviene a su índole de sembrador de ideas la tarea del prosista, no obstante que, como él lo ha dicho en un memorable discurso, "de aquella condición nunca se despoja, ni lo podría hacer, a semejanza del añil cuya substancia tiñe de azul el agua donde lo echan"; educacionista y maestro, pues lo mismo formula la teoría que la aplica en la cátedra, o la enseña prácticamente al magisterio, como lo ha probado en su Didáctica y en la tarea de inspector general de enseñanza secundaria, quince años ha; historiador, nó a la manera de quien acopia hechos, que si bien han de servir para cimiento de la obra, no han de acumularse como andamiaje o soporte de todas sus páginas, al extremo de comprometer la belleza arquitectónica del conjunto, sino que, penetrando como el paleontólogo a través de los tiempos que fueron, ha de vivificar lo pasado, cual lo ha hecho en el *Imperio Jesuítico* y en la *Guerra gaucha*; autor y crítico a la vez, como se revela en todas sus producciones, especialmente en *El Payador*, con lo cual prueba no proponerse la empresa infecunda de los zoilos, quienes nada hacen en compensación de lo mucho que pretenden deshacer; consagrado por academias y facultades nacionales; profesor, periodista, artista de la palabra escrita y hablada, empeñado siempre en realizar su ideal del arte y la ciencia por la vida, explícate que se necesite las páginas de un libro para trazar, siquiera fuese, los más salientes rasgos de tan compleja mentalidad.

Labor será ésta que habrá de abordar el biógrafo y crítico fu-

turo ante la obra completa de Lugones, felizmente aun no terminada.

Por mi parte, apenas si me propongo estudiarlo a través de sus más importantes producciones en prosa; y todo aquello que escriba en su elogio, no será por cierto un tributo al hombre sino un homenaje justiciero a los ideales que encarna. Mas si alguna vez me atreviese a criticar sus opiniones, no tanto para rectificarlas, cuanto para fundar las mías, será ello un testimonio de lealtad.

* * *

Tuve oportunidad de tratar de cerca a Lugones, hace próximamente veinte años. Fué en la vicedirección de correos y telégrafos. Ya lo conocía de nombre y de fama por algunas de sus producciones en prosa y verso; y sin tener sobre sus ideas y carácter opinión formada, llegábanme de vez en cuando informaciones incompletas y contradictorias acerca de sus cualidades personales y méritos de escritor, pero todas de acuerdo en punto a la originalidad y extrañas modalidades de su índole. Fuéme, pues, gratisimo tener ocasión de observar a diario, durante algún tiempo, a ese joven turbulento por la agitación de su alma poseedora de intensas energías, todavía sin orientación.

Ocupaba Lugones una oficina en comunicación con la mía; y a vueltas de algún informe sobre asuntos postales, llenaba páginas y páginas de no sé qué lucubraciones que salían de la fragua de su cerebro, como el metal informe en la erupción del volcán. Parecía a veces estar dialogando con algo invisible: era, acaso, el constante monólogo de toda alta mentalidad. También lo hacía cuando conversaba conmigo, a la hora del café, o de alguna otra que yo intencionalmente habilitaba para observar de cerca aquello.

No abusaré de mi memoria repitiendo frases que entonces le oí, sobre literatura, crítica histórica, problemas sociales, y el socorrido tema de los "burgueses", que ya preocupaba a algunos jóvenes intelectuales. Sólo diré que había con frecuencia en su gesto y actitud movimientos de garra presta a descoyuntar la presa. Otras veces, cuando vibraban de la altura de sus conceptos, anatemas y fulminaciones contra el error, la hipocresía, prejuicios y capitulaciones de la conciencia, hacíame el efecto de un

gigante descuajando peñascos para lanzarlos desde la cumbre sobre una muchedumbre tenebrosa que vociferase en el fondo del valle.

Era, de veras, interesante aquel joven.

Más de una vez, recordando esas escenas, las he relacionado sin esfuerzo con la impresión que produjo Sarmiento en su primer viaje a Chile, según refiere uno de sus biógrafos. El ilustre emigrado ocupaba una habitación de primer piso, con el escaso mobiliario de estudiante pobre. Un catre en un extremo; una mesa que ni siquiera era de "pintado pino", cubierta de borradores en desorden; dos o tres sillas derrengadas, y aquí y allá, esparcidos en los rincones y en cajones de almacén, libros y folletos, como en desván de cambalache. Paseaba Sarmiento de uno a otro extremo de su mansión, ya ligeramente cargado de hombros, con las manos cruzadas en la espalda, como le fué habitual hasta en sus postreros años, en la actitud propia del hombre maniatado por preocupaciones y pensamientos absorbentes; paseábase dialogando en voz alta con sus ideas, con sus ensueños de libertad, con su odio a la tiranía y con el fantasma del montonero y del caudillo que ajustició en *Facundo*.

Era Santiago de Chile en aquel tiempo, como también Buenos Aires, una aldea colonial. Esparcióse en breve la nueva de haber llegado aquel extraño huésped de ultracordillera. Interesóse por conocerlo la juventud intelectual que entonces se destacaba en la sociedad santiagueña; y allá fueron a visitarlo sus más distinguidos exponentes, conducidos por J. V. Lastarria.

"Es un genio o es un loco" fué el juicio sintético formulado por los visitantes. Si Sarmiento no hubiera terminado su evolución mental, acaso nosotros abrigáramos la misma duda. Porque somos naturalmente inclinados a concebir tales juicios respecto de hombres cuyo carácter rompe el molde forjado por la educación conventual, tan difundida en los países hispano-americanos.

No es violenta transición, después de esta referencia sobre Sarmiento, seguir ocupándose de Lugones; ya que entre ambos escritores, apreciada la obra de cada cual en su época y ambiente respectivos, nótanse acentuadas analogías de carácter y de temperamento literario. No dirá, por cierto, el crítico que en lo futuro crea pertinente hacer el paralelo, que la semejanza resulte artificial y voluntaria en quien encontró la huella trazada por su antecesor: dirá, más bien, que la naturaleza los hizo pareci-

dos, por la misma ley que explica la similitud entre dos cón-
dores.

Bien, pues: si Lugones hubiera fracasado, o si hubiese con-
tenido su impulso nativo por cualquier accidente de la vida, más
de uno habría dicho: "No se ha perdido mucho; es un agitador,
un anarquista menos". Reacción natural de tan injusto como li-
gero fallo es la satisfacción que la prueba en contrario, produci-
da por el tiempo, en nuestro espíritu suscita; y no poco también
contribuye a halagar el amor propio, el presentimiento de quie-
nes, con previsor acierto, compararon a su tiempo aquel tu-
multuoso afán de actividad que agitaba el alma de Lugones, con
el desordenado y anhelante aleteo del ave de cumbre al iniciar
el vuelo.

* * *

¿Es el Lugones de hoy el mismo de hace veinte años?

Yo creo que sí; por lo menos, la índole de su carácter no
ha cambiado, si bien sus manifestaciones se adaptan a más regu-
lares y artísticas formas. Podría decir, valiéndome de un símil
común pero exacto, que el torrente de sus ideas y sentimientos es
hoy más caudaloso que en su juventud, pero que ya no se pre-
cipita en saltos y cataratas, sino canalizado en profundo y vasto
cauce. Y extremando las comparaciones—que suelen imponerse
espontáneamente a la imaginación — alguna vez se me ha ocu-
rrido que allá, en no sé qué célula escondida del organismo de
ciertos hombres de complicada psicología, existe siempre, vivo y
palpitante, el núcleo inicial del carácter, a pesar de la envol-
tura que lo disimule y encubra, como se conserva pura y crista-
lina, a través de largo tiempo, el agua contenida en el hueco de
algunas cristalizaciones transparentes.

Obsérvase este fenómeno, sobre todo, en los escritores de com-
bate, sea cual fuere su campo de acción: el periodismo, el folleto,
el libro y hasta la misma cátedra. A vueltas del concepto doc-
trinario, de la pulcra página literaria, del asunto que informe la
obra toda, habrá de descubrirse el argumento tendencioso, la te-
sis del polemista; y aun desde la altura serena de la propaganda
docente, descenderá, a ratos, como el águila en espirales, sobre
la presa acechada.

Afirmaba D. Juan María Gutiérrez, el más artista de los li-

teratos de su época, — según opiniones que comparto — si mal no recuerdo en un estudio sobre la vida y obra de D. Juan Cruz Varela — que la palabra hablada o escrita de nuestros publicistas había sido y habrá de ser durante mucho tiempo, un medio de acción más bien que un fin. Descartaba así el concepto del arte por el arte, para recomendar implícitamente la aplicación directa de la actividad intelectual, en todas sus formas, a nuestro mejoramiento social y político.

Lugones realiza cumplidamente ese programa, en armonía con las condiciones de nuestra socialidad.

No quiero decir con esto que él trace un plan de moralista o de sociólogo en cada una de sus producciones, porque tal propósito es incompatible con la índole y criterio del verdadero artista; pero es indudable que en todas ellas, como lo indicaré oportunamente, empéñase en relacionar el presente o pasado de nuestro país con el objeto especial de su estudio; porque hasta en las más elevadas y abstrusas especulaciones filosóficas, como aquellas que *Prometeo* le inspira, no pierde de vista su patria amada, a la cual envía con frecuencia el mensaje que los númenes solares le dictan.

Y aquí sería del caso resolver una duda que surge acerca de la obra literaria de Lugones. ¿Es este escritor un producto genuinamente argentino? Hay quienes lo discuten. Por mi parte, afirmo que lo es, y muy nuestro. Pero en obsequio de la sinceridad con que escribo, debida especialmente a la que es notoria en quien me la inspira, debo agregar que formulo esa afirmación como una verdad comprendida, más no siempre sentida.

La razón es obvia. Los hombres de mi generación, con mayor motivo aquellos educados más o menos literariamente, de acuerdo con un concepto artístico y nacionalista de otra época, reconocen ¡bueno fuera que no! el excepcional talento de Lugones; pero hacen salvedades acerca de su índole, manifestaciones y tendencias. Entre la juventud tiene, en cambio, sinceros admiradores; y no faltan también quienes lo impugnen y depriman, de los cuales no hay para qué ocuparse, por lo que dijo el Dante. De aquí parece lógicamente deducirse que Lugones no puede aún ser juzgado en definitiva, sino, fragmentariamente, y con relativa imparcialidad.

He dicho “los hombres de mi generación”; y cabe expli-

car el alcance de esta frase, para definir el criterio aplicable al escritor que estudio.

Formuló D. Esteban Echeverría este aforismo, inspirado seguramente en la obra reformista de Rivadavia: "El hombre de Estado no es aquel que está a la altura de la civilización de su época, sino el que mejor comprende y satisface las necesidades actuales de su país". Los comentaristas del Dogma Socialista han analizado ese aforismo para demostrar la exactitud que encierra; pero no han dicho lo principal, probablemente porque en tiempo de la exégesis toda la verdad no era perceptible todavía. Explícate, en efecto, que el estadista argentino no tuviera otra preocupación que las necesidades inmediatas de su país, cuando éste se encontraba aislado del movimiento universal, entregado exclusivamente a sus propios recursos, y sin otro afán que el de preparar las condiciones de existencia interna, en la forma que las circunstancias lo exigían. Pero la vida de relación de nuestro organismo nacional se ha extendido y complicado, por haber pasado de lo simple a lo compuesto, a virtud de la acción progresiva del tiempo, para valerme de un concepto spenceriano; de suerte que, aplicando en concordancia la definición de Echeverría, podríase decir hoy que el estadista más clarovidente será quien esté a la altura de la civilización de la época, pero con el discernimiento necesario para adaptarla a las necesidades de su país.

Tal evolución debe haberse operado también en literatura, so pena de que haya sufrido un retroceso o estacionamiento — que para el caso es lo mismo — el progreso intelectual en la Argentina. Pero los contemporáneos no podemos apreciar con acierto, por lo menos en todas sus fases, las transformaciones que a nuestro alrededor se operan en las múltiples formas de actividad: ya sea porque, a fuerza de estar familiarizados con ellas no nos llamen la atención, ya porque, a causa de no estar acentuadamente caracterizados los fenómenos, no sea posible percibir desde luego la evolución en vías de definirse. Aconseja, pues, la prudencia, ser mesurado en todo juicio sobre nuevas formas de producción literaria, guardándonos de ajustarlas a cánones anticuados; y conviene también no olvidar que toda innovación de ideas y de orientaciones en materia de arte, abordada siempre por la juventud, tuvo la desaprobación o la escéptica sonrisa de la edad proveya.

En este sentido, la crítica futura de la obra de Lugones habrá de reconocer que ella es genuinamente argentina, así en su concepción como en su técnica, de acuerdo con la época en que se ha producido. Para formular tal juicio es menester no adherir a la creencia que sólo atribuye carácter nacional a la obra inspirada en asuntos locales. Semejante concepto de la literatura es anacrónico. Podrá ser aceptado mientras la actividad esté circunscripta a la vida interna de un país, o bien tratándose de limitadas formas de arte literario, como la novela, la historia y el drama; pero tan estrecho criterio es inaplicable a las elevadas concepciones intelectuales, tangibles en las formas de la más pura belleza, toda vez que el artista encuentre dentro y fuera de sí mismo elementos favorables para la realización de su obra.

En tal concepto, atrévome a sostener que Lugones es un producto de nuestro medio intelectual, pero de transición; por eso he dicho que es genuinamente argentino, ya que toda su producción revela al influencia de nuestras condiciones culturales, caracterizadas, por una parte, en esa vinculación que nos lleva hacia lo pasado; y por otra, en el afán de solidarizarnos, en lo porvenir, con la vida de la humanidad. Ejemplar típico de esta evolución es el escritor que sugiere tales observaciones; y el examen de sus principales obras, creo que lo comprobará.

* * *

Con ser Lugones un literato de indole nacional, no ha circunscripto la actividad de su espíritu en los límites del regionalismo. He aquí por qué afirmo ser un exponente de transición intelectual, en cuanto se vincula al alma de la patria por el amor, pero sin demarcar fronteras al concepto de lo bello ni a la percepción de la verdad que animan todas sus producciones, inspiradas en aquel sentimiento.

“No son ciertamente antagónicas la patria y la humanidad”, ha escrito en el *Elogio de Ameghino*; y si bien es cierto que se trata de la obra de un sabio para quien la generalización de la verdad no admite deslindes regionales, también aplica ese criterio a lo bello en el arte, ya que la belleza, según la fórmula platoniana, es el resplandor de la verdad. “La belleza de la pa-

tria no debe ser como un saco de perlas, sino como el mar adonde ellas nacen y que está abierto a todos los perleros. Detenerse en el propio vergel, por bello que sea, es abandonar el sitio a los otros de la columna en marcha", ha escrito Lugones en *El Payador*.

Estas expresiones — al mismo tiempo preceptos de estética y reglas de crítica — armonizan con nuestros precedentes históricos, pues que felizmente hasta hoy no ha habido empresa patricia que no haya vinculado los intereses o ideales propios con los de la humanidad; pero realizar este mandato ratificado por toda la tradición argentina, en la obra del filósofo, del artista, del escritor y del estadista para celebrar el consorcio de la bondad y de la belleza, comporta la capacidad de comprender y asimilar esa objetiva lección histórica, ya se encierre en fórmulas sintéticas, como las predichas, ya sea que de ella se dé testimonio con los hechos. Y no es posible en manera alguna abarcar ese horizonte espiritual con la sola percepción de la inteligencia: es menester también la más intensa aptitud sensitiva para incorporar sus inspiraciones a nuestra propia vida. La naturaleza, como la patria, sólo transmite su verbo a las almas de quienes la comprenden y la aman.

Hay un libro de Lugones en el cual se enlaza estrechamente el sentimiento nacional con las más artísticas formas de belleza literaria; el alma con la naturaleza: es *La Guerra gaucha*. Si nuestra epopeya ha de tener un día su Homero, las leyendas simbólicas de ese libro serán las más bellas rapsodias de la futura Iliada argentina. Ahora mismo podría decir, ateniéndome a la impresión que su lectura me ha producido, que *La Guerra gaucha* es un poema épico en prosa. No en vano Lugones, extremando acaso el símil en *El ejército de la Iliada*, ha encontrado en sus héroes algunos rasgos característicos de la montonera patricia. Así lo ha escrito también en *La historia de Sarmiento*, a propósito del *Facundo*. "Aquel moro de Quiroga recuerda el Xantus de Aquiles; habla y augura. Su amo, después de la Tablada hace como los paladines del siglo XI; no se cortará la barba hasta no haberse vengado". Porque, para Lugones, los paladines medioevales son descendientes en línea directa de los helenos del ciclo homérico.

Lo que cautiva y asombra en las escenas de *La Guerra gaucha*, no es solamente los episodios que destacan la destreza

y coraje de los actores: es también la descripción de la naturaleza, como grandioso marco de esos cuadros de trágico heroísmo. Pero no es una naturaleza inerte y pasiva aquella. El río, el bosque, la montaña, el cielo con sus tempestades y la tierra con sus estremecimientos plutónicos, son fuerzas activas que intervienen y parece coparticiparan, como otrora los dioses del Olimpo, en los destinos de la patria. No habría podido observar en este caso Pedro Goyena, como lo hizo al criticar *La Cautiva*, que la naturaleza absorbe al hombre; porque con ser aquélla — sin necesidad de recurrir al panteísmo para afirmarlo — infinitamente superior a la inteligencia humana, toda vez que, ejercita y manifiesta sus poderosas energías, a tal punto que para identificarse con ella, el hombre habrá de ser un microcosmos, y para poder vivir deberá conocer sus leyes y ajustarse a sus mandatos; con todo ello, los personajes de *La Guerra gaucha* tienen alma capaz de armonizar con la grandeza que los circunda. Paupérrimos y desarraigados son, es cierto; pero de ellos se podría decir, como Víctor Hugo de uno de sus miserables sublimes: “El agua penetraba a través de su calzado y la luz de los ástros a través de su alma”. Porque las personificaciones de aquel poema, no obstante la serenidad estoica de los caracteres, discretamente revelada su índole en una palabra, un gesto, una actitud, sólo manifiestan toda la intensidad de sus energías en los momentos de acción, tal como en la inmovilidad del cráter, la existencia del fuego interno apenas si se anuncia en el penacho de humo que lo corona.

Los episodios de *La Guerra gaucha* podrían servir de argumento a otros tantos dramas shakespearianos.

Ya es un sargento que descende al abismo para recoger un trofeo de guerra; ya una mujer, como la hermosa mestiza que entrega sus joyas y ofrenda su vida en holocausto de la patria, al igual de la heroína de Zaragoza, para no citar a Juana Azurduy, esposa de Padilla; aquí un episodio homérico en un desfiladero, que recuerda aquel de la guerra de Cartago con los mercenarios, en páginas dignas de compararse con las de Flaubert en *Salambó*; allá un niño, inocente colaborador y mártir en la obra común de la independencia, que cae baleado por una partida, temerosa de ser sorprendida, al verlo llegar, portador de la voz de alerta, en medio de la obscuridad, jinete en caballo del enemigo; y para no rememorar más, aquella madre

que arrebató el cadáver de su hijo, entre llamas y entre escombros, para lanzarse desatinada, "como la personificación del desastre" a llorar sus cuitas en la espesura de los bosques, o a contarlas de fogón en fogón "hasta fundir el alma en llanto, y ya sin alma, metamorfosearse en tal cual pájaro de la leyenda".

Todas estas rapsodias exigían una personificación sintética. Y la síntesis es un nombre, el cual, al mismo tiempo, espiritualiza el conjunto: Güemes. Y aquí la obra del artista, porque ella ofrece la mayor dificultad. Retratar a Güemes, trazar su biografía, después de aquellas radiaciones que partían del foco invisible de su alma, habría sido punto menos que deificarlo, lo cual está en pugna con la doctrina de Lugones acerca de la evocación de los próceres. Adaptarlo al cartabón humano, habría sido empequeñecerlo. Para evitar estos extremos, no quedaba otro recurso que destacar la fisonomía moral del héroe con destellos intermitentes en rápido centelleo que lo magnificase luego imaginativamente en la penumbra, como ilumina un instante la grandeza de la tempestad — al rubricarla — la vibración del relámpago.

Luego, este cuadro final. "El antejo realista distraído un instante, enfocó por despedida la casaca roja. El oro solar fundiase en napa de esplendor. Charreteras y morrión hormigueaban de átomos chispeantes. La luz destelló más todavía; el jefe caracoleó un poco, y entonces, en el sitio que ocupara su cabeza, resplandeció de lleno el sol de mayo".

* * *

No menos importante que la anterior, aunque de otro punto de vista, es la obra de Lugones dedicada a estudiar la personalidad de Sarmiento.

Su biografía, dice el autor en el prefacio, está hecha en el doble carácter narrativo y pintoresco. Esto declarado, la crítica debe tenerlo en cuenta al apreciar la obra preparada por encargo de última hora, en vísperas del centenario de Sarmiento. Asimismo, es el trabajo más completo y serio que se haya hecho sobre aquél.

La portada es magistral. Recuerda el conocido símil de la montaña y los grandes hombres, cuyos aparentes defectos o

irregularidades desaparecen a distancia para destacarse sólo en conjunto su bella perspectiva. Concuerta también la asociación de estos términos con el carácter del prócer, que más que otro alguno podía ser tallado en la montaña. La antigüedad esculpió en la roca la imagen de uno de sus númenes para significar su fecundidad y su fuerza al ser una personificación del cosmos. Si en estos elementos hubiera encontrado Lugones la materia prima para su obra artística, nada habría que observarle, pues que él mismo afirma en varias ocasiones que la invención absoluta es imposible, porque la nada, nada engendra. Así, refiriéndose al poema *Martín Fierro*, ha escrito: "La originalidad de la ejecución es asimismo completa dentro del lenguaje habitual de la épica; pues aquella cualidad, como ya lo tengo dicho, no consiste en la invención "ex nihilo", absurda de suyo como pretensión discordante con toda ley de la vida, sino en la creación de nuevas formas vitales que resultan de un orden, nuevo también, impuesto por la inteligencia a los elementos preexistentes".

Esto supuesto, he aquí un fragmento descriptivo de la personalidad que estudia.

"La naturaleza hizo en grande a Sarmiento. Dióle la unidad de la montaña que consiste en irse hacia arriba, de punta; mas fuera de esa circunscripción al triángulo proyectivo que también perfila el remonte de la llama, hizo de su estructura una aglomeración pintorescamente compuesta de piedra, abismo, bosque y agua. Así son de cerca esos caos donde parece expresar una especie de antiguo dolor ceñudo el desorden del granito. Su fortaleza manifiéstase en una ruda fealdad como la carne del pobre. La breña negruzca, la desmirriada paja de la grieta, erízanle una pelambre de lobo. Persiste la quemadura plutónica, en el cotsillar de traquito, en la hacheadura del gneis que forman la grieta oblicua. En vano la náyade montañesa vertióle, por siglos compasiva, su escurridora de alcuza. Sobre vuestras cabezas, en torno, reina la tempestad inmóvil de la piedra, más imponente todavía en su silencio. Desde la inmensidad en que se abisman las distancias sobre campos indefinidos, desde la inmensidad donde no hay más que luz, el aire, convertido en tela de viento, agrava la soledad con intermitencias de lejano aullido. No es alegre, por cierto esa primera confrontación con la montaña. Su pedregal bruto, sus leñas torcidas, sus ramajes acama-

dos, sus farallones agresivos, sus pendientes en que la fuerza de la mole parece empujarlos hacia atrás, nada tienen de amistosos. Todo cuanto notáis en ella es brutal y despedazado.

“Pero tomad distancia. El aire luminoso aclara la masa oscura que, poco a poco, divinízase en azul. Condensando el violeta difuso del ambiente la montaña así traslucida constituye el paisaje con su espectáculo poético. Hay en aquella sublimidad algo de pensamiento y de música. Y el cielo integrado con ella, no es más que la disolución ligera de aquel terrón de añil cuya punta va humedeciendo la nieve. Así el hombre material, convertido ahora en el pensamiento que emanó de sí mismo”.

Siguiendo la elaboración de esta escultura ciclópea, agrega que “formaba parte de su entidad aquella fisonomía de combate cuya fealdad de bronce pronunciaba la tenacidad de un tipo”. Compara ésta con una “máscara guerrera remachada a martillazo de dolor y atromentada por la escultura de la cólera. Sarmiento sereno es imponente. El reposo de su bloque de batallador aviva el perfil severo. La categórica seguridad que forma su estática, así como el aplomo de la cornamenta, recela una latente violencia de agresión. Una vivacidad curiosa y múltiple lo electriza, trayéndole instantáneamente las ideas a flor de piel, como el redopelo de un espinazo felino. Tiene mucho de numen elemental de la tierra, especie de cavir en su antiguo socavón minero; algo de monje fogoso y de viejo almirante sajón; no poco de labriego, rudo como la gleba familiar y nudoso como las cepas tutoras a las cuales vinculábase de nombre y de calidad. Y así nos queda su catadura de transeunte formidable, caminando a paso macizo las aceras, aquí y allá lanzada la malicia brusca del ojo que nada pierde; su mandíbula removiendo de través el belfo con un gesto peculiar que trocaba la mamulla senil en característica acción de befar el freno; recios los brazos de cavador que el bastón prolonga con vivacidad táctil, o con autoritarias interpelaciones a redoble de contera; peculiar la gruesa oreja sorda bajo la galera prócer o el hongo de paja; anchamente encuadrada en el saco vulgar o la levita suntuosa su agachada solidez de toro lento; y la espalda potente, como apuntando una mole habitual, cargada hacia la cerviz en una impropia acumulación de lomo”.

Si Lugones se ha propuesto con esa presentación de Sarmiento producir en el lector la impresión de un ser extraño y

poderoso, con todas las escabrosidades de la belleza de la naturaleza agreste, o el símbolo de las múltiples energías de esta mentalidad que adquiere en esos rasgos las condiciones de un Proteo, es posible que lo haya conseguido; pero es indudable que difícilmente puede concretarse en la mente del espectador de un cuadro semejante, la síntesis de tanta diversidad de aspectos como presenta, pues que muchos de ellos pasan ante la vista y el pensamiento, como las imágenes de un cinematógrafo, o como las impresiones de un viaje en tren relámpago. Tal profusión de comparaciones espontáneamente acumuladas en ese retrato, acaba por confundir al lector, quien difícilmente podrá abarcar dentro de esa variedad, la unidad del carácter. Pero Lugones lo ha hecho así naturalmente porque no habrá querido hacerlo de otra manera, pues que le habría sido fácil, familiarizado como está con la estética griega, haber aplicado sus preceptos, de acuerdo con lo que ha escrito en *Prometeo*, al respecto, en estos términos:

“El pueblo griego no era imaginativo. Su arte eminentemente naturalista desdeñaba el subjetivismo. Su filosofía era ante todo positivamente lógica, de racionalismo cerrado. En la reproducción artística como en el argumento, buscaba el detalle típico, desdeñando los secundarios, y de aquí su sobriedad.

“Menospreció siempre la profusión asiática en el arte, en la filosofía, hasta en la moda...”

Por lo demás, la característica de un escritor de raza debe ser la espontaneidad que certifica el personalismo; pero éste tampoco debe sacrificarse en el lector que sinceramente expresa sus impresiones. Análogo efecto al que me ha producido ese retrato de Sarmiento, me ha dejado la lectura del que ha hecho Víctor Hugo sobre Shakespeare. Para el eminente poeta, el trágico inglés “es la fertilidad, la fuerza, la exuberancia, el pecho rebosante, la copa llena hasta los bordes, la savia excesiva, la lava en torrentes, los gérmenes en confusión, la lluvia que hace brotar la vida por millares, por millones, sin reticencias, ligaduras ni economías”. Shakespeare es en suma la insensata y tranquila prodigalidad del creador. “Porque Shakespeare es el genio; y el genio, según Víctor Hugo, “es una entidad como la naturaleza, y por lo tanto, ha de ser, como tal, pura sencillamente”. Una montaña se toma o se deja. El Etna alumbraba y vomita, arrojando su luz, su ira, su lava y sus cenizas. Y

los críticos las cogen y las pesan adarme por adarme; mientras tanto el genio continúa en erupción. En él todas las cosas tienen su razón de ser. ¡Es porque es! Su sombra es el anverso de su luz. Su humo proviene de su llama. Sus precipios son las condiciones de su altura..."

Idéntica impresión produce, guardando la distancia del caso, el paralelo entre San Martín y Bolívar, por Vicuña Mackenna. A fuerza de ser el uno ardiente y explosivo como el Chimborazo y el otro imponente y severo como los altos picos nevados; solemne y misterioso aquél como la llanura, reservado y sigiloso como la selva, y éste brillante y frondoso como la vegetación de los trópicos; el uno de imaginación fecunda y soñadora, cual metáfora animada, y el otro frío y exacto como fórmula algebraica, no se sabe en definitiva cuál es el carácter preciso del uno y del otro, cuál la superioridad relativa, ni con cuál de los dos ha de quedarse.

Esta forma literaria me ha hecho siempre el efecto de esos árboles de la selva cuya corpulencia y elegancia desaparecen bajo la envoltura de las lianas.

Por otra parte, como consecuencia de ese estilo frondoso, noto recargo de detalles en escala descendente en el libro de Lugones, lo cual amengua el interés del asunto; porque a vueltas del rasgo típico que revela el carácter a modo de índice fisonómico, como el estudio frenológico de Sarmiento, ni siquiera se omite el análisis de grafología, lo cual es redundante, cuando hay datos más eficaces para el estudio psicológico, así como no se detiene el observador a examinar las conchillas de la playa para probar la existencia del océano, allí donde éste rompe su oleaje contra las rocas.

De todas suertes, grandioso como es el efecto del Sarmiento andino que nos presenta Lugones, para luego buscar la veta de los tesoros que encierra, pareceme que esa presentación debió ser la síntesis de la obra, más bien que su prefacio.

Es así como en el resto del libro el interés decae, no obstante las valientes pinceladas del artista, revelado en la labor de detalle y de conjunto; pero la impresión estética se desmenuza y diluye por el análisis.

Paréceme, en resumen, que la confección de este libro de Lugones, con ser el mejor que ha inspirado Sarmiento, se resiente de la premura con que ha sido preparado. No es el que

su autor sería capaz de hacer en otras condiciones. La precipitación amenudo compromete el ritmo del arte. Minerva, no menos que Venus, debe ser reconocida hasta en el andar.



Después de habernos dado el poema épico de la montonera patricia en *La guerra gaucha*; de haber estudiado la más genuina y elevada personificación del alma argentina en *Sarmiento*, Lugones emprende la tarea, punto menos que imposible para quien no tuviera su clarovidencia y personalísima originalidad, de revelarnos un tesoro inapreciado de nuestra literatura en *Martín Fierro*.

La personalidad del gaucho pampeano, que durante mucho tiempo había de interesar a sus contemporáneos por el afecto, y a la posteridad por el prestigio de la leyenda; y la reputación de quien abordaba un estudio que forzosamente debiera ser original por lo mismo que había preocupado a escritores de nota, atrajo en varias ocasiones a uno de nuestros teatros "a moda" a lo más distinguido de la sociedad bonaerense, en nombre, en posición y en talento, alcanzando el conferencista para sí y para su héroe nutridos aplausos de manos enguantadas. Complemento de aquellas conferencias es la última obra de Lugones, *El Payador*, cuyo primer tomo lleva por subtítulo, *El hijo de la Pampa*.

Como todo innovador, realiza el autor de este libro una doble tarea: destructora y reconstructora. La crítica es militante, a modo de quien desmonta el campo antes de abrir el surco y arrojar la nueva semilla. Así, descalifica a los predecesores de *Martín Fierro*, desde Hidalgo hasta Anastasio el Pollo, sin excluir, en el intermedio, a *La Cautiva*; porque en su afán de abrir cancha a la figura ecuestre de su gaucho épico, Lugones no vacila en cortar más de una rama florecida y cuajada a tiempo en sazonados frutos, la cual en nada estorbaba al paso de su héroe.

Bien es cierto que su equilibrado criterio se ajusta luego a las leyes biológicas de la producción literaria, que en cierto modo certifican, como en la naturaleza, la escala de las series,

al reconocer que los balbuceos del barbero Hidalgo eran precursores de las sextinas de Hernández.

El análisis crítico de *Martín Fierro* está precedido de un estudio sociológico del gaucho pampeano. "bajo el aspecto pro-totípico, o sea en el estado de mayor prosperidad para esta "sub-raza adventicia, cuando acabó de formarse al finalizar el "siglo XVIII." En este concepto, ha podido decir Lugones: "el gaucho fué el héroe y el civilizador de la pampa".

Después de profundizar las capas de la civilización con-génere con la nuestra, hasta encontrar las vertientes de la poesía popular, para emparentarla con la gauchesca, vinculada estrechamente, según lo demuestra Lugones, con el romance medioeval; y una vez preparado el juicio del lector con esa documentación condensada, afirma resueltamente: "*Martín Fierro* es un poema épico".

Afirmación tan categórica debió sorprender por su audacia, tratándose de una producción a la cual ni remotamente habiase atribuído tal carácter; y aún después de leer la copiosa, crudita y brillante exposición previa para fundar ese postulado, más de una duda al respecto asalta al lector. Por lo que hace a mí, es posible que las vacilaciones para aceptar tal conclusión deriven de la lectura de *La Guerra Gaucha*, cuyo argumento pareceme más épico que el de *Martín Fierro*, no solamente por el escenario, copartícipe y colaborador de la respectiva acción personal, sino también por el sentimiento altruista y colectivo que mueve a los actores del drama de la emancipación. Refiriéndose a su asunto, dice Lugones: "como todo poema épico, el nuestro expresa la vida heroica de la raza: su lucha por la libertad contra las adversidades y las injusticias".

Pues esto mismo encuentro más intensamente definido en la obra de este escritor, porque hay, en efecto, un concepto más amplio de libertad, aun cuando tal vez subconsciente; adversidades más dolorosas y también injusticias más acerbadas en la vida azarosa de aquellos gauchos que defendían la independencia de nuestro país, en tiempos de la montonera patricia, que en las desventuras del hijo de la Pampa, perseguido por arbitraria autoridad, en lucha desigual para defender su derecho a la vida, aunque su acción fuera representativa y exponente de un grupo étnico, como en *Martín Fierro*. Es posible, no obstante, que haya un criterio diferencial para fundar un

juicio equitativo entre ambos extremos. Así, *Martín Fierro* será un poema épico del tipo del Romancero; pero debe existir uno característico y superior que aparecerá algún día, y al cual, como lo he dicho, *La Guerra Gaucha* proporcionará las más brillantes rapsodias.

Si los que, como yo, a pesar de estar siempre dispuestos a descolgar la mejor arma de la modesta panoplia, siquiera haya servido sólo en guerrillas y entreveros, ya que no le cupiese el honor de esgrimirse en batalla campal, para rendir homenaje, como viejos y casi inválidos veteranos, a los jóvenes triunfadores que pasan; si a pesar del sentimiento de gratitud que toda alma medianamente leal tributa a quien le haya suscitado por un momento la emoción de lo bello, despertada luego la conciencia que permite el análisis, no nos falta una objeción, un reparo que oponer al artista, ¿qué no será esa crítica improvisada y ligera, cuando nó aviesa y vulgar, ceremoniosa en público y amable a veces, para luego morder con inquina al ausente en la tertulia literaria!

Martín Fierro fué víctima de esta crítica; pero llegó un día el paladín para desfacer el entuerto, apostrofando así a sus autores:

“La crítica ¿Cómo dijo la muy estulta y trafalmeja, y amiga del bien ajeno? ¿Qué eso no era obra de arte? ¿Pero ignoraba entonces su preceptiva y no sabía lo que era un verso octosílabo, o en qué, sino en descripciones o en pinturas de caracteres, consiste la poesía épica?

“No, pues. Lo que extrañaba eran sus habituales perendengues, sus licencias ineptas, su dialecto académico, su policía de las buenas costumbres literarias. Aquella creación arrancada a las entrañas vivas del idioma, aquella poesía nueva, y, sin embargo, habitual, como el alba de cada día; aquellos caracteres tan vigorosos y exactos, aquel sentimiento tan profundo de la naturaleza y del alma humana, resultaban incomprensibles a esos contadores de sílabas y acomodadores de clichés preceptuados: Pro-custos de la cuarteta—para devolverles su mitología cursi—no habían de entender a buen seguro aquella libertad del gran jinete pampeano, rimada en actosílabos naturales como el trote dos veces cuádruple del corcel”.

Cabe hacer notar que Lugones experimenta esta generosa in-

dignación, tomando sobre sí la responsabilidad de sus rigores, para hacer justicia a un muerto.

Aparte de la crítica trascendental que ha inspirado la obra de Hernández, *El Payador*, es un tratado de la más exquisita estética literaria. Podráse discutir la clasificación que Lugones atribuye al poema; pero lo que está fuera de duda, es que el libro a que ha dado lugar será siempre uno de los más bellos ejemplares de la literatura argentina.

Pareceríame fuera de lugar ocuparme de la producción científica de Lugones, si sólo me atuviese a mi capacidad para juzgarla; pero con ser que ella está valorada por especialistas, como luego lo mencionaré, hay un aspecto en esa manifestación de su actividad mental, que me decide a estudiarlo, por estar estrechamente relacionado con la índole literaria de este escritor, en cuanto revela en las producciones de ese género una profunda y afectuosa—diré así—observación de la naturaleza, la cual le ha servido de fuente para el colorido de su estilo, como también de mentor para la formación de su carácter.

Hay, en efecto, en toda la obra literaria de Lugones una estrecha vinculación entre su inteligencia y el mundo físico, toda vez que le haya sido favorable para la expresión de sus ideas. Las comparaciones, las metáforas, las alegorías que abrillantan sus páginas así lo comprueban. Y no son lugares comunes de que puedan también, con esfuerzo y buena voluntad, servirse los profanos, ni enojosos tecnicismos aquellos de que se vale, al alcance sólo de especialistas; sino que, así como esos residuos de mineral, llevados en la corriente de un río indican la existencia del yacimiento aurífero, anuncian las claras al par que profundas imágenes que le sirven para corporizar su pensamiento, la plena posesión de las verdades científicas de donde proceden. Así, dirá: “En la delgada sombra del sabe y en la enjuta silueta de la pluma, perfilase con semejanza elocuente la misma hoja de laurel”; o bien: “Las barbas canas del filósofo prolongaban la sonrisa juvenil, como los mármoles retardan la luz en su blancura hasta después de haber entrado la noche”. Y del llanto de Aquiles: “El dolor arranca lágrimas al héroe inquebrantable y cruel. Así el más espeso manto de rocas al fin da en agua bajo el trépano pertinaz”. La contribución individual en la obra de

solidaridad humana la compara "a la hoja que cumple su misión cuando ha fijado su milígramo de carbono para la selva", y la filosofía de los renacimientos o palingenesia, de los misterios de la antigua Grecia, como lapsos evolutivos de la actividad universal, la formula tangiblemente al decir que se suceden "del propio modo que las especies de un período zoológico engendran las del subsiguiente, bajo nuevas formas requeridas por las condiciones del medio"; Y aquella desintegración de una estructura social para reaparecer con otros ideales, es para él, semejante a la descomposición de la semilla para germinar la nueva vida.

Probablemente por una asociación de ideas explicable en el orden de estas consideraciones, no creo incongruente pensar en la dañina ligereza con que algunos profesores de Derecho, de pesimistas convicciones, a fuerza de ser vacilantes, renunciando a todo esfuerzo para elevarse hasta la plenitud de la luz, de en medio de las tinieblas que hoy rodean al alma y apocan el corazón, afirman ante la juventud, de suyo impresionable y crédula, que la verdad y la justicia han desaparecido del haz de la tierra. Ni más ni menos que el astrónomo que negase la existencia del sol cuando se eclipsa, o del médico que desesperase de la salud en tiempos de epidemia. Semejante criterio, que por erróneo llega a ser maligno, sobre todo cuando está presuntivamente autorizado por un título universitario, nace de la más absoluta ignorancia o indiferencia acerca de las leyes de la naturaleza, que son, en suma, las que presiden todos los fenómenos de la vida individual y colectiva. Y es porque la ciencia exclusivamente de biblioteca, es ciencia muerta: apenas un producto de invernáculo.

La fuente de documentación natural, aparte de la aptitud nativa, constituye la fuerza del raciocinio de Lugones; y al mismo tiempo que el contacto con la vida de naturaleza en su niñez, allá en las pintorescas sierras de Córdoba, incitólo a iniciarse en sus misterios uno de aquellos libros que lanzó Sarmiento a todos los vientos, como alas de espíritu, en las bibliotecas circulantes, según nos lo refiere aquí en la biografía del procer.

Mas tarde, centros científicos habían de consagrar sus aptitudes técnicas por prueba que acreditasen su idoneidad (1); y la Facultad de ciencias de Córdoba, al discernirle el título de doctor "honoris causa", timbró su saber de autoeducta, desvane-

(1) Primer congreso nacional de ingeniería.

ciendo así todo prejuicio del vulgo que sólo atribuye autoridad al diploma, como si el oro no valiese sino monetizado.

Este amor de la naturaleza y el concepto del hombre integral, explican el vigor, la sinceridad y el cariño, podría decir también el júbilo, con que Lugones ha escrito el *Elogio de Ameghino*, en quien ha encontrado la personificación de aquella síntesis griega,—de filosofía, de ética y de estética,—que informa la doctrina y la propaganda del autor de *Prometeo*. Mas no por haber delineado con rasgos de panegírico esa personalidad científica, ha desmerecido la obra ante la crítica autorizada: antes bien, en cultísima controversia se ha reconocido su mérito. No era posible que Lugones estudiara solamente aquella personalidad bajo el aspecto científico, porque ello habría importado desintegrar la unidad del carácter, ya que armonizaba en la labor de aquel sabio el amor a la verdad con la pureza de sus costumbres en la realidad de la vida. A tal extremo lleva el análisis, concordando sus conclusiones con la doctrina, que tipifica Lugones en la persona de Ameghino el ideal del sacerdote laico, oficiante de la más elevada moral. Por eso dice: “Ameghino fué ese virtuoso sin decaimiento ni amargura... Su vejez casi miserable albergó maravillas, ante las cuales son oleografías lamentables los milagros hagiográficos y los génesis de los dioses. Ningún templo contuvo más verdad, y ningún capitolio más respeto”.

“Semejante fenómeno es de suyo una promesa. Lo que puede hoy el genio, constituye una anticipación de lo que podrán mañana todos los hombres. Tal pasa con la verdad que infunden, como con la conducta que practican”... (1).

He dicho que el estudio de la naturaleza ha influido en la formación del carácter de Lugones: puedo agregar ahora que si esa circunstancia ha actuado como factor fundamental, la autodidaxia ha contribuido a acentuar el rasgo típico de aquel, que es el individualismo. La naturaleza emancipa porque inspira desde luego en el espíritu humano un sentimiento de libertad, que es la esencia de la vida, palpitante en todas sus manifestaciones, Con ese sentimiento que moldea el criterio en todos los actos del hombre, como guía de sus juicios y norma de su conducta, ar-

(1) Precisamente por el *Elogio de Ameghino* le fué discernido a su autor el título honorífico, previa lectura en sesión especial de la academia de ciencias de Córdoba, sobre el origen de los números arábigos.

moniza la sencillez, inseparable de la verdad, porque a la naturaleza repugna toda complicación y artificio; de manera que, quien en sus leyes se inspire, habrá de ser franco, leal y sincero. Lo que llamamos autodidacta no es otra cosa que el haber estudiado directamente en la naturaleza, la cual es eficaz colaboradora en la formación de lecarácter. Y es correlativa, la aptitud de conducirse a sí mismo y dar testimonio de poseer lo que se llama comúnmente *self control*, que es la característica del individualismo. De aquí nace la originalidad espontánea en el escritor, consecuencia natural de la independencia de carácter, cuyo extravío, en las sociedades educadas en moldes uniformes, suele consistir en hipertrofiarse, por la lucha con el medio ambiente adverso a su expansión.

No necesito puntualizar el individualismo de Lugones: él está definido en todos los actos de su vida.

Creo, sí, oportuno hacer notar, generalizando el caso, como signo favorable de nuestro progreso cultural, que la actuación de caracteres acentuados y militantes no habría podido desenvolverse ni medianamente en un centro de completa independencia, cincuenta años hace, en nuestro país. No necesito citar ejemplos. Hombres así eran poco menos que exorbitados. Dejando de lado lo que corresponda a la iniciativa y esfuerzo propios, en la educación individualista, es indudable que las condiciones de la sociedad en que se actúa suelen facilitar esa expansión, porque ocurre en la vida social, con los ejemplares humanos, lo que con esos árboles robustos de la selva que encuentran terreno propicio para su desarrollo, merced a la contribución de los despojos de aquellos que al desaparecer han enriquecido el humus fecundante.

Considerado en su más alto concepto, el individualismo es la acentuación de la propia personalidad. Vale decir que es la conciencia de sí mismo, nó la de los otros, la que inueve, a favor de aquella fuerza, el ejercicio de la voluntad.

No creo que esta cualidad sea exclusiva de una raza: por lo menos, que únicamente se atribuya a la anglosajona, según lo han sostenido hasta escritores de nota de "la más pura latinidad", como De Tocqueville, Laboulaye, y no ha mucho, con increíble éxito de librería, la obra de Desmolins.

Erron tan difundido encarece la necesidad de remontarse a los orígenes de la civilización greco-latina, para encontrar en

todo su vigor la savia que la ha vivificado hasta nuestros días, no obstante los exóticos injertos que han desnaturalizado los frutos.

La civilización latina, cuando aún no se había contaminado en política y en religión con el imperialismo asiático, era individualista. Ejemplo de ello fué Roma republicana. He aquí por qué la reversión hacia esas fuentes comporta una heroica labor reaccionaria y reconstructiva; y quien intente realizarla, necesita tanto esfuerzo como perseverancia para profesar su fe y propagarla. Y es sobre todo necesaria esa energía allí donde la educación parece sistematizar todas las manifestaciones de la vida espiritual, en religión, en política y en socialidad, de suerte que el hombre no pueda desenvolverse por sí solo, llevando en la propia conciencia la luz que lo ilumine, sino que habrá menester, para conducirse, del director espiritual, del caudillo y de los gobiernos providenciales.

Explicase, pues, que el vulgo considere como ensueño, si nó obsesión, ese afán ciclópeo de quienes inciten al alma colectiva a elevarse hacia las cumbres. Este programa de redención está ampliamente desarrollado en *Prometeo*.

*

* *

El libro de más aliento, de Lugones, es *Prometeo*: es también el que define mejor al evolución transitiva de nuestra literatura, porque en ningún otro se ha pasado como en éste los linderos de la producción solariega, para entrar en los dominios más vastos de la filosofía que abarca todas las patrias, vinculándolas espiritualmente por la unidad de civilización. Para buscar los orígenes de la nuestra, recurre el autor de esta obra a los tiempos de la Grecia de Platón, con el intento de aclimatar en nuestro país la educación espiritual de los helenos, declarando que tal idea no le pertenece, pues que fué “una vieja ocurrencia de los románticos que llamaron a Buenos Aires la Atenas del Plata”.

Pero bien sabe quien tal propósito aborda que las civilizaciones muertas, como las especies extinguidas, no reaparecen. Por lo menos, en lo que a las primeras se refiere, sólo podrá conservarse o reconstituirse aquello que se haya transmitido a

la posteridad, merced a la supervivencia de energías aptas para incorporarse a las formas de la vida presente. En este sentido, — dice en el prólogo el autor de *Prometeo*: “Inútil añadir que no existe ni la intención de un trasplante en cuanto se refiere a las costumbres y a las cosas. Trátase solamente de propagar el ideal de civilización de los griegos, concreto en esta fórmula de todos los pueblos sanos: para qué sirve vivir”.

Para explicarse Lugones los orígenes de esa civilización se contrae al estudio interpretativo de los *Misterios de Eleusis*, compulsando para ello toda la documentación que pueda ilustrarlo, y especialmente el mito de *Prometeo* a través del drama de Esquilo, que considera “una verdadera clave aurea, para quien sepa interpretarlo con la debida claridad”.

Por más que entre nosotros cualquier tentativa o esbozo sobre estudios de esta índole podría excusar las deficiencias propias de todo ensayo, pues que siempre tendría a su favor el mérito de la iniciativa, Lugones no se ha limitado a tan reducida empresa. Como todo escritor que se estima y tiene en cuenta el mayor nivel intelectual de los lectores, ha debido, según lo ha hecho, llegar hasta el límite alcanzado por precedentes investigaciones en el terreno que explora, con el intento de avanzar en él, si le fuere posible. En este sentido, ha verificado una prolija exposición crítica de todas las teorías de escritores europeos sobre la mitología y teogonía de los griegos, para compulsar sus valores, juzgándolas con criterio independiente, a base de la documentación que al respecto la antigüedad suministra. Ardua como es semejante tarea, el erudito escritor la ha desempeñado cumplidamente, con lógica y método irreprochables.

Le ha sido menester para ello, primero: hacer, como se ha dicho, el análisis crítico de las diversas interpretaciones de la mitología, especialmente de la vulgarizada por la escuela naturalista. Segundo: concordar las manifestaciones de la filosofía y del arte helenos, así como también las costumbres, o sea la civilización griega en su periodo culminante, con los símbolos mitológicos, para explicar lo uno por lo otro, hasta demostrar la armonía existente entre ambos términos, como elementos primordiales de una síntesis filosófica, ética y estética. Tercero: Juzgando lógicamente que tal floración y frutos espirituales suponen la existencia de raíces de vigorosa savia, ir de suyo a

buscar la fuente que las vivifica, encontrándola en la influencia de los célebres misterios que en Grecia tuvieron su asiento en Eleusis; y para descifrar el enigma que ha preocupado tanto a los arqueólogos, Lugones concibe una clave sugerida por la revelación parcial de la naturaleza misma de aquellos, por la influencia que ejercieron en la filosofía platoniana y sus afines, y por el arte griego especialmente sintetizado en el *Prometeo* esquiliano. Cuarto: comparando luego la adaptación de todo aquello que la iglesia católica ha aprovechado de los griegos en las formas del culto y en los misterios, y después de compulsar las doctrinas controvertidas entre paganos y cristianos, así laicos como religiosos, decide, en cada caso, a favor de la síntesis griega. Quinto: finalmente, hecha la recapitulación de toda su obra, trata el autor de aplicar a la sociedad actual especialmente en lo que a nuestro país interesa, las lecciones derivadas de su estudio sobre la sabiduría y el arte de los antiguos.

En cuanto me es posible apreciar el mérito de una obra como *Prometeo*, que no tiene igual ni parecido en la literatura sudamericana, ni por la trascendencia filosófica de su plan, ni por la vasta erudición que la informa, ni por la crítica científica que la ilustra, no creo aventurado afirmar que este libro habrá de ser materia de comentario y de exégesis en la futura enseñanza universitaria, cuando el griego y el latín dejen de ser "idiomas muertos", para convertirse en lo que naturalmente son: el verbo de una raza que nutre aún al espíritu humano, a pesar de los errores, prejuicios y falsedades superpuestas, que no han logrado extinguirla, como al agua del manantial la maleza y zarzales que la ocultan.

Faltando, tal vez, a las reservas propias de la ignorancia, siempre cómodas por ser más excusables que los errores del sabio, me atrevo, en este caso, a rectificar la opinión de un reputado erudito en literatura y civilización greco-romana, quien ha tildado a Lugones de escasa versación en la materia, toda vez que compara al helenismo con el cristianismo.

Refiérome al distinguido escritor señor Clemente Ricci. En el estudio crítico-histórico sobre *Cristianismo y Helénismo*, respecto a las ideas de Lugones, dice el mencionado escritor, con el propósito de rectificar los errores y prejuicios existentes acerca de esa materia: "Acá tenemos a Lugones, por ejemplo. Nadie discutirá ni su talento extraordinario, ni su

eximia cultura, ni el arte exquisito de su verso y de su prosa. Nadie, después, dejará de admirarle como profundo y hábil helenista que lo mismo discute los más arduos problemas filológicos, como vierte en forma pasmosa la casi inaccesible poesía de Homero. Pero no obstante esto, tiene un concepto del cristianismo que es fácil demostrar equivocado. Con una circunstancia notable: siendo él, como es, individualista acérrimo, ostenta odio y desprecio para la doctrina que ha sido la única y suprema fuente del individualismo. Y este odio y este desprecio justíficalos después justamente con aquello que, a fuer de helenista, estaría en la obligación de reconocer como de origen netamente griego”.

Más adelante agrega: “Por de pronto, lo que Lugones no tiene en cuenta es que aquello que él encuentra vituperable en el cristianismo, no es sino la dogmatización de la iglesia, basada a su vez única y exclusivamente en la especulación helénica preparada, labrada y madurada en más de diez siglos de civilización, desde los sofistas del siglo V a los teólogos de la época bizantina”.

Para explicar esta confusión el señor Ricci dice: “Este olvido podía tener quizás disculpa en Lugones quien, como todos sabemos, limitó la especialización de sus estudios al ciclo homérico, sin alcanzar, a lo menos, en el mismo grado de intensidad, las épocas posteriores. Pero esa misma limitación inhabilita para juicios comparativos entre helenismo y cristianismo, pues es indispensable para ello inquirir en el primero los elementos de examen en sus manifestaciones posteriores, radical y totalmente diferenciadas de las primitivas”.

No me será difícil rectificar afirmaciones tan categóricas, porque habré de servirme para ello precisamente de una obra de Lugones, que parece no haber tenido presente aquel escritor al formular esa crítica severa. En los capítulos de *Prometeo* desde el titulado *Un paso en la caverna*, hasta *El consuelo de la belleza*, Lugones indica histórica y críticamente todo aquello que el catolicismo ha tomado del helenismo, en disciplina, organización eclesiástica, liturgia y aún en los misterios mismos. Sólo que sostiene haberse verificado esa adaptación en la época de decadencia del paganismo, caracterizada por el predominio del culto báquico y la centralización del gobierno sacerdotal, gradualmente incorporada a las costumbres griegas por la influen-

cía asiática y el imperialismo romano, al extremo de transformarse el Hierofante en sacerdote máximo o sumo pontífice, precursor de los que más tarde habían de consagrarse infalibles en el vaticano.

Podráse decir que Lugones confunde catolicismo con cristianismo, como parece darse a entender en los párrafos transcritos; pero, con ser este distingo una sutileza de cristólogos, es evidente que la iglesia católica ha consagrado la identidad entre ambos términos, a menos que se quiera deslindar el cristianismo ideológico de los primeros tiempos, — que tuvo precisamente sus más genuinos representantes en apóstoles más tarde repudiados por la iglesia de Roma — con aquel que universalizó el dogma a principios del siglo tercero. No hay para qué renovar, a este respecto, aquellas que fueron interminables controversias de teólogos y visiones de iluminados, cuando nó disputas de fanáticos y sutilezas de sofistas. La crítica histórica y copiosa erudición de Renán, han pronunciado la última palabra en esta materia.

Por lo demás, Lugones encomia la doctrina de Cristo toda vez que le sirve para oponerla a la iglesia que en ella se ha fundado. Así, en el estudio comparativo que hace entre cristianismo y helenismo refiriéndose al primero, dice en la página 329 de *Prometeo*: “El bien fué por el bien mismo, conforme al concepto cristiano que puso al amor de Dios sobre el amor de los hombres. Esto produjo los dogmas de salvación, extraños al beneficio de la humanidad, como si Cristo, al dar su propia vida por los hombres y no por la ley, no hubiera significado, sin duda, el concepto antiguo”. No hay para qué abundar en citas que comprueben lo contrario de lo afirmado por Ricci: al alcance de todos está la obra que lo certifica. Podráse disentir de las apreciaciones críticas de su autor; pero es aventurado poner en duda su afirmación histórica siendo como es, tan fácil comprobarla.

Es del caso agregar que la disidencia entre el cristianismo de acentuadas afinidades con el mito prometeano, y el catolicismo de Roma, ha sido notada por eminentes pensadores. El abate Lamennais, de vuelta de su peregrinación a Roma, desencantado, como Lutero, formuló su nueva profesión de fe con el conocido apotegma: “Libertad y catolicismo se excluyen”. Laurent, al ocuparse de las luchas entre el pontificado y el imperio,

refiriéndose al concepto ideal o primitivo del cristianismo, afirma que la iglesia católica contribuye cada vez más a bastardearlo.

Dando por terminada esta digresión, vuelvo al asunto principal de mi estudio.

Felizmente, me sirve de auxiliar en la difícil tarea de comprender y valorar el trabajo de Lugones, al mismo tiempo que confrontarlo con uno similar, la obra de Mr. Paul Foucart, editada en París en 1914, cuatro años después del *Prometeo*, titulada "Les mystères d'Eleusys".

La coincidencia es digna de notarse: y creo del caso recordar otra no menos importante y honrosa para nuestro país. En 1884 publicaba Sarmiento *Conflictos y armonías de las razas en América*; y al final del libro se regocijaba el genial escritor, con esa franqueza y sinceridad semejante, a veces, a la jactancia, pero que en el fondo no es sino la intensa alegría producida por aquello que se considera la percepción de la verdad, de haber coincidido en opiniones con un notable escritor norteamericano cuya obra anunciaba una revista de Nueva York; pero se regocijaba, especialmente, el ilustre anciano, de haber publicado su libro con anterioridad al de aquel, pues que otra suerte habría creído que lo plagia.

El libro de Sarmiento no ha sido por cierto benévolamente juzgado entre nosotros. No hace mucho que la cátedra universitaria ha discutido severamente su mérito, y si bien cabe reconocer la sinceridad del juicio, no obliga a aceptarlo como fallo de la posteridad.

He aquí ahora la feliz coincidencia aludida. Veinticinco años después de aparecer la obra de Sarmiento, confirma Xé-nopol en el capítulo V de la *Teoría de la historia* sobre los factores de ésta, la doctrina de *Conflictos y armonías* robustecido a su vez el juicio del eminente historiador rumano por la opinión de Girard, a quien cita en su apoyo.

Hay, pues, donde elegir.

Algo semejante ocurre con *Prometeo*. No que éste haya sido discutido, pues que, o no hay crítica franca entre nosotros, o falta tiempo para dedicarse a tal género de estudios; lo cual explica, diré de paso, que "un profano desocupado" se permita explorar en este campo abierto.

La coincidencia consiste en la publicación de la obra de

Foucart, cuatro años después de la de Lugones, en la cual se confirma la base de información que ha servido a éste para fundar su crítica, si bien no concuerda en todas sus conclusiones sobre el tema fundamental de investigación histórica, como trataré de demostrarlo.

El libro del profesor Foucart es el resultado de 40 años de estudio en las cátedras de epigrafía y antigüedad del colegio de Francia y en la dirección de la escuela francesa de Atenas: títulos sobrados, aparte de las monografías que ha publicado sobre las *Asociaciones religiosas de los griegos* y la *Miscelánea de epigrafía griega*, para certificar la autoridad de su última obra.

Bien, pues: para no hacer un extracto comparativo de ambos libros en lo referente a la documentación histórica, pues que ello sería materia de un estudio especial ajeno a mi propósito, me limitaré a decir que la concordancia informativa de ambos escritores es absoluta, y sólo anotaré algunas divergencias de crítica.

Tanto Lugones como Foucart, para develar por inferencia o interpretación el secreto y significado de *Los misterios de Eleusis*, empiezan por exponer analíticamente las teorías corrientes sobre mitología y teogonía del Egipto y de Grecia. Solamente que el escritor francés suele detenerse allí donde Lugones avanza, ya sea porque el primero, a fuerza de sujetarse al método cauteloso y empírico del epigrafista, rara vez rastrea por inducción; en tanto que Lugones se aventura en el terreno de la teoría y de la hipótesis siempre que el hecho sea dudoso, pero que juzga lógicamente debió producirse, o que alguna vez será comprobado. Por ejemplo: refiriéndose Foucart a los comentarios de Lang sobre los himnos homéricos, donde aquel censura "a los sabios que estudian la mitología griega, de no haber seguido, hasta fines del siglo XIX, el método que consiste en comparar los ritos y leyendas de la Grecia con los datos proporcionados por la magia simpática y el folklore por una parte, y por otra, con los mitos y los misterios de los salvajes contemporáneos, dice Mr. Foucart "discutir aquí la tesis general o las identificaciones citadas como ejemplos, nos llevaría muy lejos de nuestro propósito". (pág. 115).

Sobre este mismo asunto escribe Lugones: "Parece así mismo más ingeniosa que sólida la hipótesis sobre las analogías

tan estrechas de diversos mitos nacionales; hipótesis que los atribuye a la identidad de las leyes de la imaginación popular, que ante los mismos fenómenos recibía las mismas impresiones y las narraba de la misma manera concibiendo alegorías senie-jantes". No niega el hecho, pero sí la explicación de los mitó-logos. "Los mitos son los mismos muchas veces con iguales pa-labras. ¿A qué atribuirse este fenómeno singular?". A juicio de Lugones sólo cabe una hipótesis:

"El mundo estuvo dominado en edades cuyo recuerdo his-tórico se ha perdido, por una raza poderosa y culta que propagó e impuso por doquier sus creencias fundamentales". A base de este postulado, estudia los hechos referentes a las analogías o identidades expuestas, así en Asia, como en Europa y Amé-rica, en la antigüedad y en nuestros días. La materia está ex-tensamente tratada en *Prometeo* en los capítulos: *Las tumbas de los titanes* y *El rastro de oro*.

Respecto de la trascendencia moral atribuida a los miste-rios, y a su influencia decisiva sobre el perfeccionamiento del es-píritu humano, el juicio de Lugones difiere en absoluto con el de Foucart. "Ningún indicio, dice éste, ha quedado acerca de una instrucción moral o metafísica, y no hay razón alguna para suponer que ésta haya sido suministrada en las lecciones dadas a los iniciados. (Pág. 284).

Lugones cita opiniones autorizadas, que, en su concepto, prueban lo contrario. El mismo Foucart en las páginas 362 a 364 de su obra, incurre en contradicción con lo anteriormente afirmado, al notar los rastros de esa enseñanza moral, aun cuando no sea tomada de inscripciones antiguas, pero sí venta-josamente reemplazadas, en los textos de eminentes escritores griegos y latinos, como en los fragmentos de Píndaro, Sófo-cles y Sócrates, Cicerón y Critágoraas que el mismo profesor cita: (pág. 362 y siguientes).

Pero donde resalta fundamentalmente la diferencia de cri-terio entre Foucart y Lugones, es en la solución del enigma cuyo estudio constituye el fondo y objetivo de la obra de am-bos escritores.

Como quiera que el culto esotérico de los griegos, simboli-zado en los misterios, sea de difícil acceso al conocimiento de quienes se han propuesto interpretarlo, es indudable que en el estudio de los ritos, ceremonias, festividades y organización del

sacerdocio, se ha encontrado documentación reveladora de esas formas de la religión griega; y en la enumeración y análisis de ellas, coinciden sin disparidad las dos obras mencionadas. Pero el lector que hojea con interés desde el comienzo el libro de Mr. Foucart, después de haber recorrido el escabroso trayecto de sus investigaciones, a través de verdaderas cavernas donde se sufre un purgatorio de ansiedad y de duda; de haber seguido el rastro de inscripciones la pidarias; de encontrar de tarde en tarde, a manera de hitos en esa necrópolis del mundo antiguo, fragmentos de estatuas y columnas truncadas, espera anhelosamente ser compensado de tanto esfuerzo y fatiga, con la solución del arduo problema. Mas he aquí que Mr. Foucart, quien sólo ha logrado develar fragmentariamente el enigma con una que otra inscripción hallada en su camino, asistido a veces por Máspero, nos dice en definitiva: "Nous possédons donc peu de renseignements sur les rites et les cérémonies qui s'accomplissaient dans le telesterion, et encore chacun d'eux, comme on le verra, a donné lieu aux interprétations les plus diverses; si bien qu'en lisaant tout ce qui a été écrit sur les mystères, le lecteur se trouve plongé dans l'obscurité la plus complète".

Bien es cierto que el erudito profesor, para sacar de aquella obscuridad al "curioso lector", agrega que "el método más seguro consiste en atenerse a los textos y comprobar si los hechos referidos, tomados en sí mismos, bastarían para responder a la idea que los antiguos se formaban de los misterios"; y después de indicar otros procedimientos de información y crítica tendientes al mismo objeto, afirma definitivamente, si bien con algunas reservas, que "las revelaciones más importantes y completas se deben a los escritores cristianos". (pág. 339 y 370).

Es esta prueba, a mi juicio, la más discutible de todas, porque se basa en el testimonio de parte interesada; siendo así que — sin extremar la dialéctica de alegato forense — es sabido que la crítica histórica aplica iguales reglas en la compulsa de probanzas, y que cualquier juez de mediano criterio descalifica al testigo notoriamente parcial, toda vez que su declaración sea desfavorable al adversario. Respecto de estos valores testimoniales, agrega Mr. Fourcart que "un estudio general de esos autores sobrepasaría demasiado los límites del presente."

Lugones ha verificado en *Prometeo* ese estudio compa-

rativo en la medida necesaria para probar su tesis; y la conclusión clara y terminante a la cual conducen esos testimonios de escritores cristianos y paganos de los siglos II y III de nuestra era, de los cuales se ha ocupado extensamente Renán, es que son igualmente recusables porque la pasión del fanático y el odio del sectario son las fuentes en que se inspiran. Los chismes de Suetonio resultan candorosos y pueriles comparados con esos libelos difamatorios. Cumple decir que Mr. Foucart no se atiene literalmente a esa documentación; pero tampoco la desvirtúa de una manera terminante, si bien de hecho le resulta innocua, puesto que no le sirve para aclarar la cuestión planteada.

En resumen: el sabio francés arriba a una solución conciliadora: en los ritos de Eleusis, según él, se armonizan los beneficios de la iniciación sobre el alma humana, con la alegoría agrícola, representada en la espiga, que es el desenlace del drama sagrado, cuyos protagonistas son: Kora, Zeus y Demeter.

Más racional y categórica es la solución que da Lugones a favor de la siguiente clave que le sirve de guía en toda su obra: "Los númenes eran tres: Dionisos, Demeter y Kora. Dionisos resumía los pequeños misterios cuyo objeto era revelar el carácter sexual de los cultos lunares. La iniciación correspondía a Demeter y era la revelación de los cultos solares, más puros o espirituales pero vencidos por los lunares, y que los misterios habían conciliado. La epopthaia concernía a Kora y era la libertad del alma humana: la espiga de la cosecha. El dios y la diosa eran Dionisos y Demeter, pero no unidos, sino vecinos en el gran sistema definitivo que eran los misterios. Kora es el alma humana que participa de ambas naturalezas divinas, y que cayó bajo el dominio de la materia por la sexualidad".

Los especialistas apreciarán la exactitud de esa interpretación; pero lo que está al alcance de todos en el libro de Lugones, es la hermosa síntesis del genio griego, plasmado, según aquél, en la iniciación de los misterios.

Refiriéndose a la influencia de aquella, dice: ¿Cuáles fueron las consecuencias de aquella poderosa síntesis filosófica, ética y estética sobre los griegos?

"Ante todo, un perfecto equilibrio o salud moral que producía su serenidad característica".

“El griego carecía de inquietud, porque tenía resueltos los cuatro grandes problemas de la vida. El social, con instituciones satisfactorias para todos al estar fundadas en creencias comunes. El individual, con el principio indiscutido de la obediencia. El espiritual, con el conocimiento de la vida futura. El moral, con el concepto racional del bien. Carecía, pues, de la inquietud, la terrible enfermedad moderna que nos conduce a dejar todo inconcluso en la tristeza de un esfuerzo sin objeto. Hoy no sabemos realmente para qué vivimos, desintegrada en la anarquía toda solidaridad humana y hasta patriótica. Aquella gran dicha antigua de sentirse inmortal en la perpetuidad del esfuerzo continuado, ya no existe. La esperanza espiritualista ha desaparecido también; y entonces: ¿A qué combatir el egoísmo, si conforme al concepto del desesperante filósofo que mejor ha expresado el mal de la vida inútil, el mundo es, al fin de los fines, mi propia representación? Componemos a la verdad un mundo de aislados, como los obreros de la ofuscadora Babel; y fuera cosa de pensar con el espanto del abismo, en qué las tinieblas del mundo futuro ocultan precisamente la solución del problema del trabajo, si como símbolo consolador no hubiera resplandecido ya en las edades la fe redentora del hijo del carpintero”...

Es de advertir que “el principio indiscutido de la obediencia” a que Lugones alude, no es aquel impuesto por el dogma, sino por la noción racional del deber.

A propósito de la tragedia, en cuanto fué en sus orígenes el drama sagrado de los griegos, como síntesis del concepto del arte, escribe:

“También la tragedia fundábase en la verdad al celebrar las revelaciones de los misterios. También exaltaba el valor; la serenidad que resulta del equilibrio perfecto entre la moral y la razón; el optimismo y la esperanza en la convicción de la palin-genesia; la libertad, amada del griego, como que el Prometeo iniciador del arte trágico, estribaba principalmente en la peripetia de un númen libertador.

“Precisamente esas tragedias producen el efecto de arquitecturas colosales en su ordenación, que los siglos no han podido conmover. Sus palabras repiten, como bóvedas, el paso de los heroicos pies que vuelve sonoros la sandalia de bronce. Los coros recuerdan columnatas armoniosas como flautas parejas. Los personajes parecen torres por donde sale una voz de ejércitos.

En aquella estrofa, como en el sillar de un muelle, viene a estreliarse el Océano y habla. Por aquel exámetro métese el viento y en son de clarín perora. El corazón antiguo está clamando ahí la tempestad de las pasiones eternas. Pero la tranquilidad que infunde el concepto seguro del objeto; el equilibrio de la sabiduría, subordinan aquella grandeza a la ley que enfrena desesperaciones y tempestades”.

Luego, al comparar aquella unidad del alma helénica, con la desintegración de las nociones arquetípicas, característica de la vida moderna en sus relaciones con la educación espiritual, expresa estos conceptos, que serían desconsoladores, si no los atenuase la visión de la esperanza en una humanidad futura:

“Un mal típico de las decadencias—el desencanto de la vida inútil—enferma nuestras almas. Vivimos sin saber para qué, limitados a la sed insaciable del deleite físico en la más absoluta orfandad moral. La exageración morbosa del trabajo, dimana de aquellas satisfacciones eternamente inaccesibles en su esencial quimera. Y esto es ya una enfermedad física que todos palpamos en la actualidad, como asistiremos mañana a los desgarramientos sociales producidos por su ciega desesperación.

“El trabajo excesivo nos ha vuelto egoístas y malos, vale decir, enfermos, al no dejarnos tiempo para realizar, mejorándonos, el cultivo de la simpatía. Agobiados de tarea, enloquecidos por adquirir bienes cuyo disfrute es imposible o angustioso, las mismas reglas de la educación elemental claudican entre los estrujones de la runfla. Somos indiferentes ante el daño ajeno, en una avara defensa del bien propio, miserablemente confundido con la aislada glotonería de la fiera. Pero esta asociabilidad producida por la captación de la piltrafa, conviértese fácilmente en hostilidad, haciendo que las fieras se devoren entre sí. El tiempo, cuya duración medimos con nuestra propia vida, y que como vida debiéramos apreciar, equivale para nosotros a dinero. Así, en vez de disfrutarlo, lo amonedamos, sin advertir que la hucha de tal tesoro es la tumba, y lo que se compra con él, la fatalidad antes gratuita de la muerte”.

¿Estamos, acaso, asistiendo a los desgarramientos producidos por las condiciones de la vida moderna, presentidos por Lugones con visión profética?

Prometeo sigue encadenado a la roca del martirio. El tirano

Júpiter, bajo diversas formas, como lo hizo siempre para cometer sus maldades a mansalva, aún gobierna al mundo.

Hambre y sed de justicia y de amor angustian a las almas.

“¡Tengo sed! han clamado todos los mártires en el suplicio. El del Calvario, el del Cáucaso, han dicho la misma palabra de abandono y de tristeza”.

“Cuide el país de no aumentar el tormento de su Prometeo”...

No ya el país: la humanidad toda no tiene hoy otra esperanza para reconciliarse con la vida presente, que la libertad de Prometeo y la caída de Zeus.

¿No podría ser este ensueño el símbolo de la civilización greco-latina, cuya síntesis algunos artistas europeos se preocupan en la hora actual de representar en el bronce o en el mármol?

GREGORIO URIARTE.

POESIA AMERICANA

Crepúsculo de Otoño

Para don José Toribio Medina.

No sé cómo hay quien diga que en el recuerdo hay gozo,
ni quien inventó cosa tan fuera de consejo,
si le duelen al viejo las heridas del mozo,
y los triunfos del mozo ya no halagan al viejo.

En estas horas tristes de soledad brumosa,
preludios de un invierno tal vez sin primavera,
el alma se recoge y aventurarse osa
por la olvidada ruta, de la niñez lintera.

Y encuentra en el camino, rastreras y marchitas,
hojas mustias de otoño que arremolina el cierzo,
las memorias inánimes de las dichas prescritas,
que reavivar no puede ningún humano esfuerzo.

Ensueño, flor del aire, hoy lasa y sin perfume;
promesas de la aurora que no cumplió la tarde;
quietud que enjendra el tedio; fuego que se consume
sin propiciar el ídolo, en el altar en que arde.

Desierta está la ruta de jubilosos ecos,
pero se oye el sollozo del ánima mezuquina
que hirió el recuerdo amargo. En los rosales secos,
se desboja la rosa y perdura la espina.

Y aquí una encrucijada, y allá un jardín umbrío,
sin un matiz que alegre la escueta lontananza,
y al cabo de la senda, tallada en mármol frío,
la efigie muda y yerta de la desesperanza.

Celajes de la tarde, crepúsculo de otoño,
¡qué habrá que más encone la desgarrada herida,
que recordar los sueños del corazón bisoño
en estas horas tristes, al declinar la vida!

Vita Vana

I

Era más de media noche y alboreaban los veinte años
de mi edad.
Combatido por anhelos siempre informes, siempre huraños,
daba vueltas en el lecho que albergaba los veinte años,
los veinte años de mi edad.
Estoy cierto: no dormía. Con el ánimo despierta,
meditaba. De repente, crujió un gozne de la puerta
que entornada dejé ayer,
y con paso sigiloso, con el paso del que roba
al durmiente descuidado, deslizóse por la alcoba
una forma de mujer.

Era frágil como un ángel, era dulce como un sueño
virginal.
Quise hablarla, y las palabras no sirvieron a mi empeño;
quise asirla, y escurrióse de mis manos como un sueño,
como un sueño virginal.
Estoy cierto: no dormía. Lo implacable del desvío,
ardió el fuego de mis ansias; dejé el lecho y en el frío
pavimento puse el pie.
Voy tras ella: ya la tengo. Nó, de nuevo se evapora.
Brilla el alba, y la quimera en un rayo de la aurora
se disuelve... ¡Ya se fué!

Los diez años que pasaron me sedujo esa quimera
del amor.
¡Cómo hieren los recuerdos de lozana primavera
vanamente malograda, por seguir una quimera,
la quimera del amor!
¡Cuántas veces, adormido de la noche bajo el ala,
con arrestos de princesa o blanduras de zagala
a mi lado la fingí!
¡Cuántas veces tomó carne la quimera de mis sueños,
y en los brazos de otros hombres, en los brazos de otros dueños
para siempre la perdí!

II

Cierto día, por mi senda cruzó raudo un caballero
de otra edad.
El almete, los anillos de la cota y el acero
del estoque, le brillaban al gallardo caballero,
caballero de otra edad.
Sus arreos atestiguan el oficio que profesa;
la leyenda de su escudo dice “*¡Excelsior!*” y es su empresa
una rama de laurel.
No hay trabajo que le arredre, no hay peligro que no afronte.
Quiero hablarle. . . No me escucha. Se ha perdido tras el monte
galopando en su corcel.

Los diez años que pasaron fué la gloria, pesadilla
de mi afán.
Cuantas veces surqué el ponto, llegué náufrago a la orilla,
consumido por la fiebre de esa inquieta pesadilla,
pesadilla de mi afán.
Alentando el noble brío que el sopor del ocio enerva,
las arrugas de mi frente con las palmas de Minerva
recatarlas quise yo.
Lauros, palmas devoraron una noche las orugas,
y más hondas en mi frente, más siniestras, las arrugas
la mañana descubrió.

III

Fué a la hora del crepúsculo, tras un día lacerante
de inquietud.

Aurea diosa de ojos ciegos en su carro resonante
cruza el éter, una tarde, tras un día lacerante,
lacerante de inquietud.

Sobre el orco de infelices que sucumben a la inopia,
va arrojando los tesoros de su fértil cornucopia,
sin medida y al azar.

Le doy voces, e impasible, desdeñosa de mis ruegos,
apresura su carrera la áurea diosa de ojos ciegos,
por la tierra, por el mar.

Los diez años que pasaron seguí el coro de la farsa
de Arlequín,

y vistiendo los disfraces de la anónima comparsa,
llegué un día con los otros al tinglado de la farsa,
de la farsa de Arlequín.

Ví dorando sus grilletos a los viejos galeotes,
y en las aras profanadas oficiando sacerdotes
de otro culto y otra ley.

Tuve miedo. Sentí frío... La bandera que enarbolo
nadie sigue. Del bullicio me retiro. ¡Ya estoy solo
rezagado de la grey!

Solo, nó, que oigo los pasos de un jinete que galopa
tras de mí.

Aun mis ojos no han logrado descubrirle entre la tropa,
pero siento las pisadas del jinete que galopa,
que galopa tras de mí.

—Caballero, si me traes la ilusoria recompensa
de otra vida, donde el hombre, como en ésta, siente y piensa,
no me quieras alcanzar.

Mas, si vienes a enseñarme el oculto derrotero,

de un nirvana venturoso, date prisa, caballero,
date prisa de llegar.

Excéntricos

Para D. Armando Donoso.

¡Oh, la sonrisa amarga
de los que tienen sed de justicia!
¡Oh, la inquietud que embarga
a los que luchan con la malicia!

¡Oh, los que viven puros
y el germen llevan de ajenos males,
y sin estar maduros,
de corta vida muestran señales!

¡Oh, los que el artificio
huyen de ritos y protocolos!
¡Oh, los que en el bullicio
de las ciudades, se sienten solos!

¡Oh, los que están de gorja,
porque confunden tal vez ¡insanos!
lo que la mente forja,
con lo que pueden tocar las manos!

¡Oh, los que sólo escuchan
duros rechazos, tercos desprecios!
¡Oh, los que en vano luchan
contra los malos, contra los necios!

¡Oh, los que con sus brazos
rompen el yugo, cortan la brida;

los que no sufren lazos,
porque prefieren vivir su vida!

Todos, por causas varias,
frutos que el árbol cuajó a deshora,
viven como los parias,
dentro de un mundo que los ignora.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

Santiago de Chile.

Azrael!

Azrael, angel negro y taciturno
de ojos letales; Dios de las tinieblas
sin término, y del sueño que no acaba
jamás, y del olvido irreparable;
Azrael de alas fúnebres, que vives
del exterminio y del salobre jugo
de las lágrimas; Padre del silencio;
Rey de las soledades misteriosas
del más allá; Señor del desamparo;
Azrael, angel negro, yo te invoco
desde lo más profundo de mi espíritu,
en la paz engañosa de la noche
toda llena de angustias imprecisas
y de vagos terrores; yo te invoco
angel negro que llevas en la frente
una cárdena estrella, y en los labios
un implacable gesto; yo te invoco:
¡Arropa en la tiniebla de tus alas
a la elegida de mi amor! ¡Estrújala
contra tu seno estéril! ¡Que no viva
más que sus sueños cándidos... estrújala,
sé misericordioso, que no viva
más que sus sueños!... ¡que al partir se lleve
con su visión ingenua de este mundo,

impoluto su amor, su fe serena,
y joven y robusta su esperanza!...

¡Sé clemente, Azrael! Posa tus labios
exangües, en sus labios que murmuran
sólo mansas palabras que parecen
revuelo de palomas... ¡Que no viva!...

Para siempre jamás cierra sus ojos,
tristes como los cielos otoñales
cuando llega la noche... ¡que no viva!...

¡Estrújala en tus brazos, angel negro,
antes que pruebe el zumo emponzoñado
del dolor!... ¡Que no viva... que no viva!,
¡oh Dios del sueño que no acaba nunca!,
¡oh Padre del silencio y del olvido!...

RAFAEL CABRERA.

Méjico.

HAY EN TI...

Está en tí ; oh, hombre! todo el cosmos de las pasiones, ideas y sentimientos.

Tú mismo eres el manantial de toda belleza o fealdad, de amor o de odio, de nobleza o abyección, generosidad o egoísmo, acidia o fuerza, perspicacia u obtusidad; desde la amplia tolerancia a la sectaria obcecación y, de la azul serenidad a la conturbación adusta, todo, todo nace, surge, emana y fluye de tí; todo el Bien y el Mal, en fin, que son el estambre entero de la vida.

Cada día se plasman, destruyen y renacen mil encontradas fuerzas en tu ser, protoplasmas que mueren y se crean, pensamientos que entenebrecen tu cerebro o lo iluminan alternativamente y, emociones que te exaltan o te abaten ; el aniquilamiento y la palingenesia de todo un mundo!

Todo está en uno!

Mas... cada día debes "descubrirte" y, a cada hora, pronunciar el "sésamo ábrete" ante los ocultos tesoros de tu ser.

También la tierra abandonada, sólo es a nuestros ojos páramo yermo, jaral agreste o infecto paúl; pero siempre está presta a dar amorosamente al hombre, todos los bienes que su seno encierra y, paga munificente el esfuerzo honrado, cuajándose en policromas y olorosas flores, sazonzando el fruto que nos alimenta y regalando espléndida, la gema, el oro y el argento que, trueca luego el artífice feliz, en primoroso camafeo, nupcial sortija o ánfora sagrada.

Asimismo el mar que, acaso lo imaginas desde miles de millares de años, siempre hosco y bronco, siempre igual y eternamente inútil, cobija en sus entrañas mis ocultos tesoros a los profanos ojos. Sólo quien bucea sus honduras, se goza

en contemplar el indecible encanto de sus maravillas o pesca la perla codiciada; y la misma furia hoy tan solo destructora de sus olas, parece brindar al aún frente a ellas como ingenio humano, su prodigiosa fuerza, lista a suplir el desgaste de costosas energías.

Y el mismo aire, hendible a la sola caída de un cabello ¿qué no encierra?

Podrá ser, es cierto, horrisono y furioso vendaval que abata bosques y viviendas o, el fácil conductor de microbios virulentos; mas también es el suave y embalsamado céfiro, que atempera el bochorno del estío, el armonioso trino en la garganta del jilguero y, el viento que transporta la simiente proficua.

Y el fuego, no es sólo la llama voraz que destruye y espanta, dócil se presta a domésticos favores o encendida mantiene la pira de holocausto, sino también, es fuerza que reanima, temple y purifica.

Como en el mar y la tierra, en el aire y el fuego se hallan todas las fuerzas destructivas y creadoras que son la esencia y razón del universo, así también en tí, se agitan formidables e imperiosos, las leyes de la compensación y del contraste que, son tal vez todo el aliento y el apoyo de tu existencia; y cuando logres sospechar siquiera la justicia inmanente de esas leyes, comprenderás, aunque sea pálidamente que, la misión de nuestro paso por la tierra, debe ser muy otra que el "cínico dejar correr los años" y, que el ineluctable tributo de Dolor que se nos exige, talvez es sólo una oblación por ver nuestra alma cada día más libre y más excelsa, y... ¿quién si no para volver a más perfecta vida en nuestros hijos, que adquieren los atávicos vicios y virtudes!

Busca pues, incesante y sin descanso, nó como Diógenes un "hombre" entre los hombres sino tu propia alma dentro de tí mismo, y habrás descubierto en pequeño, todo un mundo. Y sobre todo, jamás olvides que la vida es lucha sempiterna que no admite un día de abandono, pero también pródiga te paga tus esfuerzos, en brillantes monedas de oro espiritual; que... para las otras ya sabes que es avara.

Y cuando así comprendas, que la ley de las compensaciones en todo está y a nadie olvida, lozano y fresco brotará en tí el Optimismo y, de tu corazón saldrá exultante el gri-

to: oh, cuán bella me es la vida ahora! qué secretos encantos hallo en todo; en esa multitud de cosas que me rodean, y que antes me eran frías, grises, hoscas y hostiles.

Hoy por doquier hallo Belleza y, un infinito goce en extractarla de los hechos todos.

Con don cuasi adivinatorio, veo imperar en todo, la ley de las compensaciones; en los objetos todos y en todo lo viviente, de que juzgando antaño con unilateralidad, sólo el lado antipático veía, si a mi modo de ver no era afín; pero comprendo ahora más claramente — y de ahí mi optimismo nace — que, lo más horrible, más grotesco, más brutal, más tenebroso, sólo para contraste y mayor realce de lo más sublime, más eurítmico, más bueno y puro, es.

Antes, el invierno mortificándome el cuerpo, también el alma llenábame de nieblas y humedades, sintiendo sólo la plúmbea sinfonía gris de la melancolía; hoy, bienvenido me es, porque existir debe, porque es el preludio de la primavera.

La naturaleza tan sabia en todos sus designios, no ignora que la más bella policromía de las flores, palidecería ante nuestras retinas, de ser eterna; que el trino de las aves se haría monocorde; el sol menos brillante y bendecido; que, el céfiro aromado inodoro se tornaría; menos claro el cielo; más turbia la cristalina linfa de las fuentes; su tapiz esmeralda menos verde; los árboles menos umbríos; desabrida la fruta y aburridas las campiñas si, el invierno no imponiéndonos el tributo de las cosas hechas feas y tristes, no cuidara de que en ese descanso adquiriesen fresco vigor, las galas con que Natura nos regala.

¿Y cuándo goza el cuerpo de más ventura y más hondo el vivir aspira que, en la convalecencia tras larga y grave enfermedad?

¿Cuándo más clara y descansada está la mente que, luego de sometida a las laboriosas lucubraciones del estudioso o, tras la difícil gestación de una maravilla por el genio?

¿Y cuándo más serena y fresca el alma que, después de apaciguadas las borrascas que la atormentaron, o el mar más magnífico que después de la procela espantosa, y más límpido el éter sino cuando ha llovido?

Comprende así la vida, y verás extenderse ante tus ojos,

encantadores horizontes insospechados y, la posibilidad de remontarte a planos superiores de existencia.

Si eres adolescente, escapa con horror a la vida sedentaria y fatalista, pensando que, si aun hoy el juvenil vigor neutraliza el marasmo que tus apatías engendran, cada hora de abandono, significa para el futuro (cuando podrías gozar en toda su plenitud de fuerza, de saber y de experiencia, la vida tuya) la atrofia para el cuerpo, el embotamiento del cerebro y la insensibilización del corazón y, por lo tanto, sea la exuberante savia que en tí bulle, agua encauzada en fecundadora acequia, que no pasajero y destructor aluvión.

Y si estás en el tramonte de tu vida o eres provector ya, habiendo aguantado resignado o rebelde el dolor de la existencia, y adoptado como única pasión al escepticismo... intenta aún, talvez reconozcas que puedes resarcirte; mas, si te crees fatalmente fracasado, entonces... ni entonces te abandones, y date a plasmar amoroso en otro, el individuo que tú habrías soñado ser!

Ardua e ingrata será la labor en su transcurso, es cierto; pero, siempre, aunque muy vaga y como ocultamente, si te pones a buscarla, verás que nació una compensación a tus empeños.

Cuántas veces el escultor que, por años venía plasmando en su espíritu las formas de un ideal, al querer por fin, transportarlo al impoluto mármol, al cual hasta quisiera dar vida, como Pigmalión a la estatua que esculpiera, y ve siempre la piedra rebelde a sus anhelos — a pesar de saber que podría sacarse la perfección de ella — ha de sentirse invadido por un gran abatimiento y, con la frente entre las manos, ha de pasar largas horas meditando sobre su abrumadora impotencia!

Entonces, cuántas veces sentirá el impulso irresistible de tomar el mazo y voltear hecha pedazos, de su pedestal, la alba figura, que sólo denuncia su incapacidad de creación; pero... una como intuición divina gritarále: ¡deténte, insensato!

Ese mármol, en que tu cincel busca vanamente el secreto de la suprema belleza, encierra en sí, empero, todo el encanto de las formas y la ática esbeltez de líneas que tú sueñas; sólo falta que las llares a la vida!

¿Es el niveo mármol acaso el culpable de tu impotencia, si él hasta como maleable parece hacerse ante el poder de una voluntad iluminada?

Persiste pues! no te dejes amilanar por la zozobra e intenta una y cien veces, siempre con creciente amor, esculpir al mismo, y acaso entónces recién, logres a tu ideal ver hecho palpitante realidad; mas... ay! sólo acaso, es cierto, porque quién sabe si no está condenado a ser perpetuamente, como el quimérico alcázar de Azhuma.

Pero sobre todo, si sientes vibrar en tí la bendita acucia de elevarte, no te pares en esperar materiales compensaciones en su cambio ni tampoco, externo aliento que te ayude.

Sabe que, ese immaculado mármol no podrá decirte: labra, labra con tesón, que al fin haréme dúctil a tu anhelo sino bástete ¡oh, infatigable escultor! saber que en la piedra *hay todo* lo que buscas, mas sólo a tí te cumple descubrirlo.

Así también como en la estatua, en verdad de verdad te digo, hermano, que también *hay todo* dentro de nosotros; mas nunca jamás olvides que, todo en este mundo es relativo.

No quieras nunca locamente alcanzar en "absoluto" las mismas alturas a que otros con alas más potentes se cernieran, pues como Icaro verías derretidas tus blandas alas de cera, y entonces sí, que caerías para siempre.

Justo es que así lo admitas, si piensas aprovecharte de la ley de las compensaciones como espuela a tus esfuerzos, cuya rienda es tu anhelar y para los cuales, la ley del contraste debe ser el freno necesario.

Harto debe bastarte saber, que todo lo que en otros admirabas o envidiabas, también en tí está y, sólo de tu voluntad depende aprovecharlo; pero necio sería que pretendieses gozar de todo, en forma usuraria, con lo que negarías la imprescindible y sabia variedad de condiciones del linaje humano, y delatarías a gritos tu repugnante egoísmo, demostrando así que no sólo te has dedicado a extraer las gemas sino también pedregullos de tu ser.

Mas si a pesar de todo, cuando hayas descubierto cada uno de los carismas que posees, aun te alteras por su mezquindad, piensa que puedes suplir la mísera proporción que te cayó en suerte, gozando de la plétora ajena y no perdiendo

nada en la partida. Pues aunque tú mismo no seas el sol que te acaricia ni la obra de arte que te extasía ¿no sientes acaso la ventura que te donan, sin envidiarlos ni sentir desmedro en tu valer?

Entonces, si no eres de los bienaventurados que gozan de los inefables carismas de la mente — genio o sabio — sé al menos laud que vibre con las armonías del arte, o sensible receptor que se impresione, por los triunfos de la ciencia; y por esta sola disposición a la admiración y al aplauso, ya te sentirás mas armonioso e inteligente.

Y aún reclamas!

Dá siempre, y no temas agotarte en dádivas de amor que, de tu corazón, como mana cada vez más limpia y abundante el agua del pozo artesiano, fluirá más puro y cálido el amor.

¿Por qué no te alborozas con tu sola ventura de poder hacer el bien, que aún sufres el fraude de la ingratitud? no te basta acaso tu riqueza de poder donar, y que cuanto más lo haces, tanto más parece acrecentarse, que todavía codicias aumentarlas con ajenas retribuciones y agradecimientos?

¿Por qué execras de tus lacras y miserias, y desarmado te das a la desesperación?

¿Por qué te aherrojas con tus propios apetitos, cuando está a tu alcance el libre bienestar de la templanza?

¿Por qué envidias bajamente, y odias el brillo de los astros, cuando ellos te donan espléndidos su luz de bendición?

¿Por qué chapaleas del muladar el fiemo, cuando nadie te niega o impide el vuelo a las estrellas?

¿Por qué bebes las corruptas aguas de la ciénaga, cuando la hay clara, fresca y abundante en la argéntea taza de la fuente?

O sino ¿por qué aguantas el yugo infame de tu servilismo, si hay la circumspecta altivez que eleva la frente?

Nó! tú, y sólo tú, eres el dueño absoluto de tu albedrío, y por débiles que sean las membranas de tus alas, ensaya, por los menos, el alto vuelo!

Anhela, aunque más no sea, conocer la esencia de las cosas y no te conformes con su superficial aspecto, que cambiará a medida de tu estado anímico, y como Guyau pide, haz cada día tu vida más intensa y más extensa, transfúndete en las aje-

nas dichas y pesares, y vibrando con ellas, sensibilizarás de más en más tu corazón. exaltando de tal modo mejor tu alma.

Rico me crees talvez, amigo, de todos los bienes de que te hablo, pero es porque ignoras toda la indigencia, inopia casi, diría, de ellos, que me aqueja; y sólo porque ansío y espero conquistarlos poco a poco, es que te exhorto a que me acompañes o me acicatees con tu ejemplo, si más presto que yo andas, por lo que he de estarte agradecido.

Hasta hoy, no sé si por malhadada o feliz ventura, imito solamente al mísero minero que, extrae del subsuelo el carbunco caro y refulgente que, nunca él mismo ha de poseer talvez, y que, en cambio, dará unido a muchos otros, cuantiosas riquezas al propietario que se solaza en lejanísimas ciudades, o remedo a la encajera siempre pobre, que teje entre sus dedos las sedeñas telarañas de fino encaje (burdos, en cambio, los encajes de mis sueños!) que nunca el suyo, sino extraños cuerpos lucirán.

Pero animame, y hazlo conmigo, el pensar que si al principio existían en nosotros todas las posibilidades, algunas aun quedarán dentro, que se muestren propicias a un tenaz cultivo.

¿Acaso el recién nacido, no es el cáliz ya, de todas las prestancias y todas las acescencias?

Observa por ejemplo, cómo el ser humano en tierras frías y de grises cielos, se hace vigoroso, activo y pensador, así como ágil, espiritual y alegre, en países plenos de sol y de serenos horizontes; pero con todo, ni esa antinomia de caracteres que plasma el clima, ni siquiera el mandato de las fuerzas atávicas, podrían impedir que se hiciera realidad en cualesquiera de esas distintas idiosincrasias, el lema excelso de los atenienses: "No dejes nunca de modelar tu estatua, en lo físico, moral e intelectual", sino que la ética que impera en el ambiente donde el ser humano actúa, ejemplos o acontecimientos alentadores o depresivos y, los obstáculos y facilidades que las circunstancias le creen, son el mejor troquel donde se acuña la futura individualidad, selecta o ruin.

Talmente, el mismo ser que, creciendo entre el hampa, resultaría tahur, meretriz o beodo; zafio y rústico gañán en-

tre la gleba o debido a los sibaríticos halagos de la corte, rastro y vil cubilar, podría convertirse por una simple desviación inicial, en pensador alto y profundo por el ejemplo edificante y serio de las aulas; orador fecundo y cautivante en las lizas del ágora exaltada y fervorosa; certero, ágil y sabio polemista, en las bregas fogosas del periodismo o, un afortunado y bendecido descubridor de verdades redentoras, en el estudio paciente del laboratorio; y sobre todo, lo más alentador es que, aún a pesar de un erróneo o desgraciado encarrilamiento inicial, mucho, mucho puede subsanarse con firme y austera voluntad.

Lógico es empero que, la maravillosa ductilidad de la arcilla de que estamos hechos, tenga que manifestarse en tantas y tan opuestas creaciones; resquebrajadas y amorfas las unas, tersas y esbeltas las demás; ley imprescindible del contraste, que es el justo cartabón que asigna a cada ente y cada cosa su valor!

Pero... cuánta noble fuerza se destruye!

Cuántos brotes promisoros de la más bella floración no se agostan antes de abrirse, tanto en tí, como en mí, cual en ese, y en todos!

Qué ignotas energías y bellezas, no se malogran en cada día de nuestra vida, hermano, como hoy, ayer, y mañana, y después, y luego, y siempre!

Piensa en todo esto y verás que, si todos hiciésemos aunque fuera muy poco, por descubrir y utilizar los "tesoros ocultos", medraría inmensamente el patrimonio — en el concepto más alto — de la humanidad.

Para convencimiento final nuestro consideremos las mil cosas estupendas que la Guerra puso ante la luz de nuestra razón.

Seres por ejemplo, que eran laxos de músculos y nervios, de voluntad débil o relajada y de una penosa frivolidad de corazón, y que veían deslizarse su existencia entre el tedio, la ignorancia o la atrofia, se ven repentinamente obligados a hacer mil cosas que nunca hicieran, o de aprender lo que ni sospecharan, y hoy, rinden utilidades o se aprovechan para sí mismos, de lo que ha poco ni soñaban.

Esos mismos seres, sobrellevan ahora fatigas inauditas, sus nervios se tornaron tensos y fuertes: su alma está agita-

da por desconocidas explosiones de idealismos; renace en ellos el perdido cariño al hogar, patria y amigos; una sublime conmiseración por los ajenos dolores, con abnegado olvido de los propios; un estoicismo heroico ante las espantosas penurias de su vida actual y capaces talvez, hasta de dar, cuando sus febriles labios claman por agua, las últimas gotas que hay en su caramañola, al ha poco aun odiado enemigo y que ahora, preso de las más angustiosas convulsiones de dolor, implora por beber.

En la vida civil; en ancianos, mujeres y niños, cuántas prodigiosas capacidades no se han revelado, por el imperativo categórico de esta gran tragedia!

¿De dónde, dime, de dónde, ha surgido todo ese como fantástico dinamismo físico, moral e intelectual sino del mismo ser humano?

¿Fué menester este castigo apocalíptico, para que la especie humana aprendiese a utilizar más ampliamente, el poder infinito que encierra en sus entrañas?

Quién conoce los medrosos designios del Arcano!

Pero ahora, sobre las ruinas de esta siniestra hecatombe; sursum corda, sursum corda! y démonos a labrar tesonera y amorosamente, un mañana más alto, más noble y más puro. Y que no sea nunca a trueque de esta eclosión de odios y vergüenzas, sino enriqueciendo constantemente en nosotros y en los otros, el acervo de las cosas más azules!

A. E. SUHR - HOREIS.

Setiembre de 1918.

LA ESCUELA NACIONAL Y SUS "ICONOS"

El señor Bonet, a quien he leído con marcado interés dos tres veces, es un internacionalista decidido. Cree que marchamos según todas las apariencias—consecuencia fatal de la terminación de la guerra europea—hacia el internacionalismo y el socialismo de estado (1).

Yo quiero ponerme del lado del señor Bonet, yo quiero creer que la era del internacionalismo y del socialismo de estado, hechos una sola cosa en el futuro estado socialista universal, está próxima.

Yo quiero sostener que esa es la suprema dicha a que puede aspirar la humanidad, yo quiero gritar a los dueños de la política actual, y a los actuales dueños del oro, a los explotadores de la necesidad religiosa del pueblo, y a los que especulan con su aspiración a una vida económica mejor, a todos esos y a sus otros infinitos victimarios, yo les quiero gritar: alto! El momento de vuestra expiación ha llegado; la hora de la justicia de Dios ha llegado. Es necesario que os preparéis a devolver al pueblo lo que al pueblo habéis quitado. Adelantaos vosotros mismos a hacerlo buenamente, sino queréis que vuestra sangre y la sangre de vuestros hijos, y la de vuestras víctimas, sirva de alfombra en la escalera de la ascensión social. . .

Pero es que el autor de "La superstición nacionalista", al atacar abstractamente contra el nacionalismo presente y pasado se refiere en forma concreta y destacada a la escuela y a sus "iconos". Desde luego, repite varias veces este concepto y da a la palabra "icono" un relieve singular.

Le inquieta que en la escuela primaria se enseñe todos los días un poco de patriotismo "donde todo se conjura para pa-

(1) Carmelo M. Bonet, "La Superstición Nacionalista", "Nosotros". Año XII, N° 135, Nov. 1918.

según él lo retrata: "el sentimiento nacionalista se alarga o se acorta al par de las transformaciones que la fortuna depara a las fronteras". La única diferencia estriba en que el criterio a que me refiero no reconoce fronteras... Porque a decir verdad, con tal razonamiento, si se aplicara por igual a todas las cosas que el autor nombra "con rigor científico", no le quedaría sobre sus cuartillas otro hecho natural que el estado salvaje de la humanidad primitiva y el de las tribus o colectividades que todavía se encuentran en él o que a él han vuelto.

Si el nacionalismo considerado como consecuencia de la educación, hecho artificial, es un hecho por lo menos tan artificial como ésta, ¿qué otra cosa que un hecho artificial es la civilización? ¿De dónde sale la civilización sino es de la educación? Preguntémoselo a Grecia, pasemos por alto a la Roma imperialista, si también grande por sus labores mentales; a la Edad Media monacal; detengámonos un instante en el Renacimiento. ¿No es también un hecho artificial, en el sentido que nuestro autor da a esta palabra? Y el contemporáneo advenimiento del proletariado a la dirección política de las naciones ¿no es así mismo efecto de la educación?

Es muy interesante el contraste que él hace entre los vocablos natural y artificial.

Una de dos: o todo lo que no sea estado salvaje es artificial o el nacionalismo cuyo desenvolvimiento refiere bien el señor Bonet, es tan natural como la civilización de la cual no es otra cosa que una parte. Ahí tenemos los ejemplos de Grecia, de Roma, del Renacimiento, del advenimiento del proletariado, etc.; para no remitirnos sino a los tocados en las líneas anteriores.

Pero, desde otro punto de vista, voy a repetir las propias palabras del señor Bonet: "Más tarde, cuando la agricultura rudimentaria, la industria naciente y el comercio en pañales, se apoderan del hombre y lo atan a su medio físico, se fortifican los lazos de civilidad y comienza a nacer *el amor a la tierra*, que se confunde con el amor a las cosas que esa tierra produce y contiene. La emoción de patria y la emoción de propiedad, fueron, pues, en un principio una misma emoción".

"Corriendo el tiempo las tribus se consolidan, el *instinto de conservación* las suelda y amalgama y forman, entonces, la ciudad, la ciudad antigua, conjunción de burgos", etc.

¿Se quiere algo más *natural* que este desarrollo del senti-

miento de la patria descrito por el mismo articulista? Entre sus expresiones, he subrayado algunas que no concurren dócilmente, por cierto, al objetivo del autor. Llamo en particular la atención sobre el término *instinto de conservación*. En fin, sería muy largo y difícil seguirlo en todo su capítulo, pues campea en este un fácil raciocinio, que salta sobre los obstáculos con una serenidad digna de admiración. Y tiene varias imágenes, como aquella del prusiano sometido al interés del conjunto, que parece injertada por algún enemigo de la tesis que en el capítulo sostiene. En lo que incumbe al entezuelo celular y al metozoario, etc., estoy de acuerdo con el autor, en que tiene fundados motivos para recelar de la aplicación de los principios de biología, etc.

*

* *

Yo creo también que los egoísmos nacionales van perdiendo y cediendo cada día más terreno al interés humano universal y deseo que llegue cuanto antes la paz y la confraternidad de todos los hombres sobre una base de justicia y de amor.

No veo porque hemos de renegar por esto del nacionalismo y, sobre todo, porque hemos de atribuirle una porción de maldades que no son de él. No debemos confundir su exageración con su buen ejercicio, ni lo secundario, terciario, etc., con lo fundamental, ni la cáscara con el meollo, ni el anverso con el reverso.

El nacionalismo, "estado artificial", ha llenado y cumple, malgrado sus grandes defectos y sus lamentables degeneraciones, un papel importante e irremplazable en la historia, y es muy posible que esté más cerca del internacionalismo y del socialismo de estado que el estado natural...

El señor Bonet, ha hecho la generalización del concepto nacionalista en una forma interesante: ha tomado los defectos de todos los nacionalismos en particular y, sobre tan espúreos cimientos, ha construído su juicio, ¿qué otras cosas, si no cosas malas, pudo encontrar en tal fábrica?

Verbigracia, no es exacto, ni mucho menos, que el nacionalismo implique la necesidad de que un país "se defienda contra la industria de otros países por medio de aranceles prohibi-

tivos", ni hay porqué confundir, o mezclar de exprofeso, nacionalismo con "el odio al extranjero, la xenofobia", "el nacionalismo agresivo y cyranesco propio del jingöe, del chauvin", "del junker, del patriotero", o con "la resistencia al influjo artístico y económico del exterior", etc.

Porque una cosa es el pájaro y otra las pringosidades que pueda tener el pájaro debajo de las patas y en otras partes del cuerpo.

Prueba tenemos en los mismos hombres que cita el mismo señor Bonet: Wilson, Lloyd George, Balfour, Curzon, Grey, Bunsen, etc. ¿Cree el señor Bonet que no son nacionalistas estos señores? ¿Cree que están dispuestos a borrar de la escuela el culto de los grandes hombres nacionales, de los "iconos de próceres y fastos", como dice él?

Voy a transcribir unos párrafos de Mr. Balfor que refleja bastante bien opiniones de casi todos esos estadistas, manifestadas en estos últimos días, según las comunicaciones del cable: "Uno de los problemas más importantes a tratarse en la conferencia de la paz será la organización de una *liga de naciones*, el medio más seguro para impedir que el mundo sufra extravíos como los que soportó durante los últimos cuatro años. Puedo predecir que la liga de las naciones constituirá una fuerza conductora y fiscalizadora, y que los Estados Unidos tendrán un papel importante en la obra que incumbirá a la liga, según la famosa frase pronunciada por el presidente Wilson de asegurar la democracia para el mundo. Dudo que esto pueda realizarse simplemente por el hecho de aumentar el número de las democracias existentes".

"Uno de los resultados de la guerra será el aumento de estas democracias. Me refiero a la cantidad de nuevos estados creados en la Europa oriental. No debe suponerse que, por la reconstrucción del mapa de Europa y el aumento de las democracias, se haya hecho imposible la guerra, porque siempre surgirán conflictos y pasiones entre los estados limítrofes por más democráticos que sean (1), dado que los pueblos democráticos pueden caer bajo el dominio de las pasiones, como los pueblos que tienen otras formas de gobierno".

"Creo que la liga de las naciones tendrá que fiscalizar in-

(1) Esta aseveración parece copiada de Anatole France (*La Isla de los Pingüinos*).

fluencias referentes, no sólo a las ambiciones criminales de las grandes autocracias, si es que queda alguna, sino también debe velar porque las guerras mal concebidas, súbitas y devastadoras, no vuelvan a ser posibles. La liga debe constituirse en apoderada de aquellas comunidades que no han llegado aún al alto estado de civilización al cual pueden ser aplicados los principios del trabajo y de la democracia".

"La democracia no es un traje de confección que queda bien a cualquier hombre de cierto prestigio. La idea de una liga de las naciones como lo ha formulado el presidente Wilson es, en el sentido más amplio, del mayor valor, y será una gran contribución para la civilización futura" (1).

Y párrafos así podría citar a centenares de los grandes estadistas y sociólogos actuales, inclusive del artículo de Henri Lambert "La libertad de las nacionalidades" que publicaron últimamente "North American Review" de Nueva York; "Journal des Economistes" de París; "La Vanguardia" de Buenos Aires, "El Argentino" de La Plata, etc.

Las consecuencias más extremas a que llega Mr. Lambert dentro del gran principio económico del libre cambio es la supresión o la restricción de la soberanía de las naciones pequeñas bajo el protectorado, o la vigilancia, o el control paternal de las naciones más grandes y más civilizadas, sostenedoras y garantes de la libertad y el derecho.

¿Es esto la supresión del nacionalismo?

Yo no niego que esto sea un puente de oro hacia el internacionalismo democrático futuro. En buena hora. Pero creo no debemos renegar de los puentes y es de puro nacionalismo el que se trata de tender.

Porque el nacionalismo de hoy, no es el del monopolio hispano de los siglos XVI, XVII y XVIII al cual, aunque sin nombrarlo, parece querer reducir todo nacionalismo el señor Bonet.

Perdónese me que vaya a saltos en mis ideas. Imposible seguir en otra forma la disertación que comento. Y ¿no les parece a ustedes que Cervantes, es *muy nacional* a pesar de sus características de caballero de toda la civilización que tan de relieve pone nuestro autor, para mostrar los grandes preceden-

(1) "La Nación", Diciembre 7 de 1918.—Telegrama de Londres.

tes literarios y filosóficos del internacionalismo. ¿No les parece que Don Quijote es muy español, no obstante ser "ciudadano universal"?

Y lo que digo de Cervantes vale para Goethe, Molière y los demás del modelo. Más todavía, el florecimiento de cada uno de esos autores forma parte por lo general, de un florecimiento nacional en las letras de sus respectivos países. Demasiado es sabido, por otra parte, de qué depende la universalidad de una obra literaria.

Yo podría decir que Napoleón es también universal. Y el Cid campeador. Y Cyrano de Bergerac, el verdadero y el de Rostand; y Don Juan Tenorio; y el Satiricon; y los cuentos de Bocaccio. Y Aníbal I. César. Y Nerón... Supongo que nos entendemos.

* * *

En el discurso que comentamos también se nombra a Jesús. De acuerdo en que Jesús es un grande precursor de la de la hermandad universal, el más grande de todos, en mi sentir, pero no olvidemos que Jesús dijo: dad al César lo que es del César...

(En esto Jesús ha sido aventajado por nuestro Almafuerte, según me he enterado por "La Nación" de que así lo ha resuelto un crítico reciente... (1).

En cuanto a Sócrates, después que he visto que es tan distinto el Sócrates de Platón del Sócrates de Xenofonte, he determinado no creer nada de lo que se diga de Sócrates, hasta tanto no se descubra algo original de él mismo.

Los arañazos, que diz le daba Xantipa, y su dudosa fidelidad conyugal, pueden en verdad ser un principio de prueba en el sentido de que ansiaba un mundo mejor que aquel en que vivía, pero nada induce a suponer que ese mundo de sus anhelos fuera precisamente la democracia socialista internacional... Antes al contrario, a no ser que Platón haya querido engañarnos con aquella "República" que nos legara su talento inmortal.

* * *

(1) Alusión al libro de Don Antonio Herrero.

Pero lo que a mi más me interesa en toda le plática que comento, es lo que se refiere al nacionalismo desde el punto de vista de la escuela y sus "iconos". Es sugestiva la nueva y peregrina acepción de ésta palabra "icono".

Yo he leído y he vuelto a leer el discurso y aunque me parece que no dá al meollo la importancia que tiene, he llegado a la conclusión de que, si el internacionalismo es tal como allí se lo pinta, no hay porque pedir el desalojo de los autores de nuestra nacionalidad, el desalojo de todos los "iconos" de las escuelas. Porque nuestros grandes hombres han sido en tal sentido precursores del internacionalismo. Y así como ahora Wilson y George hablan de la justicia sobrepuesta a la fuerza — de la fuerza del derecho sobre el derecho de la fuerza, — así Moreno, y con él los demás revolucionarios de Mayo, pedían la supresión del monopolio comercial, la apertura de los puertos al extranjero, la igualdad política y civil, etc.; Rivadavia en 1821 y en 1826 "es el embajador extraordinario del porvenir cuyas tres hadas mayores — la inmigración, la escuela laica y la limpieza — golpean las puertas del Río de la Plata pidiendo la ejecución del programa de Mayo, el cumplimiento de la palabra de Moreno, la realización del anhelo nacional. Sin ellas la libertad económica, la libertad de conciencia y la libertad política, las tres franjas de nuestra soberanía, no podrían ser otra cosa que palabras vanas; sin ellas, los ferrocarriles, la navegación, las industrias todas, el telégrafo, el correo no hubieran sido cosas apreciables en la América del Sud" (1).

¿Es este el nacionalismo xenófobo a que se refiere el señor Bonet? ¿No están bien en nuestras escuelas las imágenes de Moreno y Rivadavia? ¿No es un deber elemental no sólo desde el punto de vista nacional, sino también desde el internacional, el tributarles culto? A no ser que queramos repetir el conocido pasaje de los niños cuando subidos sobre los hombros de su padre gritan: "¡Viva!; yo soy más alto que mi papá".

¿Y Sarmiento, Alberdi, Mitre, Vélez Sársfield, Juan María Gutiérrez, Avellaneda, etc.?

Recordemos de Sarmiento el famoso traje de montar con

(1) Marcos M. Blanco: "Rivadavia". Disertación que publicaremos en el próximo número.

que, antes que otro alguno, montó el caballo criollo en campo criollo, rodeado de criollos que le hacían mofa; recordemos también los alambrados y las escuelas normales; — recordemos de Alberdi “Las Bases” y especialmente “La Vida, y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud”, por citar a algunos de entre todos sus libros; — de Vélez, recordemos el Código Civil; de Gutiérrez, su obra en la enseñanza pública; de Mitre su labor de patriarca conteniendo el desborde de las pasiones colectivas; — de Avellaneda sólo éstas frases: “No temáis la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos, saldrá algún día, brillante y vestida, la nacionalidad sudamericana. El suelo prohija a los hombres, se los asimila y los hace suyos”... “desde la mitad del siglo XVI, la América interior y mediterránea ha sido un sagrario impenetrable para la Europa no peninsular. Han llegado los tiempos de su franquicia absoluta y general. En trescientos años no ha ocurrido momento más solemne para el mundo de Colón”...

¿Es ésta la xenofobia nacionalista a que se refiere el autor de “La superstición nacionalista”?

No debemos olvidar tampoco a los comenzadores de nuestro arte. Es posible que la mayor parte de ellos sean algo toscos, llenos de deficiencias, no otra cosa que esbozos, más o menos vagos, más o menos delineados, pero, ¿qué es ahora mismo nuestra República sino un esbozo?... ¿Somos acaso otra cosa que un esbozo de lo que será nuestro país en su grandeza futura?

Tampoco tenemos derecho para suponer que sin la espada de los libertadores, así en la primera jornada, como en la de 1852, se hubieran cumplido los dictados de aquellos grandes hombres civiles que supieron ser argentinos, muy argentinos, sin ser *xenóforos*, siendo todo lo contrario: muy *xenófilos*.

*

* *

Sé bien que entre los hombres de primera fila de nuestra historia incipiente los hay con notables defectos. Yo mismo, siendo todavía estudiante, señalé algunos, lo que me valió rebajamiento notable de calificaciones, y es posible que vuelva a ocuparme de ellos con más libertad. Empero, eso no obsta a los mé-

ritos de los que fueron meritorios en todo o en parte, y, menos, a la conveniencia del nacionalismo considerado en sus caracteres normales. Porque la vida y la enfermedad, el cuerpo y los abcesos, así en los individuos como en las naciones, con ser cosas tan estrechamente vinculadas no son siempre una sola cosa.

*
* *

Por mi parte, detesto los excesos, tan ridículos, a veces, con que algunos sienten, o hacen como que sienten, su particular nacionalismo, en especial lo que se relaciona con muchas cursilerías que tienen por campo predilecto la escuela (1).

Que se proteste contra los excesos del nacionalismo, muy bien, porque ello es no sólo lícito sino también, a mi entender, conveniente y necesario (2); que se predique el internacionalismo, perfectamente; pero, que se confundan la parte con el todo, o el agua con la que se estanca en baches y pantanos, sin embargo de que se haga con seria erudición el enrevesado, ya es harina para refrán.

Para mayor abundamiento, nacionalismo e internacionalismo no son términos que necesariamente se excluyen, antes al contrario, los mismos vocablos lo muestran: no se concibe el segundo sin el primero, malgrado la denominación de "internacional" adoptada por algunos *ultra-nacionofobos*.

Veamos el ejemplo del partido Socialista, de los partidos socialistas, que han alcanzado una respetable representación en todos o casi todos los países civilizados. Recuerdo ahora, entre otras incidencias características, las opiniones atribuidas al doctor Justo con respecto a la bandera y la nacionalidad y las rectificaciones de este talentoso leader.

Y recuerdo también que en muchos discursos de socialistas, la emoción y aún la pasión patriótica, han vibrado ora cual un

(1) Por ejemplo, acabo de leer en una revista seria y elegante un artículo en el cual se hace elogio de ciertas obras que representan "moreiras" y "vicentas" y entronizan al autor de toda esa novelería chabacana y de arrabal que hizo de las suyas con las infladas aventuras de "Hormiga negra", "Juan sin tierra", Pastor Luna, Juan Cuello y qué sé yo cuantas otras bandolerías de aquellos tiempos. Y lo más grave es que se confunde todo ese "malevismo" con el noble nacionalismo de Don Rafael Obligado.

(2) Y es una manera de hacer nacionalismo.

arpegio, ora como un torrente, según que las tocaron amables recuerdos o dulces esperanzas, o el huracán de debates furibundos. No hay más que recorrer de nuevo los diarios de sesiones del Congreso Nacional y los de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires de estos últimos años.

Si el artículo a que me refiero fuera la transcripción de una pieza de oratoria pronunciada en cualquier plaza o legislatura, yo no haría, tal vez, objeción alguna, porque pienso más o menos como Macaulay (1), respecto de los oradores, y me explico, que muchas veces, dada la psicología especial de las multitudes, les sea necesario tergiversar los fenómenos sea amplificando unos y deprimiendo otros, sea buscando efectistas asociaciones de hechos ideas o imágenes, por más que estén fuera y lejos de lo real y lo posible.

Cierto que los oradores de hoy no tienen la justificación que dá plena razón a los oradores atenienses en cuya época no existía la imprenta y había que convencer por el oído, y a la carrera, aprovechando todos los recursos con preferencia los impresionantes; pero, cierto también, que por mucho que hayamos adelantado en materia de alfabetismo, imprenta y vehiculos de enseñanza, el pueblo conserva siempre algo de muchacho grande, noblemente ingenuo, que se pierde entre tantas ideas contradictorias como andan por ahí, aún dentro de un mismo partido, pongamos por caso el socialista, y que no dispone de mucho tiempo, que digamos para instruirse, ni de mucho espíritu reflexivo para elegir.

Esto de que el pueblo no disponga de mucho criterio para elegir, no es ofensivo porque ¿quién, por ilustre que sea, puede jactarse de tenerlo en tanta dosis y tan bueno como para afirmar "yo nunca he incurrido en contradicción"; "yo nunca he vacilado entre dos o más ideas"; "yo he penetrado bien el sentido de todas las ideas que me han satisfecho o atraído"?

*
* *

La humanidad marcha a pesar de todo. Un soplo inefable, una voz sin sonidos, que es como el alma de la especie, un senti-

(1) Estudios literarios (Oradores atenienses) tras de jeremias Bender. Biblioteca Clásica XI.

miento vago y profundo, una lucesito interior — que parece va a quemar todo el velo del misterio de un momento a otro — la impele hacia adelante. El anhelo del perfeccionamiento, el afán de lo desconocido, la esperanza de conseguirlo todo, el estímulo de lo ya alcanzado, nunca la dejarán cejar. Habrá siempre intereses particulares más o menos solidarios entre sí y numerosos y fuertes, que se opongan a la marea, pero, inútilmente. Los intereses contrarios serán cada vez menos y menos poderosos. A unos se los asimilará y a otros los aniquilará, violentamente, si fuere necesario.

No importa que por momentos sufra golpes terribles; no importa que a veces su propio instinto la engañe como suele engañar a algunos insectos el instinto de la maternidad; no importa que en ocasiones retroceda. No cejará jamás.

Vestida con distintas ideas, con símbolos más o menos intelectivos, siempre será esa aspiración vaga y profunda, esa ansia infinita, ese soplo misterioso, el que la incite en primer término.

La energía inicial no sabemos de donde viene, por más que la hayan estudiado, desde que la humanidad existe, todos los filósofos y muchos naturalistas que no son filósofos, pero, sin embargo, se siente y obra. *E pur si muove.*

La "pringue afectiva", de que también nos habla el señor Bonet, no es nada más que una palabra o dos palabras hilvanadas con hilo incandescente, muy brillante, de mucho efecto, muy en boga, "dernier crie" hasta hace poco, pero toda hecha de fugacidad.

Lo afectivo seguirá llenando siempre un papel, sino primero, muy principal en la vida de los hombres, así individual como colectiva.

Apercíbome que habiendo querido escribir en estilo ligero, estoy haciéndolo casi como un dómine o un preboste grave.

Repito, por otra parte, muchas perogrulladas, pero, ¿tengo acaso la culpa de que nuestra NOSOTROS nos incite a escribir sobre los asuntos de actualidad y use para incitarnos más, de acicates tan poderosos como el artículo que dá pie a éstas líneas? Y cargos como aquel de que somos algunos los colaboradores de la revista que vagamos o divagamos "en la luna"?

Vése que la dirección de NOSOTROS se halla convencidísima de que nos encontramos más adentro de la luna de lo que en

realidad lo estamos, pues que muchos de los que allá vivimos, vivimos en la superficie del planeta pálido y vemos desde allí lo que pasa en la tierra. La diferencia está en el punto de vista y en el tamaño y la importancia relativos con que se nos aparecen los fenómenos...

MARCOS M. BLANCO.

La Plata, Diciembre de 1918.

BRISA DEL ALBA...

Brisa del alba, furtivo soplo
que estremeces la calma nocturna,
la sagrada quietud, el sosiego
del aire celeste en que yace
la paz armoniosa, la frente
del sueño besada por astros;
brisa del alba, furtivo soplo:
con invisibles plectros ondulas
en la lira serena del éter;
las diáfanas sombras conmueve
tu suspirante delicadeza;
la somnolenta corola agitas
y percibe su roce inefable
el pajarillo que bajo el ala
subtrae su fina cabeza;
la rama despierta cantando;
un débil preludio, una onda
rumorosa propágase tímida,
crece, avanza potente, y el pájaro
su desnudo cristal clarifica
en el sorbo de luz matinal,
mientras la aurora de aliento cálido
desvanece en la altura los cirios
de remotos delubros...

¡Oh, brisa
del alba! Mi frente consagre
tu soplo furtivo con esa
majestuosa armonía que impregna
tus impalpables alas, y el beso
de la noche argentina perdure
bajo el oro del sol en la Idea.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

ROSTAND

A los pocos días de la victoria de Francia, ha muerto el más alto, sino el único, poeta civil que quedaba a las Galias. De su lirismo brillante esperaban los optimistas el canto de la glorificación y el verbo que perpetuara la gesta del gran pueblo. Acaso esperaban algo más de lo que podía ya hacer el autor de *Cyrano*, envejecido tempranamente, y no por cierto de la vejez de Hugo.

Pocas veces, en los últimos años, se oyó la voz del poeta afortunado. Apenas si algunos sonetos y unas escasas odas recordaban que en Cambo, al pie de los Bajos Pirineos, su corazón sentía la angustia de su Francia atacada y valiente. Ni siquiera pudo ofrecerle, como D'Annunzio a Italia, el estupendo ejemplo de una consagración ardorosa. Menos feliz que el piloto de la "Serenísima", y menos que Charles Péguy, Rostand no ha podido durante la grande guerra ni vivir con toda su vida, ni morir bellamente, herido en el combate. Sobrellevó con pena los últimos años, enfermo, decaído, flaco de fuerzas y de inspiración, sin agregar nuevos laureles a su nombre glorioso.

Por esto, tal vez, no habrá sentido Francia como un gran duelo la muerte de su poeta más popular. Habrá comprendido que muy poco podría esperar ya del verbo de Rostand, y acaso haya sospechado que la brillantez sonora y algo fanfarrona de su poesía, no fuera la más propicia para honrar las virtudes de calma, de paciencia, de resignación, de callado heroísmo, que en esta guerra han mostrado los franceses.

Pero no se había olvidado que en los últimos tiempos,—muertos los más grandes líricos—, Rostand perpetuaba la tradición poética de Francia. Ni Richepín, fuerte, ni Régnier, exquisito, ni Paul Fort, complicado, son más *nacionales* que el autor de *Chantecler*. Así, nadie pudo disputar a Rostand las preferencias del gran público, que en *La princesse lointaine*, en

Cyrano, en *L'Aiglon*, y en la última de sus comedias, advirtió la expresión de su fondo más claro. No le provino, pues, la gloria de los reducidos cenáculos que, por ejemplo, han consagrado a Paul Fort como príncipe de los poetas, ni ha ido tejiéndose su nombradía en las ignoradas *coteries* de Montmartre o del Barrio Latino. Rostand asaltó a la gloria con *Cyrano*, y cuando por primera vez se le representó en el teatro de la "Porte Saint-Martin", pudo el poeta recoger el aplauso de todos, de los ingenuos que se enternecieron con Ohnet, de los que aún leían a Zola como discípulos, de los que sonreían con France, de los admiradores de Ibsen y de los rusos, de los jóvenes y de los académicos. Desde las famosas batallas de Hugo, ningún poeta francés llegó a la gloria de tal manera.

Y la explicación no era difícil. Pasados los entusiasmos románticos, habíanse adueñado del libro y de la escena el realismo, el naturalismo, el simbolismo, las pedanterías psicológicas y las trivialidades de la vida parisina. Este impreciso continente de obscenidad y de oscuridad, de poesía brumosa, incoherente y extranjera, mal podía conmover a la mayoría francesa, clara, ordenada, optimista y entusiasta. En tal momento se oyó a Cyrano. Pareció entonces que el espíritu de Francia diera una clarinada. Volvíase a oír a un hombre de las Galias, burlón, sentimental, generoso y empenachado, y se le oía en horas de incertidumbre nacional, de desconfianza, de enfermizo estado colectivo.

El mundo aseguró después la gloria de Cyrano. No era solo en Francia donde se esperaba ese canto de liberación, de optimismo y de fe. En toda Europa y en América se ansiaba la reacción contra la literatura de dolor y de hastío. Sobre los más diversos teatros de lejanas ciudades, en casi todas las lenguas y con toda clase de intérpretes, oyó la Europa civilizada los versos de la gran comedia. En los Estados Unidos—cuenta Doumic—se agotaron en minutos millares de volúmenes de la obra afortunada. En nuestro país—¿quién no lo recuerda?—con Coquelín, con Le Bargy o con Díaz de Mendoza, en su idioma original o en su traducción castellana, *Cyrano de Bergerac* entusiasmó hasta el delirio.

Sin esta obra, no parece posible que las demás comedias de Rostand afirmaran definitivamente su nombre en la historia literaria de Francia. Aparte de tal cual fragmento de gran lirismo, no tienen esas obras—particularmente las anteriores a Cy-

rano—ni un extraordinario vigor teatral, ni una original composición, ni siquiera personajes de interés verdadero.

Los versos de *Les Musardises* recuerdan algo a Musset, sin revelar un estilo nuevo; *Les Romanesques* es una comedia trivial, bastante tonta, de “rimas ligeras” y de “trajes claros”, como Sylvette la define al terminar el último acto; *La princesse lointaine* es una leyenda bonita y amable, bien poetizada, pero sin relieves; *La Samaritaine*, escrita poco antes de *Cyrano*, no hace sospechar, ciertamente, que una de las más bellas obras del teatro francés contemporáneo estaba próxima a nacer.

Después de *Cyrano*, la producción de Rostand se hace rara y difícil. *L'Aiglon* y *Chantecler* llenan veinte años de la vida del poeta, que después del enorme éxito de aquella comedia, teme al público y duda de sí mismo.

Hay en *L'Aiglon* páginas de gran belleza. ¿Quién no conoce las alucinaciones del aguilucho en la planicie de Wagram? El pobre muchacho, débil, tuberculoso, enfermo del mal del siglo, hermano de René de Chateaubriand—al decir de Ernest-Charles—sueña las glorias de su padre y quiere reinar en París.

Ah! je vais régner! J'ai vingt ans!
Une aile de jéneusse et d'amour me soulève!
Ma Capital, tu m'attends!

Soleil sur les drapeaux! multitudes grisées!
O retour, retour triomphal!
Parfum des marronniers de ces Champs Elysées
Que je vais descendre a cheval!

Il m'acclamera donc, ce Paris farouche!
Tous les fusils seront fleuris!
—On doit croire embrasser la France sur la bouche.
Lorsqu'on est aimé par Paris!

Mucho se discutió, al estrenarse, el valor de esta obra. Evidentemente, Rostand no se había superado, pero Francia vió en *L'Aiglon* su propia tragedia. Como el aguilucho, un enorme pasado la obsesionaba, pero como el pobre muchacho, Francia no podía luchar. Las voces misteriosas no le decían como al hijo de Napoleón: — *Santa Elena, Schoenbrunn!* Le murmuraban: — *Sedan, Berlín!* trágicamente. Así, por segunda vez, Rostand acertaba en simbolizar la inquietud de su pueblo. Con *Cyrano* le había revelado su propio espíritu, que parecía adormecido; con *L'Aiglon* le hacía pensar la triste actualidad, pero le

evocaba el pasado de gloria. Finalmente, *Chantecler* anunció la aparición del sol de las Galias.

Cyrano revivía en el gallo magnífico. Uno y otro eran la Francia, amplia de corazón, honesta y exaltada. Como Chantecler, la patria del poeta cree en la luz del sol y en el idealismo generoso, pero como Chantecler, al final, no se engaña demasiado. Limita su idealismo con el prudente realismo, y así la vemos hoy después de la gran guerra: confiada en el sol, sin creer desmesuradamente que el sol se alza por su canto. Bien dijo el autor de *Le théâtre des poètes*: *Chantecler* es el poema épico del genio francés.

Los poetas jóvenes de Francia fingían un elegante desdén por la obra de Rostand. Sonreían de su facilidad, murmuraban contra su gloria unánime, popular. Pero nadie ha substituído al poeta de Cambo.

No es del caso analizar las particularidades de su estilo, ni las características de su idioma rico, dúctil, caprichoso y variado; ni es necesario señalar en cuánto han influído sobre él Shakespeare, Hugo, Musset, Gautier, Banville. ¡Y cuántos otros!

Los críticos han determinado la posición que dentro de la literatura francesa tiene el poeta que acaba de morir al día siguiente de la Victoria. Si no merece el Panteón de las glorias más grandes, puede compartir el destierro entre los muchos muy buenos que la posteridad no ha acercado al templo de Santa Genoveva.

JULIO NOÉ.

DE LITERATURA FRANCESA

Comentarios a un libro (1)

En las letras, como en toda profesión, cuando uno es novicio carece, entre otras cosas, de legítima autoridad; y he aquí porqué los escritores nos iniciamos pegando, pues, seamos o no consentidos, por lo menos no oiremos decir que nos atribuimos prematuramente el oficio de árbitro; interín que si desde un principio prodigamos alabanzas usurpamos el papel que de hecho corresponde a la autoridad. El aprendiz de crítico que empieza por la apología (y por ahí empiezan casi todos nuestros críticos). nunca puede ser fuerte motivo de esperanza. Esto no obstante, y como rara excepción de una regla tácita que procuraremos no infringir repetidas veces para no caer fuera de lugar, queremos hoy llamar la atención de los estudiosos acerca de las excelencias del libro que acaba de publicar el presbítero Gustavo J. Franceschi bajo el título de *El espiritualismo en la literatura francesa contemporánea*. En nuestra literatura es un libro nuevo, y lo es, sencillamente, por la honestidad literaria que respira todo él — tan escasa en los libros argentinos — y la modernidad de ideas y conocimientos que revela en su autor. No todos aceptarán sus doctrinas, pero todos, seguramente, podrán leerlo con fruto y delectación.

Trata, como se ha dicho, del espiritualismo en la literatura francesa contemporánea, tema que el autor va desarrollando con clara exposición de biografías, obras y tendencias de los escritores franceses, representativos, de los últimos cincuenta años. En el comienzo del siglo XIX es todavía la herencia de la cen-

(1) Los dos artículos que se va a leer fueron escritos en octubre de 1917, fecha en que apareció el libro de que tratan y con el que, por extraño que parezca, no se ha ocupado hasta ahora la ilustrada crítica local.

turia anterior, la herencia de Voltaire, de Rousseau, de la Revolución, francamente antiespiritualista aún en los románticos más acendrados. Después es Chateaubriand, que, vacilante un tiempo, termina entregándose al espiritualismo; después, los naturalistas y los parnasianos, y finalmente la reacción espiritualista con Verlaine a la cabeza, que vence al naturalismo y se propaga hasta nuestros días.

Desde mediados del siglo XIX, puede decirse, la tendencia espiritualista en las letras francesas ha venido gradualmente manifestándose. “La curva partió de cero por los años de 1840, pero su ascensión, lenta y gradual, no da muestras de detenerse”. Sufrió algunas interrupciones con la boga del naturalismo, principalmente con el naturalismo dramático, posterior al de la novela; pero en las postrimerías del siglo se dibujaba neta, y así ha progresado hasta el *Credo* de Lavedan, que es como su culminación.

Esta corriente espiritualista se observa tanto en la poesía como en la novela y en la crítica literaria, y más resueltamente aún en la filosofía. El último capítulo del libro es una sucinta reseña de la evolución del pensamiento filosófico considerada paralelamente a la evolución del gusto literario; evolución que nos va mostrando una general reacción contra el positivismo, superado hoy — definitivamente, al parecer — por una afirmación espiritualista. Llega, pues, a su fin el libro y nos ha probado de manera elocuente la verdad de su proposición inicial, esto es, que en las letras francesas contemporáneas alienta un consolador y vigoroso espiritualismo. El autor cree que esta característica perdurará sin decaimiento, favorecida precisamente por la guerra actual, que ha obrado el milagro de concentrar a los espíritus.

Sobre la misma cuestión fundamental del libro, y sobre otras particulares, pueden hacerse algunas observaciones sacadas de una primera lectura. La más importante tiene referencia con la investidura eclesiástica del autor. No oculta el presbítero Franceschi sus preferencias. En el prólogo ya confiesa sus “ardientes afectos por la causa espiritualista”; su carácter sacerdotal, por otra parte, indica “con claridad insuperable” qué convicciones le animan. Sin embargo, cree “haber podido conservar en un asunto de índole literaria e histórica aquella independencia de criterio que es garantía primera de la sinceridad de una

obra". "Por lo demás—advierde,—séanos lícito observar que si apriorísticamente se sospecha la parcialidad de un espiritualista a favor de esta doctrina, dáse pie para rodear de legítima desconfianza la imparcialidad de un materialista en contra suya..." Como se ve, el autor plantea la cuestión claramente. Si "se rechaza el testimonio documentado del primero (el espiritualista), débese lógicamente y por idénticos motivos apartar la afirmación del segundo" (el materialista).

Pero no nos engañemos. El asunto se pierde en su misma claridad. ¿A quién se dirige el autor? ¿A un materialista? ¿A un espiritualista? Si es al primero, sus palabras carecen de profundo sentido. Nuestro contrario no puede reputarnos nunca imparciales. Y es lógico, porque inversamente desaparecerían las divergencias, no tendría razón de ser el debate. A lo sumo, nuestro contrario generosamente puede concedernos sinceridad. Ni a él podemos nosotros hacerle otra concesión. El significado vulgar dado a la palabra *imparcial*, parece, a un pronto, justificar la actitud del presbítero Franceschi, en cuanto con ella daría a entender que "está exento de pasión e interés y es igual para todos"; pero todo está en el significado que a su vez demos a los vocablos *pasión* e *interés*. Sin temor ninguno, el presbítero Franceschi puede afirmar que tiene la pasión de su credo y el interés de su sacerdocio. De otro lado — y prescindiendo de la acepción corriente de la palabra, — *imparcial*, de *in*, privativo, y *parcial*, vale tanto como no ser una parte del todo, no inclinarse a una parte del todo, el cual, es claro, no es el caso del docto sacerdote. Imparcial propiamente, no hay más que Dios.

Si el autor dirige su aclaración a los espiritualistas, está demás: es terreno propio. Parece que todavía cabe un tercer término en el problema, un término medio e independiente; y es obligado, porque no se puede olvidar que el mundo no se halla dividido en dos colonias: materialistas por un lado y espiritualistas por otro; no se puede negar que hay muchos hombres que creen sinceramente y fuertemente en Dios y en Jesús y en el poder inmenso de la Iglesia Católica y en sus numerosos beneficios, y rezan con verdadero fervor, y sin embargo no admiten absolutamente la revelación ni el dogma. Si para estos es la advertencia de que tratamos, no se le encuentra mejor sentido. En efecto, los que no son espiritualistas ni materialistas, son — teóricamente, por lo menos, — los únicos que pueden juz-

gar; pero ellos dirán que la imparcialidad de los dos anteriores no existe; que cada cual, como ellos mismos, tiene sus puntos de mira propios, su perspectiva, y a ello obedece enteramente.

Así, pues, creemos inútil la protesta de imparcialidad del presbítero Franceschi. Su obra debe ser parcial en los juicios y en la misma observación; debe servir a los intereses de la Iglesia, o serles consecuente, cuando menos, y la Iglesia tiene sus ordenanzas. Al abrirse el libro ya se lee el *Puede imprimirse* del Vicario General; marchamo que no llevaría la obra si de veras fuera imparcial; y no siéndolo, al autor, en nuestro entender, no le queda otro camino que declarar sus preferencias y pretericiones. Y será lo digno, después de todo. Si la Iglesia pone a Maeterlinck en el *index*, lo pone porque sí, porque le juzga contrario a sus doctrinas, de la manera como los ateos nos señalan a los que creemos en Dios, aunque creamos también en Maeterlinck.

Damos importancia al punto, no sólo porque juzgamos contradictoria por adelantado la situación en que quiere colocarse el autor, sino, y principalmente, porque el libro todo dice en seguida lo que mal y sin motivo se querría disimular. Efectivamente, el libro que nos ocupa es un alegato católico. Ved una aclaración que se imponía desde el comienzo, pero que hemos venido dejando de lado para no restar orden al discurso: el espiritualismo de que nos habla el presbítero Franceschi es catolicismo. Van los autores, los libros, las inclinaciones, siendo estudiados por él, y cuando arriban al catolicismo, son espiritualistas. Así Chateaubriand, así de Maistre, así Lacordaire, Montalembert, Coppée, Verlaine, Morice, Paul Bourget, Lemaître, Barrès y todos. Si, por el contrario, no llegan a la conversión, antiespiritualistas, materialistas; como Voltaire, como Rousseau, Víctor Hugo, Renan, Anatole France y los naturalistas.

Por tanto, donde hasta aquí hemos puesto *espiritualismo*, debe corregirse *catolicismo*; y el título del libro, consecuentemente, debe ser *El catolicismo en la literatura francesa contemporánea*. De nuestra parte opinamos que puede muy justamente hablarse del espiritualismo de la literatura francesa contemporánea moderna; espiritualismo en el sentido filosófico y recto del término. El arte en sí lo concebimos siempre espiritualista, o no lo concebimos. Llamamos espiritualista a Maeterlinck porque es grande artista; antiespiritualista a Zola, no en cuanto tiene de

naturalista, sino en cuanto carece de espíritu artístico. Además, no negaremos que frecuentemente, allí donde se palpa catolicismo se puede suponer una base segura de espiritualismo; pero ni esto es siempre así, ni lo contrario es siempre cierto, y como el presbítero Franceschi únicamente reconoce el espiritualismo que termina en catolicismo, pensamos que su libro ha de llevar, más propiamente, el nuevo rótulo indicado.

Análogamente, donde hasta aquí dijimos *materialismo* se entenderá anticatolicismo. La distinción conviene aquí tanto mejor cuanto que la designación de materialista tiene hoy otro significado que el que vulgarmente se entiende y acepta el autor del libro: materialista dice el obrero semiletrado al que no piensa más que en dinero y en comer; la filosofía, al que abraza la doctrina de la existencia y la preponderancia de la materia. Aparentemente, son conceptos idénticos, pero presentan matices propios que los diferencian entre sí.

Por otro lado, notamos que el autor no siempre va exponiendo obras. Verlaine, por ejemplo, nos lo muestra en su triste vida de perdulario, y porque un día, en prisiones, al recibir noticia de la separación legal de su esposa, llama al capellán, resulta espiritualista. Preciso es convenir en que el autor, como buen católico, está pronto a inclinarse al perdón. De este modo, nadie resulta más católico que Darío, cuya vida alegre y obra pagana se eclipsan, para el caso, ante el instante solemne de la agonía en que el poeta reclama el auxilio de los sacramentos. No procede tan crudamente el presbítero Franceschi: exageramos adrede para que resalte el detalle. Pero, en realidad, más va atendiendo a la vida de los autores y a sus afectos o pensamientos expresos, que a su obra y a lo que de ella se puede inferir. Contrariamente, por cierto, a lo que hace con Anatole France, a quien no perdona aún cuando sabe que tiene dicho que "no abriga hostilidad alguna contra el cristianismo" (en el prólogo de las *Noces corinthiennes*).

Atentos, pues, a esta segunda característica del libro, el título debe sufrir nueva corrección, para quedar definitivamente en estos términos: *El catolicismo en los escritores franceses contemporáneos*. Que la corrección limita notablemente los alcances del tema, es indudable; pero es el autor el que se limita por su cuenta con no reconocer más espiritualismo que el que puede llamarse también catolicismo. Si ahondáramos en la cuestión, qui-

zá viéramos, por otra parte, que es demasiado poco ir a misa un día, confesarse otro, rezar otro y al morir pedir la extremaunción, para que se nos pueda considerar católicos de verdad, y que, por lo mismo, acaso ni católicos son tantos como cree el presbítero Franceschi. Con arreglo a los cánones eclesiásticos, sin duda, es suficiente; la ley no exige más que el arrepentimiento final. Pero no es este catolicismo, francamente ambiguo, el que persigue en su estudio el alto entendimiento del presbítero Franceschi. Para eso, como se comprende, habría tenido documentos inmejorables en las estadísticas de los viáticos. Sus intenciones se orientan hacia un catolicismo con más merecimientos y de ahí que si como sacerdote nos resulta admirable, como crítico literario, católico, nos parece con exceso indulgente. Religiosos, todos lo somos, excepto algunos ignorantes y unos pocos filósofos entercos. Y en un momento de regocijada dicha, de duelo o de melancolía, nuestro sentimiento religioso es aún más fuerte. Entonces releemos, que este es el profundo sentido de la religión. Pero si en ese caso vamos a misa, no es ya que nos convirtamos; es que la función, con el ambiente de que se rodea, es una de las cosas que nos atraen en aquel estado de ánimo. En Turquía, sin duda alguna, pediríamos el *Coran*.

Queremos decir que el espiritualismo y la religiosidad, si se quiere, de las letras francesas de ahora, son ciertos; pero que el catolicismo, con tener ancha plaza en ellas y muy fuertes campeones, no es tan general como lo quiere el presbítero Franceschi. Por lo menos, de conformidad con la idea que tenemos del espíritu, y no solamente de la letra, de las doctrinas de la Iglesia Católica, que las comprendemos así, tal cual son, severas, parciales, excluyentes.

Y volvemos al comienzo de la relación. El autor es sacerdote y su obra es, sobre todo, instancia católica. La referida protesta de imparcialidad, con que empieza, vale únicamente en cuanto nos da a entender que no es obra forjada con criterio de clérigo aldeano, con aspavientos y melindres. Sostiene las doctrinas de la Iglesia, pero con altura y dignidad; libre, en cuanto le es posible a un sacerdote, de ese catolicismo aparatoso y cerrado a toda novedad, que no se concilia fácilmente con la comprensión moderna. Por eso, como decíamos, y no menos porque el autor conoce a fondo el asunto de que trata, es un libro honesto y recomendable.

Claro que para los que no vestimos teja, sotana y balandrán, son inaceptables las más de las sanciones de este libro, si bien no dejamos de comprenderlas. Por ejemplo, la condenación de espíritus tan dilectos como Renan y Anatole France, por ser fiel al índice romano. Respecto de Voltaire estamos concordes. No hace falta ser muy católico para reconocer que fué un gran mediocre; pero, en lo que toca al autor de la *Vida de Jesús* y al de *La isla de los pingüinos* (obra que, entre paréntesis, no nos satisface), no podemos llegar a lo mismo.

En un capítulo titulado *Del diletantismo a la afirmación*, el presbítero Franceschi discurre arduosamente sobre el *diletantismo* y llega a esta conclusión: "Es por su propia naturaleza el diletantismo estéril". Se explica que un sacerdote opine así de inclinación humana que parece oponerse tan abiertamente a sus hábitos. Pero, ¿es, en verdad *diletante* Renán? ¿Lo es Anatole France? ¿Qué entendemos por *diletantismo*? Nos llevaría muy lejos considerar detenidamente el punto. Sólo, y con la misma sinrazón de nuestra fe, aventuraremos que el presbítero Franceschi no nos ha convencido en esto; mucho menos, poniéndonos precisamente ante los ojos la *Plegaria sobre la Acrópolis* o el Pilatos de Anatole France.

Apuntemos a propósito un detalle curioso. Sábese que la principal causa de la excomunión de Renán, fué su manifiesta pretensión de presentarnos a Jesús como hombre; pero vamos leyendo las interesantes páginas de este libro y de pronto tropezamos en esta hermosa frase: "tenía Jesús demasiado talento para proferir semejante paradoja". Se refiere el autor a la interpretación vulgar del dicho evangélico sobre la bienaventuranza de los pobres de espíritu. "Tenía Jesús demasiado talento..." Ciertamente, es grato repetirlo. Pues ese es el Jesús de Renán, el que tenía talento y por su talento, que comprende todas las demás cualidades, ganó el cielo.

Otras exclusiones, que no compartimos, hace el presbítero Franceschi como padre de la iglesia; ¡qué suerte sería saber si como inteligente crítico también! No insistiremos sobre el particular. Observaciones de otra índole se harán en un segundo escrito.

II

Nuestro propósito en este artículo es dar noticia de algunos defectos de información y de apreciación puramente literaria.

No dijimos que el presbítero Franceschi se muestra profundo conocedor de la literatura francesa del siglo XIX y lo que va del novecientos. Se sobreentiende. La ha estudiado hasta en sus pormenores y tiene clara idea de sus períodos diversos y su general evolución. Por lo mismo, choca que, repitiendo un error común, dé a Verlaine como la manifestación de plenitud del *simbolismo*. Verlaine, criado en la escuela *parnasiana* y de ella surgido, se adhiere en 1885 a los *decadentes*, de los cuales es declarado jefe. Nada nos dice el presbítero Franceschi de esta segunda escuela literaria. En la publicación que tuvo (*Le Décadent*, N° 1, 15 de enero de 1885), expuso Verlaine sus teorías.

Seguramente, nuestro autor, concorde con otros historiadores (con Emilio Faguet, entre ellos) comprende el *decadentismo* y el *simbolismo* en una sola escuela y coloca a Verlaine como jefe de las dos, ya que si de la primera lo fué de hecho, de la segunda lo fué tácitamente. En sus versos encontraban los simbolistas el objeto de su aspiración. Pero, aparte de que Verlaine es en unos cuantos años anterior a la escuela llamada propiamente *simbolista*, y aún a la *decadentista*, no es lícito, hablando de las escuelas especialmente, presentarle como fundador del *simbolismo*. Esta escuela, si no nos equivocamos, fué fundada en 1886 por Jean Moréas, secundado de sus amigos Paul Adam, Gustave Kahn, Jules Laforgue, Teodor de Wyzewa y Charles Vignier. Tuvo también su órgano de publicidad, *Le Symboliste*, de brevisima vida. En *Le Figaro* del 18 de setiembre de 1886, se publicó el manifiesto del grupo, redactado por el propio Jean Moréas. Según esa declaración, el *simbolismo* reniega de la pedagogía, la declamación, la falsa sensibilidad, la descripción objetiva; procura revestir la idea de una forma sensible, es subjetivo. "La concepción de la novela simbólica es polimorfa: enemiga del método pueril del naturalismo, emprende una obra de *deformación subjetiva*, convencida de este axioma: que el arte no podrá encontrar en lo *objetivo* más que un simple punto de partida extremadamente sucinto".

Verlaine no militó en esta escuela. Pero es más grave la

falta en que incurre el presbítero Franceschi con la exclusión total de Jean Moréas mismo (falta en la que también incurre el mencionado Faguet, en su *Historia de la literatura francesa*). Ni una sola vez lo menciona en su libro. No nos explicamos la omisión. El autor no ignora la popularidad y la autoridad literaria de que Jean Moréas gozó en Francia. En 1891 apareció su *Pèlerin passionné*, y Anatole France en *Le Temps* y Mauricio Barrés en *Le Figaro*, anunciaron la publicación de la obra con dos artículos sumamente elogiosos que provocaron efervescencia en el mundo literario parisiense. Inmediatamente se ofreció un banquete al poeta, en son de homenaje, y de él participaron los mejores escritores que se encontraban en París. "Ce jour-là — dice Léon Deschamps en su estudio *La jeune littérature*, — ce jour-là, il n'y avait plus en France que des symbolistes". Por lo demás, notará el presbítero Franceschi que en el manifiesto Jean Moréas se declara en contra del naturalismo y trata de reivindicar el valor de las ideas sobre los fenómenos, por lo cual, aunque más no fuera, ya merecía figurar en su libro. Y sobre todo, ¿podría asegurar el autor que Jean Moréas es muy inferior de Verlaine o de Baudelaire como poeta?

El libro omite asimismo otras escuelas literarias, amén de otros muchos nombres. Verdad que no se propuso el autor escribir una historia de la literatura francesa contemporánea, sino estudiar su catolicismo a través de las figuras representativas. A pesar de todo, nada habría perdido con mencionar siquiera las escuelas, los grupos, aún sin exponer sus doctrinas ampliamente. Entre ellas: la escuela *romana-francesa*, constituida también por Moréas con du Plessys y Maurras (tres figuras interesantes). Reivindicaba (es de notar que casi todas estas escuelas tenían algo que reivindicar) el principio greco-latino, "principio fundamental de las letras francesas..." El grupo *filosófico-instrumentista*, que no obstante su alegre denominación contó a Verhaeren entre sus fundadores. La escuela *de los magníficos* "o del arte de perseguir el absoluto: el ser presentado a través de la *orquestración* de sus fenómenos" (el *simbolismo*, con otras palabras), según Saint-Pol Roux, su decidido mantenedor. Y la *de los veristas, los poetas franceses, los psicólogos, el barrismo* y alguna otra que se nos escapa ahora. Ligeramente, dada su relativísima significación, pero como manifestaciones colectivas pudo el autor nombrarlas.

Otro notable defecto de la obra estriba, en nuestra opinión, en las noticias y los juicios que da del teatro francés contemporáneo. A continuación del período romántico, el presbítero Franceschi encuentra el teatro francés sometido al naturalismo. Pero, con evidente ligereza, pasa por alto *l'Ecole du bon sens*, enemiga declarada del romanticismo, y el teatro de Augier, ampliación de esa escuela. Conjuntamente con Dumas (hijo), Augier domina el período que va de 1845 a 1875, poco más o menos; y no obstante, nada se nos dice de su teatro. Augier, particularmente, pudo interesar al presbítero Franceschi para su objeto, porque es el suyo un teatro que "peut se résumer ainsi: guerre à l'argent et défense du mariage", como observa Agustín Filon, excelente crítico. Católico y bien católico se declara Augier en algunas de sus obras.

De esta primera reacción contra el romanticismo surgió el teatro naturalista. El autor es consecuente con sus ideas al condenar esta nueva tendencia del teatro; pero, no tan rigurosos, nosotros opinamos que se debe reparar, ante todo, en que es una tendencia de renovación. Contra la imaginación excesivamente cálida y fantasías sin medida y ruidosa declamación del teatro romántico, el teatro naturalista quería poner una obra de meticolosa observación, de buen sentido; quería circunscribirse a la realidad. Exageró también su tendencia, no cabe duda, y fué a veces crudo en exceso y generalmente poco ilustrado; pero fué progreso lógico de una reacción anhelada. Intrínsecamente, su valor artístico puede ser reducido; históricamente, tuvo su época y cumplió una misión.

En 1887 nació el *Théâtre Libre*. No lo juzga menos despreciable el presbítero argentino. Empieza presentándolo como un rebalsamiento del anterior, del naturalista. "Y como si ello (este último) — dice — fuera poco, agregóse el Teatro Libre; por los años de 1890, M. Antoine trasladó la alcoba al escenario". Y agrega en dos páginas una acerba crítica de este teatro, tomándolo exclusivamente como teatro que intentaba reproducir fotográficamente la vida ordinaria.

El presbítero Franceschi tiene razón. No puede la obra dramática (ni ninguna obra artística) reflejar detalle por detalle el curso de la vida. De hacerlo así no diría nada, no enseñaría nada, no provocaría emoción, aburriría al auditorio mejor dispuesto; en una palabra: no sería arte. El dramaturgo, como el novelista

y todavía en mayor grado que éste, prescinde de episodios que no están directamente ligados al tema central de la obra o que no tienen interés; varía de momento y lugar los hechos mismos; hace una síntesis, a la manera, por ejemplo, de Maeterlinck en *La Intrusa*, cuyo asunto supone una duración de tres horas (de las 9 a las 12 de la noche), y en la escena se desarrolla en media.

Con todo, ¿es que no fué más que eso el Teatro Libre? Antoine, enamorado de la simple y novedosa perspectiva ibseniana, pretendía hacer de la escena una alcoba, una habitación cualquiera, a la que se hubiese quitado una pared para que viera el público. Dramaturgo y actores debían desentenderse absolutamente de la sala; debían presentar la escena como si el espectador no cayera hacia ninguna lateral o cayera en todas; debían omitir el foro y las baterías, la derecha y la izquierda. Y así resultaba que en ocasiones Antoine y sus compañeros aparecían en el proscenio de espaldas al público. Pero esta prescripción fué un detalle accidental, y más bien del gusto del director de la compañía que de los autores, que al fin hicieron lo que mejor les pareció.

No es prescripción tan absurda como parece de primera intención. En principio, si bien se considera, es sana, porque concede un valor de primer plano a la naturalidad, por oposición al teatro tradicional en que ni autores, ni actores sabían desprenderse de las candilejas; condición imprescindible de la representación, dado el sistema usual, pero que los actores habían exagerado siempre, y todavía hoy la exageran. Convengamos, sin embargo, en que el propósito de Antoine era erróneo; empero, el Teatro Libre fué algo más. Fué, por un lado, como dice Jean Jullien, “un teatro en el que se representaban obras originales y fuertes, de no importa qué escuela, a cubierto de las censuras y las convenciones ridículas que ahorraban las otras escenas”. Cierto; y hasta en las cámaras francesas de senadores y de diputados hubo acaloradas discusiones acerca de si debía o no pesar la censura vigente en la escena levantada por Antoine en el pasaje de *l'Élysée des Beaux-Arts*. Y “representaba obras de no importa qué escuela”: ya ve el presbítero Franceschi cuánto, en resumen, influía el canon de Antoine sobre la producción.

De otro lado, su estética era igualmente sana. “Los artificios técnicos — escribe Adolfo Thalasso — han sido proscritos. Se estima allí que el corazón humano proporciona resortes

más vitales que los trucos del oficio". ¿No merece, pues, más atención un teatro de esta naturaleza? Breve fué su vida, pero sus frutos, provechosos. Permitió la libre iniciación de algunos de los mejores dramaturgos franceses contemporáneos; François de Curel, Descaves y Brioux entre ellos. Representó por primera vez en Francia obras de renombrados autores extranjeros; de Tolstoy el primero. Y especialmente — lo repetimos — fué iniciador en la época moderna del teatro que es juego de afectos antes que acción escueta y aparatosidad; tendencia seguida y superada con belleza extraordinaria por Benavente. Introdujo, por último, en la escena parisiense la vida provinciana, que antes se había descuidado.

En general, sin embargo, la censura de las ligerezas y perversidades del teatro francés contemporáneo, que hace el presbítero Franceschi, está justificada. En cierta obra de Benavente, un personaje francés se queja de la mala opinión que en España tienen de los maridos francos. La culpa es de la literatura francesa, observa otro. Y es la verdad. Si fuéramos a juzgar de las virtudes de la familia francesa por lo que dijeron los dramaturgos franceses de fin de siglo, no sería muy favorable a ella nuestro juicio. Alguna base cierta ha de haber, sin duda, porque la literatura colectivamente exagera, pero no inventa. No obstante, en la realidad no ha de ser tanto; particularmente si la medimos con la medida de la comedia *rosse*.

A propósito, otro detalle. Esta denominación *rosse* la trajo al español por *rocinesco* la condesa de Pardo Bazán, y el presbítero argentino asegura que "con extraordinario acierto". No tiene importancia, pero la condesa, aun cuando hubiera procedido con acierto, no habría hecho más que restituir el significado con que la palabra, según un autor, pasó del español al francés en el siglo XVII. En esa época se empleó en Francia lo mismo que en España, es decir, como nombre de caballo matalón, por la popularidad que había adquirido el de don Quijote. Con tal sentido, a lo que dice Agustín Filon, usan el vocablo en dos versos suyos Scarron y Boileau. Posteriormente, y en particular, en el siglo XIX, recibió la acepción que hoy tiene: "mujer u hombre ingenuamente viciosos", y *rosserie* el conjunto de esos personajes. Y tal significado, como podrá juzgarse, es muy otro que el de nuestro *rocín* o *rocino* o *rucio*, del latín *rubidus*, moreno, de *ruber*, rojo. Para *rocín*, los franceses tienen *roussin*.

No fué, pues, ni original ni acertado el oficio de la condesa (1).

Pero notamos que se extiende demasiado nuestro escrito. Terminaremos con breves indicaciones acerca de la escritura del libro. No contiene belleza de estilo, pero es relativamente correcta, clara, sin retórica, sin ampulosidad. Comunica lo que quiere expresar. Es un llano estilo periodístico. Pequeños detalles de incorrección lo deslucen, sin embargo, en un pasaje u otro.

Hay galicismos y neologismos duros e innecesarios como estos: *educacional, intensificar, control, controlado, constatar, atrejería, reclame, provisorio, conferencista*, etc.; vocablos usados con falsa significación, como *dintcl*, por *umbral*. *Diletantismo* lo escribe ya como admitido el autor, y no se lo reprocharemos, porque, a la verdad, no conocemos en nuestro idioma término que le equivalga justamente. Pero creemos que no debía vacilar tanto y escribirlo siempre de un modo. Unas veces pone *dilettantismo*; otras, *diletantismo*. La indecisión es igual con la palabra *cotidiano*, que a ratos escribe así, y a ratos *cuotidiano*. Castellanzados ambos vocablos, el primero, desde luego, debe ir con una sola *t* en la tercera sílaba; el segundo, es lógico de una manera y de otra, pero si nos atenemos a que viene del latín *quotidiano*, diario, de *quotidie*, adverbio, y que la tradición castellana ha suprimido, en las más de las veces, la *u* en el diptongo precedido de *q*, resulta más propio *cotidiano*. Por lo demás, así lo empleó hace seis siglos autoridad tan respetable de la lengua como Gonzalo de Berceo, en el *Sacrificio de la misa*, y así — lo que es más importante — lo autoriza la Real Academia en la edición de 1914.

En la construcción también se encuentran galicismos: *la Francia, colaboradora a revistas, es por esto que*; y es extraño, porque el autor, como buen latinista que debe ser, no ha de ignorar el valor de las preposiciones. *Es por esto que* es forma netamente francesa, por cuanto el francés atribuye a la conjunción *que* el oficio del segundo complemento verbal. Desde comienzos del siglo XIX han venido los gramáticos españoles señalando la falta, y en España no cae hoy en ella ningún escritor de mediano para arriba. Benavente, es la primera frase que pone en boca del personaje francés de su comedia que habla español, para mantener en su lenguaje el acento gálico.

(1) Es de advertir que otros autores hacen derivar la palabra del alemán *ross*.

Con un verbo, *adherir*, que casi siempre se usó en castellano en forma reflexiva, sigue el autor la inclinación de tarde en tarde y aisladamente manifiesta, a emplearlo como activo. En *El lenguaje bogotano* sostiene Cuervo con toda su abrumadora autoridad, que es indiferente decir *adherir a una idea o adherirse*. No es momento de entrar en discusión, ni razones lógicas o etimológicas, por otra parte, vendrían a contradecir a Cuervo; pero observaremos que tradicionalmente y hoy mismo se emplea la forma reflexiva, y que de otro modo choca siempre. También leemos en este libro el verbo *inclinarse* como activo. Vemos que la cuestión se complica. La dejaremos así, advirtiendo que el autor, en la misma página, escribe *plegarse* y no *plegar* como lógicamente correspondería, si es que en buena lógica quiere usar los verbos.

Tales otros defectos se notan, como un excesivo uso de los pronombres *lo* y *este*; la anteposición del adjetivo al verbo (por influencia del latín, de seguro); la ortografía dudosa de algunas palabras repetidas así, como *pretenciones* y *has*, una puntuación casi siempre fuera de regla, en las comas particularmente; pero, en fin, parte ha de haber tenido en ello también el tipógrafo.

Repetimos lo dicho al empezar: que es un libro que merece leerse y que puede proporcionar muchas luces. Sobre todo, aquellos pocos de entre nosotros que dedican sus mejores respetos a la filosofía, podrán conocer en la obra a uno de los dos o tres argentinos que saben qué cosa es eso de la filosofía, aunque no por ello dejen de notar que la conceptuosidad del autor es en demasía simple y esquemática, según ya habrán deducido de las expresiones sobre espiritualismo y materialismo, que copiamos más arriba. Y de entre esos pocos, aquellos más pocos todavía que han logrado superar la atalaya positivista, recibirán con su lectura doble contento.

JOSÉ GABRIEL.

POESIAS

Psique.

I

Aplaca con tus manos bondadosas
Este viejo dolor. Mi mal ha sido
Ir por la vida imaginando cosas
Absurdas, imposibles. Dolorido

Mi corazón está. Por tortuosas
Sendas de ensueño el rumbo había perdido.
Bríndale el ramo de fragantes rosas
En tu rosal viviente florecido.

Y ven con absoluto y generoso
Desprendimiento a mí, para ofrecerte
Como si toda tú fueras precioso

Don. Gustemos el vino raro y fuerte:
Gustemos luego juntos un reposo
Parecido al reposo de la muerte...

II

Dichosos tiempos del Romanticismo,
En que ardió en el vivir y en las novelas
Un loco amor de ensueño y de heroísmo
Por las miradas de nuestras abuelas...

(Un absurdo bajel de idealismo
Pasa, y blancas de sol lleva las velas.
Las naves van después, del pesimismo,
Las trágicas y agudas carabelas

Negras como ataúdes. Y desgarrá
La pistola de Werther y de Larra
El silencio. Se lloran hondas penas

En versos que parecen hoy muy viejos...)
Ilusos días, que sois ayer apenas,
Y que miramos ya desde tan lejos...

III

Este torpe vivir, en el que nada
Sucede nunca; esta existencia mía
Que va pasando lenta, aletargada
En el sopor de la monotonía...

Mi habitación, mi habitación sombría.
Libros. En la pared, la desgarrada
Ostentación de su bellaquería
Yergue Pablillos. Y con su obstinada

Marcha, el reloj, minuto tras minuto,
Se empeña en ir midiendo lo absoluto,
Y periódicamente me reclama

Al sueño. El inmortal y tabernario
Bufón real, encima de mi cama,
Pone su gesto como un comentario.

IV

Soñemos, alma mía, en esta pura
Mañana que nos brinda Primavera,
Una vida de amor y de hermosura,
De verdad y de bien. La Pasajera

Impenetrable, de la veste oscura,
Acaso está al llegar, acaso espera.
Llenemos de ilusión y de dulzura
Nuestro breve existir, hasta que quiera

Llevarnos por caminos de misterio
Hacia el remoto linde de su Imperio
Desconocido. Espérala sumisa,

Y cuando se destaque en el paisaje,
Ten prevenida ya para el viaje
La flor azul de tu mejor sonrisa.

V

Quisiera haber nacido
En tierra de la India,
Toda poblada de hombres suaves, toda
Radiante de la presencia divina.
Ser uno más de aquellos
Discípulos que oían
En tardes apacibles, las palabras
Del grande Râmakrishna,
En el templo de Dakshineswara,
Del santo río Ganges a la orilla.
Gozar constantemente
De una dulce paz íntima;

Sentir por cuanto existe
Una inmensa ternura compasiva,
Y tener para los occidentales
Una leve sonrisa...

VI

Misiones.

Voy subiendo los lomos suaves de la sierra,
Montado en un pacífico caballo, a paso lento,
Y me embriaga el acre, húmedo olor a tierra
Mojada, y el perfume a miel que hay en el viento.

Entre el bosque, el camino tiende su cinta roja,
De un encendido rojo de ladrillo mojado.
Son las dos de la tarde. El sol, cruel, arroja
Sus flechas de oro sobre el campo sosegado.

El campo en sueños. Sigo mi camino adelante
En medio de maravillosa soledad
Y un silencio que a veces perfora un penetrante
Grito, desde el misterio de la profundidad

De la selva. Un arroyo va entre los seculares
Arboles... Y en la paz de la siesta encendida,
Pienso que algo del alma de estas tierras solares
Ha de quedar en mí para toda la vida.

VII

Viajero.

Yo soy un hombre serio, callado, pensativo;
Un hombre triste y solo que va por un camino.

¿Adónde va este largo camino? No se sabe.
A ratos pienso que no va a ninguna parte.

A veces en un árbol alto un pájaro canta,
Un misterioso pájaro oculto: la esperanza.

Pronto el pájaro calla, y camino de nuevo
En la grave compañía de un profundo silencio.

Pasan otros viajeros. Van pasando, pasando.
Yo les miro a los ojos, que son dulces o huraños.

Y después de mirarlos digo, triste, en mi alma:
—¿Cuándo será que encuentre la profunda mirada

Que yo no sé ya cuántos siglos hace que espero?
—Con un dedo en los labios, me responde el silencio.

Pero mi corazón, incorregible, sueña.
En él se abre un capullo de inquietud e inminencia.

—Corazón ¿qué me anuncias? ¿Llegará lo que espero?
¿O alguien me espera, y dice mi nombre mientras llego?

—Del camino en el borde, tu llegada esperando,
La Mesonera, en su mesón hospitalario,

Busca el vino que calma con su dulce embriaguez
El dolor de pensar, de sentir y querer,

Y la cama te apresta, donde puedas gozar
De un dormir sin ensueños, para siempre jamás.

FRANCISCO ROMERO.

Noviembre, de 1918.

LA CULTURA CATALANA

Juicio del profesor Farinelli

La prensa diaria, con sus telegramas y sus anotaciones no siempre basadas en la realidad de las cosas, ha dado fuerza de actualidad a un tema político-social, que concierne a la entraña del Estado español y que interesa vivamente a la misma América que se apellida hispana. Si estas circunstancias no fueran bastantes, el asunto en sí habría de merecer nuestra atención como acontece a toda persona inteligente, *humana*, que sabe la relación espiritual que existe entre su país y los otros en acción o en potencia. Díganlo sino Irlanda, Polonia, los Balcanes y tantas naciones en la Europa Central y en el ex-imperio ruso. Por si faltaba la nota americana, ahí tenemos el conflicto chileno-peruano.

En la cuestión catalana hallamos un nuevo incentivo para nuestra atención. Es que ya no se trata sólo de un núcleo de ciudadanos que reclaman su vivir autónómico; conjuntamente con tal pretensión política, aparece el resplandor de una cultura nacional, que en el tiempo puede añadir su matiz peculiar a la cultura mundial. Y esto jamás ha podido ser desdenado por cuantos laboramos asiduamente por el progreso y la civilización, que sólo se engrandecerá a medida que en ello tomen parte todos los factores humanos.

En espera del desarrollo de los acontecimientos de España, aprovechamos la ocasión para ofrecer a nuestros lectores cuantos datos puedan contribuir a formar opinión sobre la cuestión catalana. Acabamos de leer en la *Nuova Antologia* un trabajo del célebre filólogo italiano Arturo Farinelli con el título de *Scienza e vita nella Spagna contemporanea*, del cual traducimos los párrafos dedicados estrictamente a Cataluña. El profesor Farinelli, al combatir a los que consideran a la Penin-

sula hispánica como el país de la inercia y la pereza mental, dice :

“Vayan los más exigentes a gritar decadencia en el corazón de las provincias nordeñas de esa vituperadísima España, y vean, oigan y examinen la vida que bulle en Cataluña; y entréguense aquí con placer al sueño de la universal letargia. No sé si en lugar alguno trabajan más para encauzar y fortificar el espíritu con el culto de las memorias del pasado sacado a la eterna vida presente con la seriedad, el gusto y el fervor de los estudios, el amor, el entusiasmo inflamado siempre en el interior, la mirada limpia de tinieblas, fija ora serenamente en la tierra, ora serenamente en el cielo, sin bajas concupiscencias ni estultas mañas, ni el egoísmo que endurece el corazón y desvanece todo ideal de libertad y confraternidad; no sé en verdad si en lugar alguno trabajan más, en comunidad y armonía de intenciones y firmeza de propósitos, que en ese rincón de tierra que forma nación y forma patria. ¿Qué ejemplos, decidme, de progresiva cultura quisiérais señalarle para tener despierto aún más ese pueblo despertadísimo y efectuar vuestra soñada resurrección? No quiero concentrar en un solo juicio las manifestaciones diversísimas de la vida de un pueblo y he de permanecer constreñido a mis estudios y a mis pocas experiencias; recuerdo que allí, en Cataluña, se fortificó con gallardísima disciplina interior y profundísimos estudios, se hizo maestro, guía de los espíritus, por la energía del alma propia y la virtud más sólida del autodidacta, desplegó su bella actividad Manuel Milá y Fontanals; se le rindieron intelectualmente los mejores espíritus de la nación; le debemos los impulsos hacia la investigación más perspicaz y clara; se le entregó el pensamiento de Menéndez y Pelayo proclamando la deuda cantraída con el más eficiente educador de la juventud: “mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca”.

De aquella antigua escuela subsisten y serán por largo tiempo benéficas las doctrinas, de allí salidas, substancia de vida verdadera y no simple decoración exterior. Aquellos discípulos ascendieron a maestros. Y sigue aumentando el amor por la tierra natal. Aumenta la necesidad de aclarar los residuos y las obras de los tiempos pasados, de alcanzar las fuen-

tes de la vida más vigorosa. Los centros de exploración se han multiplicado. Los excursionistas aficionados se han transformado en excursionistas científicos. El pequeño mundo de la provincia natal aparece como un gran mundo, digno de ser conocido, comprendido en todas sus partes. Los nostálgicos Ulises se hallan todos en esa dulce tierra que arrebató el alma y maravilla la mirada. Hanse juntado estrechamente en una sociedad de estudios, llamada *Institut* y que tiene su sede en el majestuoso y bello Palacio de la Diputación provincial, los mejores ingenios, los más fervidos y más activos; y ha sido científicamente distribuída y ordenada la labor; se ha fortificado el espíritu; se ha desplegado una vida febril. Del Estado, del subsidio de los particulares y de los miembros de la misma sociedad afluyeron contribuciones de toda clase para la investigación. Y fué posible efectuar largos y lejanos viajes para descubrir y estudiar los manuscritos olvidados de las obras de los más altos escritores que ahora surgen a la luz debidamente ilustrados, y son leídos y difundidos y se convierten en nutrición para los fuertes de la nación, estímulo para una vida nueva de pensar y sentir.

Los académicos del novísimo reino italiano que todavía se entretienen en parte con la retórica rancia y la vacuidad de ideas, las pomposas apariencias exteriores de las academias antiguas podrían tomar ejemplo de verdadera confraternidad espiritual, de resuelta, firmísima labor que desdeña la gritería de los parlamentos y se dirige a la entraña de las cosas, de esa federación catalana de estudiosos prudentes y modestos. Perdura aún, solidísima, la fe en la bondad de la obra de exhumación y de regeneración iniciada; el entusiasmo encendido de las primeras reuniones dura todavía en los corazones.

Los anuarios de ese *Institut* parecen misales de una iglesia de fervientes; acumulan en formidables volúmenes las indagaciones alcanzadas; y no son más que un fragmento de la vasta y laboriosísima obra histórica emprendida, expuesta en otros volúmenes, en las ediciones de textos antiguos de Ramón Lull, de Desclot, de Corella, de Roig, de Eximenis, de Bernat Metge, de Auzias March, de las antiguas biblias, de los cancioneros y de las crónicas e historias catalanas; de los documentos para la historia medieval, de monografías artísti-

cas, de los estudios arqueológicos. Todo es interrogado y escrutado; todo es investigado en lo posible.

Las leyendas que movían la fantasía de los pueblos antiguos hablan aún a los hijos de nuestra refinada cultura. Revela una alma la naturaleza que nos rodea. Hasta las piedras tienen un alma. Se ha declarado guerra a la pereza y a la indiferencia. Nada significa que esa maravillosa actividad haya surgido en un sentimiento hostil para la patria mayor, ese conjunto de provincias que España une, encendiendo los corazones con el amor fervientísimo por la patria menor que posee su lengua particular y sus particulares tradiciones, mientras haya vigor de vida y no desfallezca el espíritu en languideces y consunciones. Las colecciones, los museos, las bibliotecas de los ricos no amontonan tesoros momificados, por el contrario, permanecen abiertos para los intelectuales. Y los más provistos de bienes de fortuna, contagiados también por la fiebre de los estudios, no roídos por el ocio, secundan el ímpetu patriótico, prontos a ayudar a los compañeros que trabajan; con su iniciativa y munificencia muchas obras han podido ser realizadas: han sido facilitadas las investigaciones; y ahora todos esperan confiados y animosos el porvenir. Se han multiplicado los periódicos, las colecciones y las bibliotecas de textos antiguos y modernos. La Universidad tiene una revista particular de estudios catalanes que agrupa maestros y discípulos en la investigación histórica.

Existe una afición intensa, sobre aquel pedazo de tierra, a las industrias y manufacturas que en él florecen y dan aspecto de prosperidad a las clases más humildes, pero a pesar de esto, existe allí gran respeto a las ciencias y a las letras y a los hombres que más las cultivan; son celebrados los doctos ilustres—son honrados los poetas, los músicos: Guimerá, Pedrell y otros muy notables.

En conclusión es más que injusticia, verdadera iniquidad persistir en ese desdén por una nación que silenciosamente se reconcentra y fortifica para desplegar plena e intensa su vida, repetir los lamentos sobre el declinar y desvanecerse rápido de una actividad espiritual, que no es estudiada en absoluto, ni siquiera conocida en la superficie, y que por la naturaleza de las cosas y vicisitudes humanas ha de prepararse nada menos que para un definitivo crecimiento."

J. T.

CRONICA MUSICAL

Conciertos

El movimiento musical de Buenos Aires, por lo menos en cuanto a música de cámara, es tan intenso como en cualquier gran ciudad de Europa. No pasa día en que no se realice por lo menos un concierto. De esto deriva la necesidad de efectuar una selección; tarea harto difícil en un ambiente tan quisquilloso como el nuestro, en que abundan los genios ignorados...!

En los meses que abarca esta crónica, señalaremos un notable recital de violín de la eximia concertista Doña América Montenegro, quien en obras de Haendel, Mendelssohn, Sarasate y Nachez, interpretadas con maestría y con arte, obtuvo un éxito caluroso, conjuntamente con Ernesto Drangosch, que la acompañó eficazmente y cosechó además grandes aplausos en Iberia de Albeniz. El retorno a la vida artística de la señora Montenegro, ha sido recibido con entusiasmo en nuestro mundo musical.

Música Americana

CHILE

Tras el éxito franco y sincero del maestro chileno señor Enrique Soro, aplaudido el año pasado, la música del país hermano ha obtenido un nuevo triunfo en el Concierto sinfónico y vocal realizado el 4 de diciembre en el Teatro Colón, en el que se ejecutaron obras de compositores de talento y cultos, que mucho dicen del desarrollo musical de la nación vecina.

Del maestro Humberto Allende, oímos una suite: *Esce-*

nas campestres chilenas, Hacia la era, A la sombra de la ramada y La trilla. Tres cuadros de vida popular, llenos de color, pasión y realismo. En ellos el compositor usa con acierto temas del *folk-lore*. El mérito de esta obra es indiscutible; su instrumentación es la de un maestro avezado, su construcción muy fragmentaria, se explica por tratarse de "música de programa" ceñida a comentar una fábula. Más orgánico y robusto es el *Concierto sinfónico* para violoncelo, en el cual el solista apenas se destaca del conjunto. En esta composición el maestro Allende, hace gala de sólida técnica, tanto en la instrumentación como en el desarrollo de las ideas. El mejor elogio que de ella puede hacerse, es decir, que el genial Casals la ha incorporado a su repertorio. La señorita Fernando Romaro, excelente concertista de violoncelo, la interpretó con suma inteligencia.

El *Preludio N.º 2* del maestro Alfonso Leng, es un bello trabajo, de arte clásico, en el que su autor exterioriza serias cualidades de compositor; lástima que no hayamos oído obras de mayor aliento, que nos permitan conocer más a fondo este autor de valía.

El maestro Próspero Bisquert, es el más modernista de los autores chilenos que hemos oído. Su *Poema Pastoril*, influenciado por la moderna escuela debussysta, es una obra sumamente interesante y atrevida, cuyo autor posee indudablemente cultura y temperamento. Este poema está instrumentado con maestría, logrando la combinación de timbres, bellos y novedosos efectos orquestales. Todas estas obras fueron dirigidas por el maestro Arturo Luzzati, cuyas dotes de director son conocidas por nuestro público.

El concierto terminó con la *Gran misa* para coro a cinco voces reales, órgano y orquesta del maestro Celerino Pereira. Obra de aliento y de gran efecto, en la que a pesar de la sencillez de los procedimientos, poco habituales al género, el autor logra impresionar al auditorio, con sensaciones místicas y severas. Por más que una misa pierde en parte su carácter fuera del templo, es justo reconocer que el maestro Pereira salió airoso y que su obra dejará duradero recuerdo en nuestro público, que raras veces tiene ocasión de oír grandes obras corales.

Los coros del Colón, Sindakademie, Instituto Fontova y coro Ruso, se desempeñaron con gran afinación.

Es de desear que ese intercambio artístico se intensifique, para que la confraternidad hispano-americana sea un hecho: los poderes públicos deberían fomentarlo, que de un profundo conocimiento entre los pueblos, surgiría una era de sincera amistad, fecunda y provechosa.

ECUADOR

Hemos recibido varias obras del talentoso compositor ecuatoriano maestro D. Francisco Salgado A. que acreditan en su autor vasta cultura, inspiración personal y profundo conocimiento del ambiente americano y del *folk-lore* incásico. En Ecuador el folk-lorismo ha llegado a envidiable desarrollo; muchos hombres de talento y de estudio se han dedicado a coleccionar temas y motivos indígenas y lo que es más, como lo prueba el maestro Salgado, varios distinguidos músicos aprovechan esos estudios en crear música artística de indiscutible valor e interés.

Marcha fúnebre, *Romanzas sin palabras* N° 1 y 2, *Escena Religiosa* (andante) *vals* N° 2, son las obras que hemos tenido el placer de recibir. El maestro Salgado usa con notable acierto las escalas mayor y menor incásicas, sin dejar por ello de aprovechar las conquistas de la técnica europea, adaptada, al espíritu de los motivos americanos; con lo que logra eficazmente, crear una obra netamente americana y universal a la vez, dos condiciones imprescindibles para el arte verdadero.

Llama la atención el estrecho parentesco que existe entre estas obras y ciertas composiciones argentinas de la misma tendencia: verbi gracia: las hermosas canciones incásicas de Alberto Williams, ciertas escenas del drama musical *Huemac* o la *Fantasia América* de Pascual de Rogatis; lo que prueba irrefutablemente la posibilidad de crear un arte americano, espiritualmente uniforme en toda la América española.

URUGUAY

Poemas de las Lomas (Alba entre los cielos, ante la tapera, Payadores), op. 9, se titula un hermoso y robusto poema para piano del maestro Alfonso Broqua recientemente editado; altamente apreciado en los círculos musicales rioplatenses, el maestro Broqua es un técnico profundo, muy modernista, y un

temperamento artístico interesante, que como tantos en el continente, brega por crear un arte genuino que se inspire en los motivos populares. En el *Poema de las lomas*, aparecen temas del *folk-lore* uruguayo, realizados por armonizaciones atrevidas y personales del mayor interés; por lo que aquél tiene un sello característico bien nuestro, es un exponente del estado de alma de un artista, emocionado ante la naturaleza *vista* e impresionado por el ambiente vivido.

Sociedad Argentina de música de Cámara y sinfónica. — Esta sociedad cultural clausuró su temporada anual el 6 de diciembre. Sus numerosos asociados pueden estar satisfechos de las cuatro audiciones mensuales que se les ha ofrecido y deben agradecer a la Comisión Directiva el entusiasmo artístico y el acierto con que actuó en el año que fenece. Por nuestra parte nos complacemos en felicitar calurosamente a dicha Comisión, cuya labor ha sido, lo repetimos, altamente beneficiosa para el arte y la cultura.

Harán época en nuestros anales musicales los conciertos de la orquesta de Cámara, selecto conjunto de 18 ejecutantes, que bajo la batuta experta del Director artístico maestro León Fontova, interpretó un crecido número de obras para pequeña orquesta, clásicas y modernas, en su mayoría desconocidas en Buenos Aires. El éxito de estas audiciones ha sido enorme, siendo de esperar que se repitan el año próximo y que ampliándose paulatinamente el número de ejecutantes, se llegue al fin al hasta hoy desheredado arte sinfónico.

Las últimas audiciones fueron las siguientes: Un recital del joven pianista Herberto G. di Tada Paz, quien interpretó obras de aliento de Beethoven, Schumann, Chopin, Gaito, Albeniz y Schubert Tausig. Este joven posee notables cualidades artísticas; su digitación es nítida, su sonoridad agradable, sus facultades interpretativas, a pesar de su corta edad — 15 años — se anuncian como interesantes y personales; todo lo cual permite cifrar en él bellas esperanzas, siempre que estudie profundamente y con provecho, condiciones éstas imprescindibles para triunfar.

El excelente cuarteto formado por los profesores Fontova, Pessina, Gambuzzi y Vilaclara, es harto conocido para que nos

detengamos en elogiarlo. Sobre sus bellas interpretaciones ha reposado casi toda la temporada el éxito de ésta, es su mejor elogio. En las últimas audiciones ejecutó con sus habituales afinación e inteligencia obras de César Franck, Svendsen, Glassounow y Winkler. La joven cantante señorita Enriqueta Salvy, que ha progresado mucho desde la última vez que la oímos, cantó el 29 de noviembre, lieder de Reynaldo Hahn, Guido Capocci (*Les Harpes de David*), H. Bemberg, X. Lerroux y "Au doux eclat de ton visage", bellísima melodía del maestro argentino Alberto S. Poggi, compositor que debe hacerse oír con mayor frecuencia. En el último concierto se apreció la primera audición de la sonata para violoncelo y piano op. 26 del maestro Constantino Gaito, obra melódica, de la misma tendencia lírica que el quinteto y trío del mismo autor. Calurosamente recibida por el público, esta obra, si bien no marca progreso sensible sobre el trío, posee cualidades dignas de aprecio en sus tres tiempos: *Allegro moderato*, *Andante sostenuto*, *Allegro moderato*, que fueron notablemente interpretados por Vilaclara y el autor.

Asociación Wagneriana. — Particularmente brillante ha sido la temporada anual de esta Asociación, que realizó 40 conciertos, todos ellos de alto nivel artístico, en los que tomaron parte, además de los más valiosos elementos nacionales, grandes artistas extranjeros como Ninon Vallin, Armand Crabbé, Trio de Barcelona, guitarrista Llobet, etc. Esto explica como una sociedad que inició el año con 537 adherentes, cuenta hoy con más de 1300, número ínfimo, sin duda, considerando la población de Buenos Aires, pero importante teniendo en cuenta lo que aún hoy es el ambiente musical.

En la imposibilidad de ocuparnos detenidamente de las audiciones realizadas en los últimos meses, nos concretaremos a las de noviembre y diciembre.

El barítono Armand Crabbé, dió dos recitales de canto, uno en el que interpretó obras de Glück, Lully, Gretry, Haendel, Weber, Monsigny, Mehul, Bach y canciones antiguas francesas y flamencas. Este concierto fué un triunfo de arte, en que Crabbé confirmó plenamente su fama de artista de talento; lástima que en el segundo, buscando un éxito de "divo", hiciera cosas de tan mal gusto, abusara de los efectos vulgares:

calderones y falsetes, procedimientos estos indignos de un artista que tiene asegurado el éxito cuando canta honestamente.

El violinista Virgilio Panisse, se presentó a nuestro público acompañado por Ernesto Drangosch. Panisse posee técnica excelente, pero carece de dotes interpretativos; su estilo es vulgar, su comprensión poco profunda; en suma, un instrumentista apreciable, mas no un concertista.

Notable por las obras y por los intérpretes fué el festival Schubert, en cuyo programa figuraban: los quintetos op. 114 y 163, interpretados por Da. Amelia Cocq de Weingand, señores Weingand, Rodríguez, Piaggio y de Tata y por el cuarteto Diapason y Adolfo Morpungo, respectivamente; obras admirables, especialmente la segunda, fueron vestidas con maestría. La señora de Weingand ejecutó con sus habituales delicadeza e inteligencia tres obras para piano, debiendo agregar otra ante los aplausos de público y doña Adeo Leander Flodin, la eximia cantante, interpretó con el arte que le es peculiar, ocho lieder, viéndose obligada a cantar otros más a pedido del público.

La distinguida concertista señora Amelia Cocq de Weingand, obtuvo un éxito merecido en su recital de piano, en Sonata op. 22 de Schumann y obras de Brahms, Chopin, Chausson, Chabrier, Fauré, Debussy, que supo matizar con arte y decir con elegancia e inteligencia. Ante los nutridos aplausos de la numerosa concurrencia tuvo que conceder varios bis.

Con los cuartetos en ré de Schubert, op. 41 núm. 1 de Schumann, op. 44 núm. 1 de Mendelssohn, op. 96 de Dvorak, terminó la primer serie de la Historia del cuarteto, a cargo del talentoso crítico D. Miguel Mastrogiani y de los componentes del cuarteto de Diapason señores Weingand, Gil, Rodríguez y Piaggio. Este ha sido interpretado magistralmente por estos artistas, que a sus dotes de ejecutantes unen una notable comprensión, cualidades inapreciables en música de cámara. La temporada finalizó con un concierto de violoncelo y piano a cargo de Adolfo Morpungo y Cayetano Fanelli con el concurso de los señores A. Bolognini, C. Armani, A. Rohn. L. Pratesi y S. Colabella. Ambos concertistas se desempeñaron con gran acierto en Sonata en Fa de R. Strauss, obras de Boelmann, Wagner, Popper y concierto en sí bemol de Boccherini para violoncelo y quinteto de cuerdas. Morpungo estuvo en sus

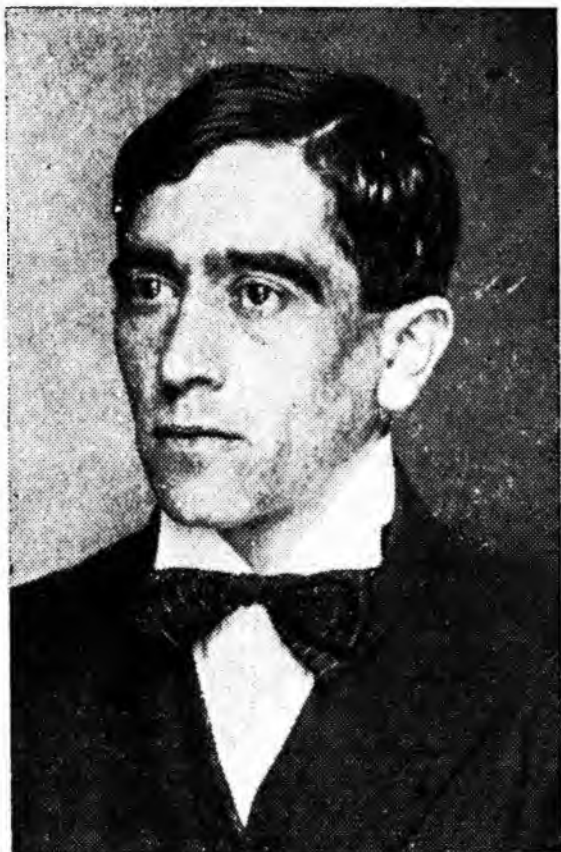
mejores noches y Fanelli, cuyos progresos son notables, confirmó plenamente lo mucho que de él esperamos.

Zingakademie. — Un interesante concierto realizó esta sociedad coral, sin discusión la mayor que existe en Buenos Aires, tanto por el número como por la afinación de sus coros. Su director el maestro Pachaly, ha logrado notable disciplina en los mismos, siendo dignas del mayor elogio todas sus interpretaciones. El último concierto, fué íntegramente dedicado a la hermosa cantata de Schumann *La vida de una rosa*, para solos, coros y orquesta, ejecutada por elementos de esta Sociedad, con éxito merecido, ¿se decidirá el maestro Pachaly, a darnos una versión de *La Pasión según San Mateo*, de Bach, obra desconocida aquí? Esperamos que sí, en cuyo caso la *Singakademie*, lograría, a no dudarlo, un éxito estruendoso y se haría acreedora a nuestra gratitud.

Sociedad Nacional de Música. — Las crónicas de los conciertos de esta sociedad, formada como es notorio por compositores argentinos, irán incluidas en nuestro estudio *Nuestra música en 1918*, a publicarse en el próximo número de NOSOTROS.

GASTÓN O. TALAMÓN.

NECROLOGIA



Benjamín Taborga

Ayer Delheye, hoy Taborga... Duelen estas muertes, por lo repentinas e inesperadas y porque estos predestinados asistían en sí, cuando fueron sorprendidos por la muerte, al inquieto

tante espectáculo del florecer de sus espíritus vírgenes, en los que la realización de la obra iniciaba su germinar esplendoroso.

Benjamín Taborga era de esa estirpe misteriosa de seres sencillos y callados, que cumplen el cansador trabajo de vivir sin exhalar una queja, extasiados en meditaciones de eternidad.

Como todo él se reservaba para la vendimia prometida, de la que sólo tuvo tiempo de recoger unos pocos áureos granos, apenas le conocimos. Es seguro que sus raros íntimos no le conocían mucho más.

Este hombre que hablaba de la trágica consecuencia ideológica aportada por el principio de Carnot, tenía una ardiente avidez de saber, que lo llevaba a devorar febrilmente todo libro, anheloso de una conclusión definitiva, develadora del misterio augusto del *después*.

¡Oh, inquietud de todo gran espíritu! Pero su anhelo infinito de saber, más de una vez se había roto las alas en doloroso fracaso contra las limitaciones atormentadoras de la ciencia, contra esos ¿por qué?, que se alzan hieráticos y nos apesadumbran para siempre, poniendo en el vaso purpúreo de nuestra juventud, la acedia del inútil conocimiento.

Ya él cantara angustiado:

País maravilloso por nadie descubierto!
De su encanto y su gloria y su luz... ¿qué quedó?
La sonrisa en la esfinge, la esfinge en el desierto
Y en el desierto, yo.

Benjamín Taborga no tenía aún treinta años. Pero ya había trabajado su lote de dolor, sobre el cual su frente triste dejara caer en la doliente faena, lo que Montalvo llamó *la santa gota de la actividad humana*.

En NosOTROS ha dejado potentes muestras de su vigoroso y disciplinado talento, con tres extensos y notables artículos: *Lo que hubiéramos podido decir a maître Labori*, *Posibilidad de un novísimo órgano* y *Pequeña requisitoria sobre la democracia*. Nuestros lectores conocen, sin duda, dichos trabajos, por lo que nos abstenemos de explicarlos. Baste saber que ellos son la clara evidencia de un espíritu culto y trascendentalmente puro, y que además de una vasta ilustración, demuestra en ellos Taborga altas cualidades de análisis y un depurado gusto artístico.

En otras revistas metropolitanas deja también huellas pro-

fundas de su paso por nuestro medio literario. Bajo el pseudónimo de Teófilo de Sais, publicó con el título de *La otra Arcadia*, un pequeño volumen de versos que lo revelaron un lírico poseedor de varias y nada corrientes facultades.

Benjamín Taborga ha muerto y, lo que es triste, con su muerte se ha repetido el destino de aquel *precursor* de quien él dijera:

Naci para deciros una palabra... y luego.
Cerrar los labios y morir.

En el acto del sepelio hablaron: en nombre de *La Época*, a cuya redacción pertenecía, el señor Agustín Remón; en nombre de *El Hogar*, el señor Julio Fingerit, y en nombre de Nosotros, nuestro redactor Nicolás Coronado, cuyo discurso a continuación publicamos. Ofrecemos también a nuestros lectores la primicia de dos bellas poesías inéditas de Taborga, que teníamos en nuestro poder.

Discurso de Nicolás Coronado

Señores:

Fué en la revista NOSOTROS,—cuya representación invisto en estos momentos—donde Benjamín Taborga publicó los trabajos que mejor definen su personalidad de hombre de letras, y fué allí también donde encontró, a raíz de la aparición de su libro de versos, la palabra de estímulo, el voto de simpatía, el elogio cordial y espontáneo, que tanto necesitan los escritores cuando han sido, como éste, combatidos por la indiferencia de los hombres y por la injusticia de las cosas. No podía, pues, faltar la voz de NOSOTROS en la angustiosa ceremonia que presenciábamos. Los directores de la revista me han confiado la difícil tarea de expresarla, sin pensar tal vez que ante las tumbas abiertas para recibir a los que desaparecen en plena juventud, vale más que la oración laudatoria, el recogimiento silencioso. Pero es preciso hablar. Tenemos, por otra parte, el derecho de levantar nuestra inútil protesta frente a las decisiones del destino enigmático, que hoy nos arrebató a quien creíamos por su claro talento y por su rara capacidad de trabajo, llamado a ocupar un puesto de honor en la incipiente literatura americana.

Porque éste que ahora nos reúne, poseía todas las condicio-

nes necesarias para triunfar en la ardua disciplina de las letras. Tenía, antes que nada, juventud de espíritu, que es como decir aptitud para asociar, sin vanos prejuicios, las ideas más diversas y luchar en favor de aquellas que conceptuaba sinceramente exactas. Tenía vigor mental, comprensión fácil y justa, y unía a esas cualidades un incontenible deseo de aprender, un afán nunca satisfecho de penetrar en los dominios de la ciencia, en el mundo tentador y vasto del Pensamiento. Amaba las ideas generales, y había llegado antes de los treinta años a plantearse de una manera definitiva, aunque tal vez equivocada, los peligrosos problemas metafísicos; con lo cual demostraba su inquietud espiritual y el profundo interés que le provocara siempre el misterioso espectáculo de las cosas. Contaba, por último, con un estilo flexible, elegante, preciso; apto para dilucidar ideas, para examinarlas hasta en sus más ligeros matices; el estilo, en fin, de quien habría llegado a ser un verdadero escritor de raza. En los dos artículos publicados por Taborga en NOSOTROS y a los cuales me he referido, y en su libro de versos, tan injustamente olvidado, se advierte que hubiera ido muy lejos este muchacho trabajador y talentoso, si no le sorprende la muerte y le arrebatara en un solo día, como en el verso de Lucrecio, todas las recompensas de la vida. En el primer trabajo estudia la posibilidad de un "Novísimo órgano", haciendo afirmaciones que no comparto, pero que muestran la erudición de buena ley que había logrado adquirir en breve tiempo, la ductilidad de su inteligencia, la seriedad de sus opiniones, realzado todo ello por una prosa expresiva, limpia de pompas inútiles y de meandros estériles. En el segundo artículo — que en cualquier otro país que no fuera el nuestro, le hubiera valido una reputación inmediata — critica con fina ironía el régimen actual de la justicia en Francia.

¿Qué más puedo decir, señores, acerca de este hombre que ha muerto joven, lejos de su familia, en una tierra extraña, que no ha ocupado puestos públicos, que ha sido apenas escritor, que era, más que una realidad formada, una esperanza segura?

Nada más que eso, señores: se va con él una bella esperanza de triunfo. La cosecha que creíamos próxima, se ha malogrado cuando esperábamos su florecimiento. Nos quedan unas rosas que nacieron tempranas. Nos queda, además, la tristeza de una columna joven que se derrumba.

Antinóo.

(Fragmento).

... La sonrisa de Antinóo, profunda, misteriosa,
 ¿fué sombra de tristeza o primicia de amor?
 No lo sé. Mas me rinde, me tortura, me acosa,
 y me hace tener celos de aquel emperador.
 Sólo cuando medito en que ni el tiempo pudo
 destruirla, perdono la edad en que nací:
 porque pienso, arrobado, ante el mármol desnudo,
 que hace siglos Antinóo sonrió para mí.

Idilio.

(Fragmentos).

Pronto, Arlequín, nos llaman. Salgamos al tinglado
 disfrazados con esta ridícula careta.
 Nuestro papel es bello, y aunque nos le han cambiado,
 la ilusión no por eso será menos completa.

.....
 Olvida la presencia de ese auditorio inculto,
 que hace la corte al Diablo dirigiéndose a Dios.
 Para él es la comedia. No el hondo drama oculto,
 cuyos protagonistas somos nosotros dos.
 Para él es la comedia. La mal urdida trama
 que empaña la pureza del ideal divino.
 Guardémonos la esencia, guardémonos el drama,
 que es grande y es hermoso como nuestro destino.
 Con la escena del rapto en la forma ordinaria,
 con la fábula burda, con la prosa banal,
 esa plebe de inmunda carne prostibularia
 ya tiene suficiente pasto sentimental.
 ¡Que sus risas de escarnio nuestros sueños no ahoguen!
 ¡Que nuestra moral triunfe de todas sus morales!
 ¡Que unidas y en silencio nuestras almas dialoguen,
 mientras los labios digan frases convencionales!
 ¡Que el actor venza al hombre! Que nuestras actitudes
 no ruboricen frentes vilmente candorosas.
 Paguemos el tributo que exigen sus virtudes:
 son el Mundo, y el Mundo ¡qué sabe de estas cosas!
 Míralos: en su rostro la ansiedad se adivina.

¡ De esta farsa grotesca no vislumbran el fin!
 —¿ En dónde está, interrogan, la bella Colombina?
 ¡ No hay más sobre el tablado que Pierrot y Arlequín!—
 Cierto: sin Colombina no hay idilio explicable.
 Alguien os hizo víctimas de una burla cruel.
 Mas no fuimos nosotros. El único culpable
 fué el director de escena, que nos cambió el papel.
 Ambos, malos actores, no extrañéis que engañados
 pongamos en la farsa toda nuestra emoción:
 el hilillo de oro que nos tiene abrazados,
 sólo podrá romperse cuando caiga el telón...

TEÓFILO DE SAIS.

José Pardo

Fallecido el 21 del corriente

Ha muerto uno de los hombres más queridos en esta casa, José Pardo. *Pardito* fué de los nuestros desde que esta revista apareció. Hace once años él aun conservaba, bajo las cenizas ya casi frías, un pálido rescoldo de su juvenil entusiasmo literario. Actualmente el fuego se había apagado. Quizás un prematuro cansancio, quizás una escéptica filosofía de la vida y la gloria, posiblemente ambas cosas a la vez, hiciéronle abandonar a otros el campo en que tan brillantemente se inició. Había pertenecido al grupo de Darío, hace más de veinte años, fué de sus más fervientes amigos y admiradores, y guardaba celosamente, fresco y colorido, el recuerdo nostálgico de aquella intimidad.

En aquella época fundó dos revistas, *América* (1895) y *Atlántida* (1898). Esta última, de la cual aparecieron cuatro números, fué la expresión literaria de un momento inolvidable de renovación entusiasta en las letras argentinas, y será consultada con provecho por el historiador de nuestra cultura.

Escribió con talento prosas y versos. Todavía en 1908, NOSOTROS pudo recoger los últimos frutos de su vocación lamentablemente truncada, cuando publicó sus *Prosas para Margot*. Ahora, hacía tiempo que ya no escribía; pero si había abandonado las letras, no así a los hombres que en ellas se esfuer-

zan e ilusionan. De todos era amigo cariñoso, y nuestro cenáculo, en el cual caben todos los corazones, contóle siempre en su seno. Casi no pasaba día que no nos hiciese una fugaz visita en la redacción, y era agradable estrechar la gran mano cordial de ese hombre corpulento, cuya infantil claridad de alma volvía legítimo el apelativo de *Pardito*.

Tan bruscamente le ha herido la muerte, puede decirse que cuando acabábamos de estrecharle la mano y gritarle: "Hasta mañana!", que aunque le hayamos acompañado al cementerio en una alegre mañana de domingo, sin aparato pero con fraternal afecto, todavía nos parece que ha de volver y entrar en esta casa y sentarse a nuestra mesa y traer a nosotros la luz de su invariable bonhomía. Y así es por otra parte: José Pardo fué de aquellos hombres cuyo vivo recuerdo nunca abandona a quienes tuvieron la dicha de conocerle.

Sabemos que *La Cultura Argentina* editará las mejores páginas que Pardo dispersó en diarios y revistas. Si Luis Doello Jurado, que fué de sus amigos, quiere poner al servicio de una buena obra su fino talento de crítico, esa colección llevará sin duda un hermoso prólogo y en él revivirá Pardo en medio de la generación brillante en la cual hizo sus armas y de la cual fué una esperanza.

LA REDACCIÓN.

LIBROS VARIOS

La fuerza injusta por *Ricardo Sáenz Hayes* (Agencia General de Librería y Publicaciones) Buenos Aires, 1918.

En este libro ha reunido Ricardo Sáenz Hayes las crónicas que desde Europa ha enviado a nuestros diarios, y su labor de socialista en ésta.

El autor se hallaba en París en aquellos días ya lejanos de agosto en que se iniciara la catástrofe cuyo desenlace es tan reciente, y así sus crónicas tienen la veracidad de un testimonio y también mucho de la pasión inherente a los que han estado cerca del ambiente caldeado del gran drama.

La Fuerza Injusta, demuestra ante todo que su autor se ha documentado bien. El libro está escrito en ágil estilo periodístico, o sino de prédica.

Es un libro del momento y para el momento. En él se dan a esta guerra, por obra de la pasión, ideas y propósitos que tal vez no encarnó ella en sus comienzos, pues recién ahora empieza a dar su fruto la fuerza injusta, como muy bien denomina a la guerra Sáenz Hayes.

Villes meurtries de France: Arras, por *Henry Dolez*, **Villes du Nord**, por *Leon Bocquet* (Bruxelles et Paris. Librairie d'Art et d'Histoire - G. Van Oest et Cie, éditeurs.

De la literatura de la guerra, nada hay sin duda tan sugerente y entristecedor como estos libros inspirados por el trágico derrumbe de tanta cosa bella y grande como la crueldad invasora devastó en su avance avasallador, incontenible, de los primeros angustiosos días de la gran guerra.

Una casa editora franco-belga ha creado una biblioteca en la cual bajo el título genérico de "Villes Meurtries de Fran-

ce et Villes Martyres de Belgique”, los buenos escritores de ambos países harán el desolador inventario de las ruinas.

De los dos volúmenes aparecidos recientemente, el primero está dedicado a Arras y es su autor el escritor Henri Potez. Arras es, de las ciudades mártires, una de las más características. Potez hace en su obra la crónica detallada de su vida, desde su fundación, hasta los días sombríos de la invasión teutónica.

El otro volumen titulado “Villes du Nord”, es del prestigioso escritor belga León Bocquet. En él se ocupa de Lille, Donnai, Cambrai, Valenciennes y otras ciudades mártires.

Estas obras vienen ilustradas con hermosos grabados. Así se gesta sin duda la larga y dolorosa historia de ésta que creemos será la última guerra. Estos libros están así destinados a ser abrumadoras piezas del largo sumario cruento que designará a los culpables de la tragedia ante la inevitable justicia de que el futuro es el gran ejecutor.

El Cristianismo y el Problema Religioso, por *Ramón Lafite*, (Imprenta Rossi). Buenos Aires, 1918.

Estudia el señor Lafite en este libro la moral cristiana y el desenvolvimiento de esa religión a través de los siglos.

Arremete duramente contra el dogma, analizando las arduas cuestiones teológicas y las supersticiones fanáticas con sano criterio, manifestándose en abierta contraposición con las teorías fantásticas de los teólogos cristianos, de cuya vasta obra evidencia el señor Lafite un profundo conocimiento.

Las dificultades que el señor Lafite ha tenido que vencer para escribir este libro han sido muchas, principalmente si se tiene en cuenta el carácter de los problemas que contempla y lo mucho que sobre temas tan intrincados se ha escrito.

Conocimiento y Creencia, (La Vida Superior) por *Manuel Nuñez Regueiro* Compañía General de Artes Gráficas - Rosario (Santa Fé), 1918.

Es este otro libro dedicado a la religión, o más bien dicho a la vida espiritualista o superior, como el autor la define.

El señor Nuñez Regueiro encara el asunto en una forma excesivamente literaria, lírica, lo cual hace que su obra se resienta de falta de reciedumbre en el pensamiento que es lo principal que debe animar a una obra de esta naturaleza.

Conocimiento y Creencia está discretamente escrito, pero es un libro extenso y monótono.

Bubén Darío, *Pages Choisies*. Choix et préface de Ventura Garcia Calderón. Bibliothèque France-Amérique, Librairie Félix Alcan, Paris, 1918.

José Enrique Rodó, *Pages Choisies*. Choix et préface de Hugo D. Barbagelata. Traduction de Francis de Miomandre, Librairie Félix Alcan, Paris, 1918.

En la Biblioteca titulada *France-Amérique* que publica en París la Librería Alcan, han visto la luz dos volúmenes de *Páginas escogidas*, respectivamente de Darío y Rodó, traducidas al francés.

El escritor Max Daireaux ha traducido las prosas escogidas de Darío; en cuanto a las poesías, de algunas de las cuales esta antología presenta dos versiones, una en prosa y otra en verso, han sido traducidas por varios: Georges Hérelle, Gabriel Soulages, Jean Aubry, Mme. B. M. Moreno, Alfredo de Bengochea, Marius André, Jean Cassou, Georges Pillement y André Wurmser. Traductores todos ellos finamente instruidos en ambos idiomas, han sabido formar una antología muy estimable. Ello no quiere decir que Darío, principalmente el Darío poeta, viva en francés como en el verso castellano; su evanescente encanto de poeta musical, se disipa y muere en la versión. El prefacio de Ventura García Calderón es digno del talentoso crítico peruano, y muy completo.

Rodó ha sido traducido por un elegante prosista: Francis de Miomandre, quien, con sus atinadas selecciones, presenta al maestro en todos sus aspectos característicos: el de crítico y ensayista, el de pensador y esteta, el de orador y periodista, y el de viajero.

Estas dos antologías en francés de ambos grandes maestros que la América contemporánea venera, son una nueva prueba de la eficiente labor que realiza en Europa la valiente pléyade de escritores del nuevo mundo que allá se esfuerzan por que nuestras letras sean conocidas y respetadas.

Biblioteca Calleja, Madrid.

De la excelente *Biblioteca Calleja*, cuyos tomos de la llamada "segunda serie" son modelos de buen gusto y seriedad,

hemos recibido últimamente las *Páginas escogidas* de Juan Ruiz de Alarcón, selección, prólogo y notas del culto e incansable escritor Alfonso Reyes, y los *Tratados* de Baltasar Gracián (El Héroe, El Discreto y El Oráculo), también editados y prologados por Reyes.

Clásicos Castellanos, Madrid.

Las dos últimas ediciones de los *Clásicos*, hechas por *La Lectura* de Madrid, lo son respectivamente del *Teatro* de Juan Ruiz de Alarcón y de *El Diablo Cojuelo*.

Alfonso Reyes ha editado, prologado extensamente y anotado el *Teatro* de Alarcón. Esta edición contiene las dos celebradas comedias *La Verdad Sospechosa* y *Las Paredes Oyen*. Además una tabla de variantes en las ediciones de *La Verdad Sospechosa*, y en apéndice una lista de documentos para la biografía de Alarcón, tan oscura hasta hace pocos años, como es notorio, el testamento del comediógrafo, su bibliografía, la cronología y representaciones de las comedias y el catálogo de sus obras no teatrales.

El Diablo Cojuelo ha sido editado, prologado y anotado con su sabrosa erudición por el ilustre Francisco Rodríguez Marín.

Como todas las anteriores de los *Clásicos Castellanos*, ambas ediciones populares honran la moderna librería española. Con ellas *La Lectura* ha puesto ya en circulación 38 volúmenes.

El Capital, Crítica de la Economía Política por *Carlos Marx*. Traducida de la cuarta edición alemana por Juan B. Justo. 2a. edición, revisada y corregida. Buenos Aires. Biblioteca de Propaganda «Ideal Socialista». Director: Joaquín Marinoni.

El título de esta nota informará suficientemente al estudioso en materia social, de la importancia del libro que ese título anuncia. Nunca como ahora ha estado tan de actualidad Carlos Marx, y eso que su acción y su obra han dominado como pocas sobre los últimos sesenta años. Le dan esa actualidad los acontecimientos de Europa y el vasto movimiento maximalista que ha recogido la doctrina revolucionaria del famoso autor del *Manifiesto Comunista*. Además *El capital* es libro clásico de la economía política. En cuanto a la traducción del indis-

cutido maestro del movimiento socialista en la Argentina, doctor Juan B. Justo, ha sido en todo tiempo reconocida como excelente por partidarios y adversarios, desde que se publicó la primera edición en Madrid, en 1898. Agotada aquella desde hace largos años, se imponía esta reedición, la cual ha sido vigilada por el traductor, quien ha revisado prolijamente la primera, retocando también en algunos pocos puntos la primitiva versión, para hacerla más clara y correcta.

Almanaque del Trabajo, para el año 1919 - Año 2.^o Buenos Aires.

Dos activos hombres del Partido Socialista, José Rouco Oliva y Marcelino Folgar, iniciaron el año pasado la publicación de un *Almanaque del Trabajo*, por su carácter, único en la República. El éxito obtenido los ha inducido a continuar en la empresa inteligentemente iniciada, y así acaba ahora de ver la luz el volumen correspondiente a 1919.

Trátase de un volumen de 272 páginas que aparte de todas las informaciones de utilidad práctica y las lecturas de entretenimiento propias de este género de publicaciones, contiene datos abundantes y bien ordenados y precisas reseñas acerca del movimiento obrero en el país y de su expresión política por órgano del Partido Socialista. Así el lector encontrará en este almanaque la guía de las secretarías de todos los partidos socialistas del mundo, de las agrupaciones argentinas que responden a dicha tendencia y de todos los sindicatos federados y autónomos y cooperativas de la república. También una interesante y minuciosa reseña, en forma cronológica, del movimiento socialista y obrero en la República Argentina, desde el año 1895 hasta el 1898 inclusive, reseña comenzada en la edición del año pasado y que continuará en los años próximos. Igualmente algunas interesantes monografías sobre problemas sociales, entre ellas una del fiscal doctor Jorge E. Coll sobre "Menores abandonados y delincuentes", otra del diputado provincial Ramón Morey sobre "El Partido Socialista en Mendoza", otra de Américo J. Baliño, sobre la sociedad de maquinistas y foguistas "La Fraternidad", una crónica de Angel M. Giménez acerca del famoso incendio del Salvador, y unas cuantas más.

El *Almanaque del Trabajo* es pues un libro útil y ameno.

Griselda, leyenda dramática en un acto y tres cuadros, por *Moisés Kantor* - Ateneo, 1918, La Plata.

En apenas veintisiete páginas ha compuesto Moisés Kantor un fuerte boceto trágico, admirable de belleza y vigoroso de ideas. Se titula *Griselda*, y es una leyenda.

En la leyenda luchan dos fuerzas. Una es el hombre libre, que dispone de la vida a su antojo, tomando de los hombres lo que necesita, sin conciencia, sin amor; tiene por casa la hosca montaña y son sus amigos las bestias y los elementos de la naturaleza.

La otra fuerza es su antítesis. Aquella encarna simbólicamente en el Monstruo y ésta en el humilde Franciscano. Hombre que lo ama todo, hermano de los seres, de las bestias, de las cosas; no toma nunca, pide siempre y siempre está dispuesto a morir purgando algún ajeno mal.

Un día, el Franciscano quiere convertir a su fe al Monstruo y para ello aparece ante él en la Montaña. Pero el hombre libre rechaza aquel evangelio de humildad y de resignación. Ama demasiado su gran credo de orgullo. Y así le dice, con iluminada videncia: "¡Vete! Yo mato los cuerpos, tú la voluntad. Tus ambiciones son más osadas que las mías. Quieres ganarte el cielo entero mientras que a mí me satisface este Imperio inmenso que veo alrededor".

Ambos aman a Griselda, con acendrada y pura pasión. Griselda les ama a los dos. El hombre libre será el esposo ideal. El Franciscano, el buen hermano que todo lo sublima con su amor y su perdón.

Ellos, anhelan morir o vivir por ella. Pero uno debe morir para que el otro viva, y Griselda debe ser quien elija.

En una hermosa escena, Griselda, tras amargo dudar, *corona* al esposo amado con la Muerte. El *indomable*, subirá a la hoguera, *como a un trono*. El buen hermano, carne de todos los sacrificios, debe seguir viviendo. Y Griselda muere...

Esto que tan escuetamente hemos narrado es la trama y el asunto ideológico que Kantor plantea en su bella leyenda trágica.

La realización dramática es de una sobriedad admirable. Lo simbólico de la obra emana en el drama algo difusamente; por momentos se esfuma entre esas densas nieblas nórdicas a

que tan acostumbrados nos tiene el teatro de los países hiperbóreos.

Maximalismo por *Pierre Zalonsky*. (Editores, Monreal y Merédiz, Buenos Aires, 1918.)

Con el título de *Maximalismo*, ha aparecido un folleto lastimosamente impreso, en el cual se pretende definir las nuevas tendencias.

El folleto en cuestión defrauda, una vez leído, las esperanzas que su título y la condición de "maximalista militante" que invoca su autor, hacen lógicamente concebir.

En el caso hipotético de que el tal Zalonsky exista, es un deficientísimo escritor, si escritor puede llamársele, ya que la redacción de esta obrita, no pone en evidencia otra cosa que una inefable incultura y un absurdo desconocimiento de las tan debatidas cuestiones sociales y organizaciones de trabajo que el señor Zalonsky pretende solucionar.

Bajo el enunciado de maximalismo, nos expone un ingenuo plan de reforma social, que implicaría el más absurdo de los desbarajustes.

Véase a las claras que esta publicación sólo tiene por fin un negocio editorial, realizado en forma digna de toda censura.

X. X.

NOTAS Y COMENTARIOS

Con motivo de una renuncia.

La prensa diaria se ocupó el mes pasado del incidente motivado en el seno de la sociedad Nosotros, por la renuncia del vicepresidente primero del directorio, señor Alberto del Solar. Ya satisfactoriamente resuelto el incidente, creemos necesario dejar constancia en la revista de los términos en que fué planteado y resuelto.

Un grupo de ciudadanos, accidentalmente reunidos en una tertulia, resolvió el 26 de noviembre enviar al diputado chileno señor Nolasco Cárdenas, con motivo del discurso por él pronunciado en la cámara de diputados de Chile sobre el pleito de Tacna y Arica, y de las manifestaciones adversas que ese discurso provocó (1), el siguiente telegrama:

En momentos en que un patriotismo equivocado le aísla a usted, reciba el aplauso y la expresión de simpatía de unos ciudadanos argentinos que comparten sus ideas y lo felicitan por su valiente actitud.

Firmaban el telegrama los señores:

Alfredo Bianchi, Roberto F. Giusti, José Ingenieros, Alfonsina Storni, Nicolás Coronado, Arturo Lagorio, Alejandro Castiñeiras, C. Villalobos Domínguez, Pablo Suero, Juan Torrendell, Julio Noé, Carlos Sanchirico, Alfredo R. Buñano, A. de la Mota, Roberto Smith, E. Correa Robín y J. Blanco Caprile.

(1) Las palabras incriminadas fueron, según *La Nación* del 26 de Noviembre: "... entrando inmediatamente a la cuestión de Tacna y Arica, dijo que espera que se resuelva pacíficamente, pues del otro lado del Rimac hay también un pueblo inteligente que tiene las mismas ideas. Además, agregó textualmente que *los pueblos ya no seguirían como antes detrás de los tambores y clarines de guerra para resolver sus cuestiones internacionales* y que él por su parte no iría a la guerra porque se lo prohíben sus doctrinas".

Este telegrama motivó las dos cartas siguientes de don Alberto del Solar:

Buenos Aires, 27 de Noviembre de 1918.

Señor D. Rafael Obligado, Presidente de la Sociedad Nosotros.

Distinguido Señor Presidente:

Por las razones expresadas en mi carta a los señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti — carta que he puesto en conocimiento de Vd.—me veo en la imprescindible necesidad de presentar mi renuncia del cargo de Vicepresidente de la misma Sociedad, con que fui honrado.

Crea el Señor Presidente que solo motivos de esa naturaleza han podido privarme del placer de acompañarle en la simpática tarea que se nos tenía encomendada.

Saluda al Señor Presidente con sentimientos de consideración distinguida,

Suyo

A. DEL SOLAR.

Buenos Aires, 27 de Noviembre de 1918.

Señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Estimados señores y amigos:

El telegrama de ustedes al señor Cárdenas, diputado chileno, ha debido sorprender de modo ingrato en mi país. Y lo lamento.

El señor Cárdenas había dicho en sustancia: "En el caso de que llegara el momento de combatir por la patria, no solamente no iría yo al combate, sino que haría todo lo posible, en mi calidad de diputado nacional, por que los obreros de Chile no fuesen tampoco".

¡Los obreros de Chile han contestado inmediatamente al señor Cárdenas saliendo a las calles y plazas públicas en son de protesta!

Consecuencia: el opinante se ha apresurado a ofrecer explicaciones: "no ha tenido la intención de decir lo que ha dicho, reconoce que ha procedido inconvenientemente" (1). Así nos lo comunica hoy el corresponsal de la "La Prensa".

Ahora bien: ¿cómo explicarse el telegrama de ustedes al señor Cárdenas, concebido en estos términos: "En momentos en que un patriotismo equivocado le aísla a usted, reciba el aplauso y la expresión de simpatía de unos ciudadanos argentinos que comparten sus ideas y lo felicitan por su valiente actitud". Considero mucho más valiente la actitud de ustedes que no vacilan en arrostrar ante dos pueblos la responsabilidad de un "gesto" que ustedes, desde su punto de vista y con arreglo a sus convicciones, calificarán seguramente de "bello", pero que yo, desde el mío, y de acuerdo con mis principios, no podría aplaudir.

Y tanto es así, que, ante la consideración de que las dos firmas que encabezan el telegrama al señor Cárdenas son precisamente las de los propios directores de la revista *Nosotros*, a cuya plana mayor pertenezco en calidad de vicepresidente, me veo en la imprescindible necesidad, por motivos de explicable delicadeza, de presentar al señor Rafael Obligado mi renuncia de aquel cargo. Ello sin intención hostil hacia las ideas de nadie—cada cual es libre de profesar y expresar las suyas—ni mucho menos con pretensión de imponer las mías; pero sí en la inteligencia de

(1) El Partido Demócrata, al agradecer telegráficamente, con fecha 29, en nombre del diputado Cárdenas y los demócratas chilenos, la adhesión a su política de los firmantes del telegrama, desmiente esta versión de la prensa declarando inexacto que Cárdenas ofreciera explicaciones.

que no deseo figurar — siquiera sea aparentemente — como solidario de tendencias y doctrinas diametralmente opuestas a las que profeso. Mi silencio o pasividad, si continuara formando parte de la sociedad NOSOTROS, correría tal vez el riesgo de interpretarse en sentido contrario. Y, como chileno, sobre todo, tal interpretación me sería penosa. Soy de los que, allá en la juventud, formaron parte del grupo de estudiantes universitarios que al primer toque de clarín arrojaron el libro para empuñar la espada, y combatieron durante tres años por el bien de la patria en los campos de batalla. Y desde entonces, no sólo no he variado de modo de pensar, sino que me he afianzado en mis ideas. Creo, como la mayoría sensata de mi país, que cuestiones como la de Tacna y Arica deben ser arregladas, en justicia y en derecho, por los medios que la cordura y la serenidad de ánimo ponen al alcance de los hombres dirigentes. Pero no creo, como el señor Cárdenas, que en tesis general, deba predicarse la abstención de lo que en todos los tiempos y en todos los países ha sido considerado como el deber más alto del ciudadano: poner al servicio de la patria, no sólo las energías del cerebro, sino también la sangre de las venas.

Les saluda con sentimientos de consideración distinguida su atento y S. S. y amigo.

ALBERTO DEL SOLAR.

Los directores de NOSOTROS contestaron a la carta a ellos dirigida por medio de la siguiente:

Señor Alberto del Solar.

Distinguido colega y amigo:

Lamentamos profundamente que nuestra actitud con respecto a las palabras vertidas en la Cámara de Diputados de Chile por su vicepresidente segundo, ciudadano Cárdenas, el día 25, haya inducido a usted a renunciar a la vicepresidencia del directorio de la sociedad NOSOTROS, que con unánime satisfacción de todos los miembros de aquella sociedad, usted desempeña. Respetando, como corresponde, sus sentimientos de ciudadano chileno, y sin entrar a discutir los motivos justificables que han determinado a usted a presentar aquella renuncia, debemos, sin embargo, decir, en respuesta a su atenta de fecha 27: en primer término, que no fué ni pudo ser nuestra intención complicar la revista NOSOTROS y su distinguido directorio en una actitud enteramente personal de los que subscriben la presente, del doctor Noé, miembro del directorio, y de un grupo de amigos; en segundo término, que está muy lejos del concepto del telegrama enviado al diputado Cárdenas cualquier espíritu de agresión a Chile, tierra a la cual queremos como pocas, porque allí tenemos a nuestros mejores amigos de América, y a la cual dedicaremos muy pronto un número extraordinario de NOSOTROS, según ya lo hemos planeado con el ilustre escritor Armando Donoso. El propósito de nuestro telegrama, absolutamente ajeno al pleito que se debate sobre Tacna y Arica, fué afirmar, con la plena conciencia de la responsabilidad y las censuras en que incurriríamos, que dondequiera que haya un hombre el cual diga que los pueblos "no seguirían como antes, detrás de los tambores y clarines de guerra, para resolver sus cuestiones internacionales", y ese hombre sea denostado como traidor a la patria, con él estaremos todos aquellos que hemos abominado de la espantosa matanza europea y auspiciado la solución pacífica y legal de las diferencias entre naciones. Nos será muy grato repetir estas explicaciones leales en la próxima reunión del directorio de NOSOTROS en que se trate la renuncia de usted y, desde luego, confiamos en que ellas serán consideradas suficientes para

aconsejar a sus distinguidos miembros el rechazo de dicha renuncia, y a usted, la aceptación de tal dictámen, inspirado por la recíproca estimación.

Saludan a usted atentamente,

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI.

Así aclarado el asunto, quedaba de hecho cerrado el incidente, como lo prueban las dos comunicaciones que a continuación transcribimos:

Señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Estimados amigos y colegas:

He leído con verdadero placer e interés la franca y conceptuosa carta con que contestaron ustedes a la mía. Entiendo que, como ésta, ha sido ella transmitida telegráficamente a Chile, donde producirá, seguramente, saludable efecto, en el sentido de disipar malas impresiones.

Les saluda con sentimientos de consideración y aprecio, suyo y amigo.

A. DEL SOLAR.

Buenos Aires, Diciembre 6 de 1918.

Señor D. Alberto del Solar.

Muy distinguido señor:

El directorio de la Sociedad NOSOTROS, ha considerado en su última sesión la renuncia presentada por usted a raíz de la publicación de un telegrama que sus directores y varios de los colaboradores de la revista, enviaron al señor Cárdenas, diputado chileno.

Ha creído el directorio que, después de las explicaciones claras y amplias que los señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti dieron a usted respecto de este asunto, la Sociedad NOSOTROS no necesita precisar su posición en él, considerando que es completamente ajena a esa cuestión.

Por estas consideraciones, el directorio ha resuelto por unanimidad rechazar la renuncia presentada por usted. Nos es muy grato, señor, comunicar a usted esta decisión, que permitirá a la Sociedad NOSOTROS contar con la colaboración y apoyo que usted siempre ha sabido prestarle y al directorio mantener en su seno a uno de sus miembros más distinguidos.

Saludamos a usted con nuestra consideración más respetuosa.

RAFAEL OBLIGADO, *presidente*; JULIO NOÉ, *secretario*.

El telegrama inicial fué llevado, para su inserción, a los diarios *La Prensa*, *La Nación* y *La Vanguardia*. Sólo fué publicado por *La Prensa*, que con deferente imparcialidad acogió en sus columnas las cartas posteriormente cambiadas con motivo de aquél. Transmitidas telegráficamente a Santiago dichas cartas por la legación chilena en la Argentina, causaron allá excelente impresión en todos los ánimos, desvanciendo cualquier su-

posición errada sobre el significado de la comunicación al diputado Cárdenas. Un telegrama de fecha noviembre 30, de Armando Donoso, a los directores de NOSOTROS, declara cómo comprendieron nuestros amigos de Chile, nuestra actitud. Dice así:

Comprendo sincera actitud de ustedes. Agradezco cariñosas palabras. En nuestro país todos deseamos la paz de América como el fin del militarismo. Saludos cordiales.

ARMANDO DONOSO.

Un editorial y una carta.

La dirección de NOSOTROS no puede menos que manifestar su complacencia por la simpática acogida que ha tenido su editorial del mes pasado, titulado *Nueva Era*, en el cual se encaraba con serena franqueza algunos de los graves problemas planteados a los hombres por la guerra y la consiguiente revisión de toda una civilización. Entre las cartas recibidas a propósito de ese artículo, una hay, del brillante escritor Víctor Juan Guillot, que hemos juzgado oportuno reproducir con el permiso de nuestro colaborador, porque es un comentario de nuestras vistas que constituye a su vez un interesante artículo. Dice así la carta:

Mis estimados amigos:

He sido espléndidamente sorprendido por el artículo inicial del último número de NOSOTROS. Es inusitado ese magnífico "élan" de generoso optimismo que lo inspira y estamos poco acostumbrados a escuchar maneras de expresar pensamientos que por su noble vehemencia rompen con esos acicalados modos de decir que de tanta boga gozan aquí. Es claro que no comparto totalmente sus apreciaciones sobre las consecuencias posibles de la paz. No debe asombrarles esta parcial discrepancia, si recuerdan que nuestro conocimiento y mi colaboración en NOSOTROS tuvieron por punto de partida, justamente, un desacuerdo sobre ciertas cosas ya pretéritas de nuestra literatura. Puede ser muy bien que su optimismo haya calculado exageradamente la potencialidad de renovación antedicha en las fuerzas sociales que han precipitado la liquidación de la guerra. La experiencia histórica nos enseña que las sociedades conservan su estructura tradicional durante mayor tiempo del que puedan calcular las matemáticas revolucionarias. Después de todo, las revoluciones transforman menos que modifican y dejan siempre un saldo inferior al que prometieran. En los tiempos de la famosa "Internacional" hubo, sin duda, gran número de hombres inteligentes y poco dados a imaginéris que creyeron en el advenimiento inmediato de una nueva era de paz, justicia y bienestar humano. ¡Nueva era! Cuántas veces la humanidad alucinada con ciertos signos externos creyó dejar atrás la era vieja y se lanzó por caminos que parecían ser, exactamente, esos maravillosos senderos del porvenir que siempre se desean — hombres o pueblos — cuando los piés doloridos se destrozan de tanto hollar los viejos carreteras. Y bien saben ustedes cuántas veces el nuevo sol que asomaba por oriente resultó ser el mismísimo disco que se había hundido a nuestras espaldas, por occidente. Porque ciertas maneras de vivir colectivas, ciertas normas socia-

les, se obstinan, como si supieran cosmografía, en dar la vuelta al mundo para aparecer como nuevas ante quienes se apremian hacia el futuro.

Con todo, creo como ustedes que algunos designios humanos han encontrado la ocasión de realizarse. Que de todo esto saldrán algunos beneficios para los hombres. Que desaparecerán las injusticias más perceptibles en las organizaciones contemporáneas y que los sistemas de ideas generales universalmente aceptadas perderán por caducidad muchos principios que fueron considerados como bases incommovibles de la moralidad positiva. Es posible que dentro de algunos años nuestro mundo sea algo más justo que lo fué hasta ahora y que se hayan incorporado algunos modos de vivir colectivos menos reñidos con esa sed de equidad que se siente subir desde las capas sociales más profundas.

Pero creo que estamos muy alejados todavía de esa era nueva y perfecta cuyos resplandores ustedes columbran. Me parece que las revoluciones son evoluciones más aparatosas pero menos aceleradas de lo que creen los sociólogos y que, todavía han de pasar muchos días antes que la sociedad sea vuelta de "fond en comble", con todas sus consecuencias filosóficas, morales y jurídicas que ustedes parece casi convivir, de tan cercanas que las contemplan.

No me acusen de conservador ni de reaccionario. Mucho menos de pusilánime. Pertenezco todavía a ese número de personas que no han envejecido lo suficiente para profesar el horror de las revoluciones. Siempre he de conseguir con viva e inextinguible simpatía toda tarea revolucionaria, que por ser tal, significa un trabajo reconstructivo. Quiere decir ello que si no todos hieren la cuerda que quieren, puede acontecernos a algunos lo que al caballo de Job! Que cuando el tambor suena, alza la cabeza, resuella anchamente por los hollares, hace llamar los ojos y clama ¡oh!, mientras el casco inquieto hiere rabiosamente la tierra.

Dicho ésto, que puede ser una explicación aunque acaso no la parezca, vuelvo al artículo de Nosotros que me place por todo lo dicho y porque importa tomar valerosamente una posición en el rudo agiteo de ideas que ha de suceder a la guerra o a la matanza, si el vocablo resultales más grato. Creo como ustedes—y aquí si que no hay discrepancia ni en una tilde — que ha llegado el momento de pensar, no de una manera superficial y limitada, sino tan poderosa y profundamente como pueda hacerse. La vida contiene aspectos y sentidos nuevos o desconocidos que es menester descubrir y desenvolver. Eso que tanto se ha dicho de revisar valores es tarea actual y necesaria que ningún hombre de pensamiento puede eludir. Puede ser muy bien que aún las ideas conocidas posean relaciones imprevistas que conviene poner bajo conveniente luz. De modo que esa suerte de conscripción intelectual que promueve su revista, interpreta con fiel exactitud una necesidad de la honda inquietud que sacude todos los espíritus y rompe convulsivamente la superestructura de algunas organizaciones sociales. Ha llegado la hora de pensar y pasó, por consiguiente, aquella en que la tarea más hermosa ejecutábase pulcramente en la desusada torre de marfil. Puede ser muy bien que nuestra pequeña fragua intelectual no forje ninguna nueva palanca de Arquímedes; es probable, asimismo, que entre todas nuestras palabras no esté escondido el ¡sésamo! cabalístico que abre las cavernas muy celosamente tapiadas. Pero nadie puede excusar licitamente su pereza o su cobardía con su escepticismo. Hay que pensar para el futuro, por el espacio social en que vivimos, por el deber que impone esa noción de solidaridad humana nunca tan energicamente sentida como ahora. "Menos literatura y más vida!" Ojalá!

Los saluda con gran afecto,

VICTOR JUAN GUILLOT.

Buenos Aires. Diciembre 5 de 1918.

Julio Bertrand Vidal.

Nuestros lectores que siguen con creciente y cariñoso interés el movimiento intelectual de Chile, habrán de lamentar sin duda, la muerte de Julio Bertrand Vidal, uno de los nobles espíritus del grupo de *los Diez*, el cual tan pura acción cultural ha desplegado en Santiago en los últimos años. De la obra del malogrado artista habló ante su tumba su ilustre compañero de labor Pedro Prado, el 27 de noviembre, en un bello discurso, algunos de cuyos párrafos que a continuación transcribimos informarán al lector sobre la vida de aquél en cuyo epitafio, según dijo el mismo Prado, podría escribirse: "En una vida breve produjo una obra hermosa; la coronó una muerte llena de dignidad". El poeta habló así:

Señores: Ha muerto uno de los Diez, a quien cariñosamente llamábamos nuestro hermano arquitecto. En su honor nos reunimos cuando formamos ese pequeño círculo sin fronteras. En su oficina salieron a luz nuestras primeras ediciones de arte y literatura. Él fué quien construyó el Claustro y la Torre imaginarios, y mil veces prestó su entusiasmo ayudando a aparejar la barca en nuestras imposibles expediciones.

Julio Bertrand Vidal ha muerto a los treinta años en su juventud plena, cuando los ardientes ideales artísticos comienzan a cristalizar en formas definidas. Ha caído en la cumbre desde la que se domina la recién pasada, soñadora y confusa adolescencia, y desde la que ya es posible entrever el porvenir hasta entonces incierto. Ha desaparecido en la edad única en que se reúnen, antes de desatarse para siempre, las puras alegrías últimas del niño, con las prematuras y grandes tristezas del hombre.

Estudios brillantes de arquitectura en las mejores academias de París, donde fué laureado, y su entusiasmo inteligente por todas las manifestaciones artísticas, hicieron que encontrara durante los años de su estada en Francia y de sus excursiones por Inglaterra, Alemania, Suiza, Italia y España, mil elementos que fueron formando los sólidos cimientos de su especial preparación.

Hábil y fino dibujante, deja numerosas libretas de viaje, y otros trabajos en que es dable admirar, a través de la firmeza y soltura de la línea, la valorización exacta, y el gusto refinado para escoger los asuntos. Son antiguas construcciones de la vieja Inglaterra; suaves campiñas de la dulce Francia; monumentos románticos, su estilo predilecto; jardines incomparables de las villas de Italia. Más que su preparación amplia y comprensiva, sus dones naturales le llevaron adonde los libros no llegan: a las fuentes mismas de su arte. No el remedo servil y tiránico de estilos representativos de épocas pasadas, y cuyo espíritu muerto no es posible resucitar sin variaciones, sino la comprensión del momento inicial en que unas u otras causas dieron nacimiento a nuevas tendencias, épocas que por estar llenas de ardor son como hierro y fuego en fragua, lejano todavía el enfriamiento que parece depurarlas, y que sólo las inmoviliza y les quita su calidad de cosa viva.

Esa fué su característica arquitectónica. Conocía a fondo los variados estilos: pero a ellos no los tomaba para que el anticuario y el

pretendido experto pudieran reconocerlos y acreditarlos como puros; los tomaba, precisamente, en las llamadas épocas de transición, cuando aún había en ellos la vitalidad posible para un desenvolvimiento ilimitado y libre.

Después de haber hermoseado el mejor barrio de nuestra capital, y cuando iniciaba uno de los edificios más bellos con que contará Santiago, cayó herido de muerte. Me ha cabido en herencia y responsabilidad el continuarlo. Como un hijo ajeno y predilecto que se nos confía, así mi temor, mi preocupación y mi solicitud. No me capacita para darle cumplido fin una simple preparación arquitectónica. En los numerosos planos y en sus prolijas indicaciones, quiero y busco ver la especial y noble idiosincrasia artística de mi bueno y malogrado amigo.

Las exposiciones españolas de Octavio Pinto.

Recientemente se ha abierto en Madrid la exposición de paisajistas pensionados en El Pualar. Por amable voluntad del gobierno español, una de las becas fué puesta a disposición de nuestra Embajada, para que, por su decisión, pudiera ir uno de nuestros compatriotas a trabajar en el viejo monasterio. El doctor Marco M. Avellaneda escogió con mucho acierto a Octavio Pinto, que desde un año antes recorría las tierras de España y de Marruecos y acababa de obtener un señalado éxito en su primera muestra, realizada en los salones de la Embajada Argentina.

En el Pualar, Pinto ha trabajado mucho. Veinte cuadros—algunos de grandes dimensiones—ha enviado a esta exposición de paisajistas. Su éxito ha sido verdadero. Juan de la Encina, el más inteligente, sensible y moderno crítico español de nuestros días, ha escrito en la revista *España* del 28 de Noviembre último:

“Para nuestro gusto las obras más interesantes de esta Exposición son las del pintor Octavio Pinto, argentino de nacionalidad. A no dudarlo este señor ha estudiado de cerca a Darío de Regoyos y las estampas y crespones japoneses. Un crítico bonaerense, D. Manuel Gálvez, que siente verdadera devoción por el pintor franciscano y trató de comunicársela a sus paisanos, ha contribuido sin duda a esta orientación del Sr. Pinto. Darío de Regoyos tuvo escasamente de pintor decorador, en el sentido restringido de la palabra. Su intención artística capital fué en dirección de los estados atmosféricos y las variaciones lumínicas—un paisajista impresionista estricto— y luego no le daba ningún quebradero de cabeza la composición y la disposición decorativa de líneas y masas. El Sr. Pinto se aparta de él principalmente por la tendencia decorativa, y en sus obras se siente una

especie de pelea entre la concepción puramente impresionista a la manera regoyesca y el gusto japonizante por las composiciones rítmicas. De ahí, sin duda, que el Sr. Pinto se nos presente a las veces indeciso entre la pintura decorativa y el *plein air*. Hay tal vez una cierta contradicción entre ambas. Por eso, en más de una obra aborda la pintura de atmósfera y ambiente, y no acaba de lograrla por falta de determinación precisa y rica de los "valores", condición esencial en ese tipo de pintura y secundaria en la pintura decorativa. Es el Sr. Pinto un artista de mucha habilidad y gusto excelente, y a medida que vaya resolviendo la íntima pelea de su arte—entre lo decorativo y atmosférico, creemos que se decidirá por lo primero— sus obras irán adquiriendo ese punto de sazón que hoy les falta".

Manuel Machado, al tratar en su crítica de *El Liberal* de las mejores obras expuestas por los paisajistas de El Paular, se detiene en dos de los cuadros de Pinto: en el *Pinar amanecido* y en el tríptico *La luz en los claustros*, "llenos de verdad y gracia natural, exenta de preocupaciones y amaneramientos. Esos amaneramientos de índole literaria y trascendental que tanto mal, al menos como dicen, han hecho a nuestros pintores."

El crítico de *El Imparcial* señala a Pinto entre los expostores de más acentuada personalidad, a la vez que advierte la tendencia moderna de sus obras.

Del 1º al 10 de Enero próximo, Pinto inaugurará en el Salón del Ateneo de Madrid su muestra de las obras que concluyó en Africa, hace aproximadamente un año. Estas mismas obras, de las que Gómez Carrillo y Pérez de Ayala han hecho grandes elogios, se expondrán en nuestra ciudad en el próximo invierno.

Simpático éxito de nuestra cuarta encuesta

El Instituto Nacional de Ciegos nos ha gratamente sorprendido con el envío de cuatro gruesos tomos, encuadernados con elegante sencillez en el mismo instituto, los cuales contienen, traducida al alfabeto que emplean los ciegos, hecho de puntos en relieve, la entera encuesta realizada por Nosotros en sus números 108, 109 y 110 sobre *La música y nuestro folk-lore*.

Sabido es como los ciegos encuentran en el mundo de los sonidos el consuelo que su desdichada privación les niega en el mundo de las formas y los colores. Así no es raro hallar entre

ellos músicos de real talento. La dirección del Instituto Nacional, ha tenido por consiguiente una feliz inspiración al poner al alcance de todos los asilados las interesantes respuestas enviadas a NosOTROS por nuestros más reputados músicos y críticos de arte sobre la cuestión estética planteada.

Al manifestar nuestra legítima complacencia por este noble éxito de NosOTROS, séanos permitido agradecer al señor Bartolomé Ayrolo, director del Instituto, la atención que nos ha dispensado.

Ediciones de "Nosotros"

En los primeros días del mes corriente la Administración de NosOTROS puso en venta un volumen de cuentos, *Los inválidos*, escrito por nuestro antiguo colaborador y amigo Francisco Mazzoni. Este libro, el primero que publica su autor, revela en Mazzoni un verdadero temperamento de escritor, fino y original, que posee un estilo propio y un sutil espíritu de análisis. Con esta breve colección de cuentos, que ha sido ya muy elogiada por la prensa, se coloca Mazzoni de golpe, entre los raros cuentistas de mérito que posee la literatura rioplatense. Por el momento nos limitamos a recomendar esta obra a nuestros lectores, dejando para el próximo número el comentario reposado que merece.

•Hispania• (Paris)

Notable como los anteriores es el número 3º de *Hispania*, la revista del *Institut d'études hispaniques de l'Université de Paris*, de cuya publicación en francés bajo la dirección experta de Ventura García Calderón, dimos cuenta en el número del mes de Mayo.

Bien que órgano de una institución universitaria, lo cual podría hacer temer al anti-académico lector, algo apollillado y oliente a moho, es *Hispania*, por el contrario, una revista de amplia y moderna cultura, en la cual alternan el estudio erudito pero no árido sobre las cosas del pasado, con el artículo y la poesía en que alienta el alma del presente. En el número que nos ocupa señalaremos especialmente entre su rico material un penetrante paralelo entre Góngora y Mallarmé escrito por Francis de Miomandre, y una abundante selección de páginas de Ramón

Gómez de la Serna, traducidas al francés por Valery Larbaud y Mme B. M. Moreno y precedidas de un estudio de Alfonso Reyes sobre la original personalidad del autor de *Greguerías*.

Este número de *Hispania* trae también la traducción literal al francés de los poemas inéditos de Unamuno que NOSOTROS publicó en su número de mayo de 1918. La han realizado concienzudamente Max Jacob y A. de Barrau y la acompaña una nota ciertamente harto honrosa para NOSOTROS.

Aquiles Ricciardi.

Nuestro amigo y colaborador Aquiles Ricciardi, brillante orador y escritor italiano que enviado a este país el año pasado por su gobierno en misión de propaganda, se hizo altamente apreciar en los círculos intelectuales argentinos, está nuevamente entre nosotros.

Ha vuelto Ricciardi para preparar la realización de una maravillosa obra de paz y hermandad: establecer las comunicaciones aéreas entre Italia y la Argentina, de modo que sólo en cuatro días pueda irse de Génova a Buenos Aires.

Miguel Luis Rocuant.

Ha residido varios días en Buenos Aires, de paso para el Brasil, el conocido escritor chileno Miguel Luis Rocuant, director de la *Revista de Artes y Letras* de Santiago. Le es grato a NOSOTROS saludar cordialmente al distinguido colega que antes nos honró con su colaboración (véase *La palabra*, en el N° 104) y ahora con su amistosa visita.

Editorial Arca

Una nueva empresa editorial acaba de iniciarse entre nosotros. Ha comenzado la publicación de una de sus colecciones o series con los *Sonetos y Triolets* de Alvaro Melián Lafinur, editados primorosamente en un pequeño volumen muy elegante. En esta colección se publicarán mensualmente desde Marzo próximo, obras inéditas de los mejores poetas y prosistas argentinos de la nueva generación.

Además, la Editorial Arca publicará en volúmenes de mayor tamaño, una "Biblioteca de Crítica", otra de novelistas y una

tercera de grandes escritores contemporáneos, traducidos con el mayor cuidado para tal empresa.

«Hebe» (Buenos Aires)

Esta simpática revista de literatura y arte, a la cual sus directores Ernesto Morales y D. Novillo Quiroga han sabido dar un carácter finamente original, ha dedicado su número VI a ilustrar la literatura rusa, publicando felices selecciones de Gogol, Turguenef, Dostojewsky, Tolstoi, Sienkiewicz, Garchine, Peretz, Korolenko, Tchekov, Gorki, Merejkowsky, Andreief y el judío polaco Chalon Ache.

Perla fina.

En México aparece un semanario muy interesante hecho con cierto espíritu periodístico yanqui, que se titula *Revista de Revistas*. Actualmente ilustra su cubierta con sus hermosos trabajos el dibujante García Cabral, de los mejores de América. Sabido lo cual, véase cómo nos conocemos en el continente los que hablamos el mismo idioma. Dedicó *Revista de Revistas* un artículo a la "Muerte del Patriarca de las Letras Argentinas", acompañándolo del retrato de Guido y Spano, y con entera buena fe instruye a sus lectores sobre el poeta, con la siguiente noticia, entre otras:

Guido y Spano era popularísimo en su patria y en los países colindantes con el suyo. Publicó numerosos libros y es autor de un romance célebre en toda la América Latina, intitulado "Nenia", y que principia con estos sabidos versos, que han sufrido variaciones en los distintos puntos en que se recitan: "Mañana domingo —se casa P'eringo,— con un pajarillo..."

En México jamás llegarán a sospechar el violento regocijo que esta noticia literaria es capaz de causar al lector argentino.

El Convivio

Está en venta en nuestra administración el último volumen de *El Convivio* de Costa Rica. Es una interesante *Antología de la Versificación Rítmica*, compilada y prologada sabiamente por el eminente crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña.

NOSOTROS.

NOSOTROS

Año XII - Tomo XXX

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
A	
Arrieta Rafael Alberto.	Brisa del Alba (versos) 593
B	
Berisso Luis.	Carlos Guido y Spano. 319
Blanco Marcos M.	En elogio del árbol. 108
" " "	La escuela nacional y sus iconos. . 580
Bobadilla Emilio.	La literatura hispano-americana. . 525
Bonet Carmelo M.	La superstición nacionalista. . . 394
Bonilla y San Martín Adolfo	La literatura hispano-americana. . 514
Burghi Juan.	A Carlos Guido y Spano (sonetos) 309
C	
Cabrera Rafael.	Azrael (versos) 569
Cejador Julio.	La literatura hispano-americana. . 511
Coronado Nicolás.	Letras argentinas. 115, 456
" "	Benjamin Taborga (discurso) . . . 630
D	
Delheye Pedro Mario.	Guido y Spano (soneto póstumo) 221
Del Solar Alberto.	Carlos Guido y Spano (soneto) . 172
Díaz Luis María.	En la muerte del poeta (versos) . 317
Dirección La.	Nuestra demostración a Armando Donoso. 148
" "	Nuestro homenaje a Guido y Spano 154
" "	Nueva Era 365
" "	Nuestra quinta encuesta. 509
F	
Fernández Moreno.	Nuevos poemas de Ciudad. 39

G

Gabriel José.....	De literatura francesa.....	598
Gache Roberto.....	La vida de Buenos Aires.....	451
Giménez Pastor Arturo.....	Elogio de Guido Spano.....	236
Guido y Spano Carlos.....	Carta confidencial (autobiografía)	248

H

Hernández Catá A.....	El testigo (cuento).....	408
-----------------------	--------------------------	-----

I

Ingenieros José.....	Significación histórica del maximalismo	374
----------------------	---	-----

J

Jordán Luis María.....	Guido y Spano.....	337
------------------------	--------------------	-----

L

Lacoste Lilia.....	Cuadritos serranos	84
Lagorio Arturo.....	Al pasar	322
" "	Letras americanas	459

M

Marasso Rocca Arturo.....	Carlos Guido y Spano.....	191
Mendioroz Alberto.....	Guido y Spano.....	335
" "	Carta abierta	438
Monner Sans R.....	El Dr. Thebussen	70, 419
Morales Ernesto.....	A Guido y Spano (versos).....	344
Muzzio Sáenz Peña C.....	Crónica de arte.....	126, 482
" " " "	El VIII Salón Nacional de Arte	345

N

Nelson Ernesto.....	El pecado original de nuestra enseñanza universitaria.....	54
Noé Julio.....	Rostand	594
NOSOTROS	Notas y Comentarios.....	363, 506, 642

O

Obligado Carlos.....	Mi perro (soneto).....	60
Ocampo Juan Cruz.....	Carlos Guido y Spano.....	340

P

Palacios Alfredo L.....	Carlos Guido y Spano.....	222
Palcos Alberto.....	Filosofía y Psicología.....	475
Pascoli Giovanni.....	El leño (poema traducido por Remo Cotti)	93
Polilla	Noticulas	151
Ponce Aníbal Norberto.....	La obra literaria de Lucio V. Mansilla	5

Q

Queiroz Eça de.....	Victor Hugo (traducción de Francisco Romero).....	45
Quesada Ernesto.....	La personalidad de Carlos Guido y Spano.....	151

R

Redactores	Libros varios	490
Rodó José Enrique.....	Carlos Guido y Spano.....	31
Rojas Ricardo.....	Carlos Guido y Spano.....	173
Romero Francisco.....	Poesías	612
Rueda Salvador.....	La literatura hispano-americana..	522

S

Saldaña Quintiliano.....	La literatura hispano-americana..	515
Silva Goy de.....	Poesías	390
Soussens Carlos de.....	A Carlos Guido y Spano (soneto)	247
Suero Pablo.....	Poesías	447
Suhr Horeis A. E.....	Hay en ti.....	571

T

Taborga Benjamín.....	Poesías inéditas.....	632
Talamón Gastón O.....	Nuestra música y el folk-lore	137
" " ".....	Crónica musical.....	621
Torrendell J.....	Letras catalanas	466
" "	La cultura catalana.....	617

U

Uriarte Gregorio.....	La obra intelectual de Leopoldo Lugones	530
-----------------------	---	-----

V

Vicuña Cifuentes Julio....	Poesías	564
----------------------------	---------------	-----

X

X. X.....	El mundo en guerra.....	502
" "	Libros varios.....	635